This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

The Library

of the

University of Wisconsin

A
10,274
Nº 515

MAQUIAVELO

COMENTADO POR

N.ON BUONAPARTE.

PARIS, IMPRENTA DE MIGNERET,
Calle du Dragon, n° 20.

50

MAQUIAVELO

COMENTADO POR

Napoleon I, emperor of the French

N.ON BUONAPARTE.

MANUSCRITO HALLADO EN EL COCHE DE BUONAPARTE DESPUES DE LA BATALLA DEL MONTE SAN-JUAN, EL 18 DE JUNIO DE 1815.

Unius Machiavelli ingenium, acre, subtile, igneum.
Juste-Lips. *Doct. civil. Præfat.*

Tomo Primero.

PARIS,
EN LA LIBRERIA DE F. ROSA,
Calle de Chartres, nº 12.

1827.

A
10,274
715862
Co

MAQUIAVELO

COMENTADO

POR N.ON BUONAPARTE.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Las gazetas extrangèras nos noticiáron, en el mes de julio pasado que habia entre los libros y papeles hallados en el coche de Buonaparte, despues de su derrota y fuga del 18 de junio anterior, un manuscrito encuadernado que contenia la traduccion de diversos fragmentos de Maquiavelo; pero no se decia á que obras de este autor pertenecian ellos. Como nos parecia que Buonaparte se habia formado de esta coleccion un *librito de memoria*

político, y que la eleccion de los pasages podia descubrirnos sus mas ocultos pensamientos en las materias políticas, hicimos todos nuestros esfuerzos para tener conocimiento de este manuscrito. Nuestras diligencias no fuéron en balde, porque conseguimos proporcionarnos una copia suya; y quedó satisfecha nuestra curiosidad mucho mas allá de lo que esperábamos. Contiene el manuscrito no solamente una nueva traduccion del *libro del Príncipe*, y de muchos importantes pasages de algunos otros escritos del mismo autor, sino tambien diversas notas marginales de proprio puño de Buonaparte.

Infinitamente curioso este manuscrito por semejantes notas de un hombre que, á causa de que él era italiano, y que de simple particular, llegó á ocupar la mas eminente soberania, debia haber comprendido mejor á Maquiavelo que el comun de los lectores mismos de su pais, es ademas sumamente precioso por el mérito entera-

mente particular de la traduccion. Nos bastaria, para juzgarla con aprecio, el reflexionar que emprendida para un lector que tenia todos los derechos posibles para ser delicado sobre semejante tarea, la tuvo él mismo por preferible á cualquiera otra. Cuya consideracion sola deberia hacerla tal á los ojos mismos de los que no poseyeran aquel raro conocimiento del antiguo idioma toscano, sin que uno mismo no puede apreciarla realmente bien. Pero nos atrevemos á afirmar tambien que, si hubiera algun Frances tan versado como lo estarian los literatos italianos en el estudio de la antigua lengua de las obras de Maquiavelo, podria convencerse por sí mismo de que la presente traduccion es realmente superior á cuantas se han conocido hasta este dia. No titubearémos en decir que ella lo es; y los Italianos mas delicados no nos desmentirán; porque este juicio, aunque le declara un Frances, es el de un escritor tan ejercitado en la lengua suya, que

aun sus obras en italiano publicadas en medio de ellos, hiciéron mirarle allí por muchísimo tiempo como uno de los suyos.

Habiendo comparado escrupulosamente el mismo juez esta traduccion con el texto, y en seguida con la que Amelot de la Houssaie publicó en el año de 1683 (1), y la que se dió á luz por Tous-

(1) La traduccion de Amelot de la Houssaie parece haberse hecho mas bien por una edicion de algunas obras de Maquiavelo, publicada por el celebre Aldo en los años de 1540 ó de 1546, ó la de Giunti, las cuales se diferenciaban del texto en muchos lugares, que por la Florentina del de 1550, que, ejecutada con arreglo al texto mismo, se llamaba, con este motivo, *la Testina*. No formaba ella mas que tres volúmenes, á que, en una impresion de Florencia del año de 1782, se añadiéron otros tres. Se hiciéron posteriormente muchas ediciones con arreglo á ellos, porque hay una del año de 1796, con la data de Filadelfia, que es comple-

saint Guiraudet en el de 1803, reconoció que ninguna de ámbas llegó en la fidelidad á esta, que le parece haberse hecho casi á la vista de Maquiavelo, y como dictada por él. En un autor de tanta profundidad, todo era de recoger, y no debia despreciarse cosa ninguna. No hay en él, por decirlo así, un medio pensamiento ni una tintura de estilo, que no deban conocerse, porque la disposicion, el giro mismo de sus frases, equivalen á sentencias, y son necesarios para el perfecto conocimiento de sus intenciones. No era posible pintarle fielmente, mas que pin-

tísima, y en que se hallan las variantes del manuscrito de la Biblioteca *Laurenziana*, con el retrato del autor, y la representacion del mausoleo que el gran duque Leopoldo mandó erigirle en Florencia, en la Iglesia de Santa Cruz, el año de 1787. La última edicion suya que se conoce, es la que Silvestre Gonato publicó en Venecia el año de 1811.

tándole segun sus mas finos é imperceptibles rasgos, y con una servil mentecdencia. Pues bien, así está pintado aquí; en donde el verdadero meditador halla con que satisfacerse completamente, sin que los lectores, delicados en materia de estilo, encuentren cosa ninguna que pueda desagradarles.

Las dos traducciones anteriores no son, por el contrario, mas que versiones libres; es decir, en semejante materia, versiones flojas y destituidas de aquella profundidad y porcion de nerviosidad que resultan del combinado curso de los hechos y reflexiones, de las ideas y afectos de Maquiavelo. No se reconoce allí ya casi «el genio lleno de fuego, de penetracion y vigor,» que el docto Justo Lipsio admiraba en este varon insigne (1).

(1) « Entre cuantos últimamente, y ayer mismo, tentáron hablar de política, decia, á fines del siglo 16°, al dar principio á su tratado

La comparacion subsiguiente que el mismo juez hizo de estas dos traducciones entre ellas y con el texto, le inclinó á decidir tambien que la de Amelot ha quedado superior, bajo este aspecto, á la de nuestro contemporáneo Guiraudet, aunque este la haya desacreditado, sosteniendo que » era inexacta, y anticuada en tanto grado con respecto á las *construcciones* y expresiones, que ella tendria á su vez necesidad de tra-

sobre la misma materia, no ví á ninguno que pudiera atraerme, ni menos todavía contenerme en mi empresa; y si he de decir la verdad, puede aplicárseles aquel dicho de Cleobulo: » Los mas no tienen mas que ignorancia con una suma abundancia de palabras. El único á quien exceptuó, es Maquiavelo, cuyo ingenio es sólido, penetrante y lleno de fuego. » *Qui nuper authere id tentârunt, non me tenent, aut terrent, in quos si verè loquendum est, Cleobuli illud conveniat: Inscitiaris ingenium non contemino acre, subtilo, igneum* (Doctr. civ. Præfatio).

ducirse (1) ». Acusacion muy evidentemente falsa; porque cada uno puede convencerse fácilmente de que el estilo de Amelot es aun menos anticuado que el de Corneille. Es él muy inteligible; y este traductor habia cogido bien en general la mente del texto, y la vertió fielmente en la mayor parte. Amelot, que habia residido por mucho tiempo en Venecia, y hecho por otra parte un profundo estudio de la política en esta ciudad, en que se hallaba la mas famosa escuela de ella, podia, mejor que otros muchos, penetrar los arcanos de Maquiavelo. Los mas graves defectos de su traduccion consisten en la omision de algunas frases accesorias, cuya necesidad habia podido ocultársele, ó que faltaban en la edicion por la que vertia, y en algunas adiciones interpretativas, que hacen mirar las cosas algun tanto como sus ideas particulares le inclinaban á ver-

(1) Discurso preliminar sobre Maquiavelo.

las (1); pero estas faltas se reparan en cierto modo con algunas notas en que él unió á las máximas de su autor las que

(2) Un ejemplo de la primera falta está en el cap. 3, en que Maquiavelo habia dicho: *Subitó che un forestiere potente entra in una provincia, tutti quelli che sono in essa meno potenti gli aderiscono, mossi da una invidia che hanno contro a chi è stato potente sopra di loro; tantochè rispetto a questi minori potenti, egli non ha lo durare fatica alcuna a guadagnarli, perchè subitó tutti insieme volentieri fanno globo con la stato, che egli vi ha acquistato.* Amelot se ciñó á decir: « Luego que un poderoso extrangero entra en una provincia, cuantos de esta son menos poderosos, se unen gustosos á él por un motivo de odio contra el que era mas poderoso que ellos; » Suprime el traductor lo restante de la frase.

El segundo cargo no necesita, para justificarse, mas que de estas palabras. « Julio, con su humor feroz é impetuoso, » con las que Amelot añade un ódioso epiteto al texto, concebido así;

1..

habia hallado conformes con ellas en los escritos de Tácito, Salustio, Plutarco, etc.

La traduccion de Guiraudet carece de esta compensacion; y en ella se ve todavía menos que en la otra aquella expresion entera de cuanto el texto encierra. El traductor desfiguró, y atenuó con frecuencia, lo que lleva impreso el sello de la probidad y moral en el modo de pensar del autor (1).

Giulia con la sua mossa impetuosa. Le vemos verter, por otra parte, en todos los casos la voz *spegnere*, con *exterminar*, *asesinar*, cuando ella á menudo no significa mas que *hacer desaparecer*, *apagar*, *dispersar*.

(1) Desde el principio del famoso capitulo XVII, que trata de la mala fe, se desentiende la traduccion de Guiraudet casi enteramente de la precaucion de probidad con que Maquiavelo habia entrado en materia. Habia comenzado él diciendo con una exclamacion de entusiasmo por la buena fe y la virtud: *Quanto sia laudabile in un principe mantenere la fede e vivere con integrità e non con astuzia, ciascuno lo intende*

Es verdad que esta traducion es hecha en un estilo moderno que Amelot no podia poseer; pero la profundidad del sentido y el vigoroso nervio de la frase del original se sacrifican en ella frecuentemente á la afectacion de aquella elegancia y gracia,

Nondimeno (parece confesarlo con dolor) *si vede con isperienza ne' nostri tempi quelli principi aber fatto gran cose, che della fede hanno tenuto poco conto, e che hanno saputo con astuzià aggiare i cervelli degli nomini, ed alla fine hanno superato quelli che si sono fonditi in su la lealtà.* La traducion de Guiraudet hace comenzar á Maquiavelo como si él tuviera por cosa de poca monta la buena fe, omite despues su reflexion sobre aquel desvarío, astutamente infundido en el cerebro de los hombres, y por cuyo medio el malvado ambicioso consigue su fin. Ultimamente evita aquella palpable oposicion en que el autor puso, condoliéndose, los triunfos de los príncipes de mala fe, con los reveses de los que creyéron conseguir directamente sus fines por medio de leales

cuya propiedad es tocar superficialmente las materias, por el temor de no parecer harto ligeras. En una tarea de esta especie, y sobre una materia tan grave, tan severa, la soltura, siempre acompañada de alguna frivolidad, no podia abrazar casi

y virtuosos procederes. No se reconoce ya el autor, que no iba á tratar mas que con pena y como forzado una tan triste materia. Empezando el traductor casi con una fria indiferencia por la buena fe y virtud, se expresa así. « Es sin duda cosa muy laudable que los príncipes sean fieles á sus empeños; pero (por *sin embargo*) entre los de nuestro tiempo á quienes vimos hacer grandes cosas, hay pocos que se hayan picado de esta fidelidad, ni formado un escrúpulo de engañar á los que descansaban sobre su lealtad. » Podríamos notar otras muchas inexactitudes y muchas inversiones no menos sensibles, particularmente al fin del cap. VIII y al del cap. XXIII; pero el ejemplo que hemos citado bastará para justificar nuestro juicio sobre esta traduccion.

mas que lo superficial. Saliendo Maquiavelo de la bárbara confusion de la edad media, fue austero, duro, y aun agreste á veces en sus frases; el darle las formas ágiles de un bello hablador de nuestros tiempos, era tambien disfrazarle muy intempestivamente.

Lo está él quizas tambien de otro modo en el discurso que Toussaint Guiraudet puso á la cabeza de su voluminosa traduccion, para fijar á su voluntad la opinion pública sobre los escritos de este autor, y particularmente sobre la intencion con que él compuso su *libro del Príncipe*. Si este discurso no contiene muchas equivocaciones notables sobre este particular, encierra á lo menos un número harto considerable de leves errores de hecho, y causa repugnancia tanto por algunas contradicciones como por su afectado republicanismo. Aunque sus errores de hecho estan copiados de Voltaire, no por esto dejan ellos de ser unos yerros cuyo fin pri-

mitivo fué inocente, y cuyas consecuencias no son indiferentes; tales son la suposicion de que el *libro del Príncipe* se dió á luz hácia el año de 1515, y la de que él no fue condenado por Roma mas que en el de 1592 (1). Se confundirán bien pronto estos errores.

Ultimamente, Guiraudet, lleno siempre de confianza en Voltaire, discurre como si Voltaire no hubiera sido mas que el editor del *Anti-Maquiavelo*, que él dió á luz en Lóndres, en el año de 1740, haciéndole atribuir á Federico II, rey de Prusia. Guiraudet sin embargo sospechaba en ello alguna supercheria, supuesto que al mismo tiempo, y con una especie de extrañeza, hacia el reparo de que, « Voltaire dió desmesurados elogios á una mediana produccion, que el monarca guardó un profundo silencio sobre este particular; y que la conducta que le valió á Federico el re-

(1) Prólogo del Anti-Maquiavelo.

nombre de *grande*, probaba que él apreciaba las máximas de Maquiavelo (1).

Nótase una contradiccion mas formal en este discurso, cuando Guiraudet, despues de haber dado el nombre de *horrenda consejero de los reyes* á Maquiavelo (2) confiesa en seguida, que el *libro del Príncipe* « está lleno de verdades útiles y capaces de dirigir, en su conducta política, al estadista que tuviera la mayor moralidad (3) ». Guiraudet, aquí, se habia visto precisado á tributar homenage á la verdad; y el homenage es tanto mas sobresaliente, cuanto este traductor habia comenzado escribiendo con la injusta pasion del vulgo contra Maquiavelo.

Hay, no obstante esto cosas bien pensadas en este discurso; pero estan como si dijéramos ahogadas con una superabundancia

(1) Discurso preliminar, pág. ciij.
(2) *Ib.*, pág. ij.
(3) *Ib.*, pág. lxij.

de frases de ornamento, como aquellas nuevas frutas á cuya formacion y madurez sirve un espeso ramage de estorbo.

No podemos concluir sobre este discurso de Toussaint Guiraudet, sin notar el filosófico desprecio que este hace en él de los documentos de una embajada que Maquiavelo desempeñó, el año de 1520, en nombre de la república de Florencia, cerca del capítulo general de los padres menores observantes, reunidos en Carpi. A pesar de la gana suya de multiplicar los volúmenes de su traduccion, que él alargó hasta nueve, miéntras que las obras de Maquiavelo tienen seis únicamente, dejó á un lado estos documentos que le parecian estar en mucha oposicion con el espíritu anti-religioso de nuestra edad. Al dar cuenta del sacrificio que él le hace, cita con complacencia algunas frases antimonacales, de una carta de Guichardin á Maquiavelo en aquella ocasion. Este le escribia; «cuando veo el título de Vm. de orador

republicano al lado de los frailes, y contemplo con cuantos reyes, duques y príncipes ha negociado, se me viene á la memoria Lisandro, quien á continuacion de infinitas victorias, y lleno de inmortales trofeos, tuvo el encargo de distribuir la carne á aquellos mismos soldados á los que él habia mandado tan gloriosamente».

Pero Guiraudet se guardó muy bien de trasladar la réplica de Maquiavelo, no menos respetuosa para con los religiosos que honrosa para él mismo. «No discurro, respondia á Guichardin, haber malogrado el tiempo en estudiar la historia y república de los religiosos, aun mendicantes (*zoccoli*), supuesto que he aprendido á conocer muchas reglas y estatutos suyos, que son primorosos en muchos puntos; y espero sacar mi provecho de ello en la ocasion, aunque no fuera mas que para compararlos con otros que pertenecen al

órden civil de los estados (1) ». Así armado sinceramente del amor de lo útil el hombre de ingenio, por mas filósofo que él sea, no menosprecia cosa ninguna, y sabe utilizarse de las buenas, hállense ellas en el lugar que se quiera.

El discurso con que vamos á dar principio nosotros mismos á la publicacion de lo mas notable y útil que Maquiavelo escribió, no tendrá á lo menos el defecto de llevar impreso en sí el sello de la filosofía anti religiosa de nuestra edad, ni de aquel republicanismo de que ella se formó un negocio de cálculo y un medio de triunfo. Nuestra mira se dirigirá á impedir que los lectores se extravíen en la interpretacion de las máximas de este insigne estadista, y á fijar rectamente su opinion relativa á él. Procurarémos mostrar con evidencia la utilidad de su doctrina para la situacion

(1) Tom. XI de la edicion de Florencia, 1782, pág. 74.

en que á la sazon se hallaba la Italia, y aun tambien para todas las circunstancias parecidas en que estuviesen otras naciones asoladas por una tremenda anarquía de la que quisieran salir ellas. Nuestro exámen sobre las diferentes épocas en que esta doctrina fué desacreditada, como tambien sobre aquellas en que jueces competentes llegáron á vengarla, hará comprender fácilmente que sus detractores tuviéron motivos personales, ó fuéron zeladores de revoluciones antimonárquicas, y que sus apologistas fuéron hombres honrados, profundos en política, enemigos del desórden, y defensores, por esto mismo, de la única autoridad que pueda contener y gobernar bien los vastos imperios. Nuestro discurso presentará, sobre las vicisitudes que las obras de Maquiavelo experimentáron en la opinion pública, nociones curiosas, puntuales y ciertas, que ni aun esparcidas se hallan en las obras francesas, y que no se encuentran reunidas en ningun libro italiano.

En la publicacion que vamos á hacer del manuscrito de Buonaparte, pondrémos en la parte inferior de las páginas las anotaciones que este hombre singular escribió en él y las notas que el texto nos ha parecido exigir, agregándoles, aunque no fuera mas que para conservarlas, aquellas con que Amelot de la Houssaie enriqueció su traduccion del *libro del Príncipe*. Las nuestras abrazarán la explicacion de ciertos hechos casi ignorados de la historia de Italia, que este tratado recuerda. En cuanto á los otros que las personas de instruccion deben conocer, ó sobre los que pueden consultarse fácilmente nuestros libros históricos en que hallan insertados, nos tenemos por dispensados de mentarlos. Así, no nos creerémos precisados á decir, que aquel arzobispo de Ruan, citado por Maquiavelo, es el cardenal Jorge de Amboise, que fué gobernador del reyno de Francia en tiempo de Luis XII., y tuvo el mayor

influjo sobre el ánimo y resoluciones de este monarca (1).

(1) No será en balde sin embargo, para hacer comprender el papel que este cardenal va á hacer en este libro, el recordar aquí lo que refieren las historias eclesiasticas con respecto á él. « Como este ministro tenia un sumo ascendiente sobre el ánimo del rey, como él habia sido ya causa de que Louis XII diera á César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, el ducado de Valentinois, con una cuantiosa pension, y que estaba dispuesto siempre á favorecer las intenciones del papa con la esperanza de sucederle por valimiento del duque, que le habia hecho promesa de ello; se dirigió á él Alejandro para lograr que este monarca le ayudase á arruinar enteramente la familia de los Ursinos. Aunque ella era inclinada á los intereses de la Francia, y gozaba, con justos motivos, de la proteccion de esta, consiguió el cardenal persuadir al rey, que él no llegaria nunca á recuperar el reino de Nápoles, segun lo deseaba, si no contentaba al papa sobre esta nueva solicitud. Quedáron pues los

No hiciéron mas que dar una prueba mas de la ligereza de su espíritu y de lo aéreo de sus conocimientos políticos, los que creyéron hallar un nuevo medio de hacer odioso á Buonaparte dando á co-

Ursinos abandonados, y aun sacrificados á la política de Alejandro, sin que á su muerte, pudiera lograr sucederle el cardenal. En balde pasó este á Roma para el cónclave, al que hubieran podido decidir en favor suyo, las tropas francesas, que hasta entónces habian permanecido en esta ciudad; pues se dejó persuadir del mañoso cardenal Juliano de la Rovere al alejarlas, para no mostrar semblante de querer embarazar los votos. Juliano de la Rovere no se hizo elegir entónces, como lo ha supuesto una biografía moderna, sino que gustó mas de exaltar á la santa sede á un cardenal ancianísimo, y poco menos que moribundo, Francisco Picolomini, que, de allí á veinte y cinco dias, le cedió el puesto, que ocupó él mismo con el nombre de Julio II. » (*Compendio cronológico de la Historia eclesiástica*, tom. II, pág. 264, año de 1503.)

nocer el juicio suyo sobre nuestro autor. Este juicio es en substancia aquel mismo del sensato Justo Lipsio. Si Buonaparte decia: « Tácito compuso novelas, Gibbon es un vocinglero, Maquiavelo es el único libro digno de leerse »; es á causa de que él le habia leido mejor que ninguno de nosotros, y como un hombre mas capaz de comprenderle no solamente con motivo de su orígen italiano, sino tambien como natural de una isla en que la juventud devora por gusto los antiguos autores italianos sobre esta materia. Profundizó el sentido suyo con tanto mas empeño, cuanto sabia discernir en él todo lo que un particular como él, con la ambicion que le traia desvivido, debia obrar para llegar á ser príncipe y afirmarse en su principado despues; y todo lo que pudiera hacer recuperar ó perder otra vez al legítimo soberano un trono anteriormente perdido. Lo reconocemos patentemente en sus anotaciones, las cuales son para nosotros la

confidencia históricamente progresiva de su vida secreta, de los impulsos de su ambiciosa alma, y de los proyectos de su exaltada cabeza. Unicamente su mano era capaz de pintarle, como él lo está aquí; porque únicamente él podia conocer, en su primitiva erupcion, sus ideas, sus afectos, y rápida sucesion suya, tales como aquí están trazados. Se ve en ello la semilla de sus designios y miras, aun ántes que ella hubiera producido. La perversidad de su corazon se vió aquí desnuda, siempre que él encontró á Maquiavelo hermanando la moral y honradez con la política. ¡ Vease como se indigna contra este gran maestro, cuantas veces él insiste sobre la necesidad de ser querido mas bien que aborrecido, de obrar primero como buen príncipe que como tirano ! cuanto le presentaba su condenacion, declarada anticipadamente por Maquiavelo, le inclinaba á ultrajarle; y no podemos menos de sonreirnos, cuando le vemos resistirse con ira contra ciertos

consejos de este estadista cuya cordura y justicia repugnaban á sus fieras inclinaciones.

Sin duda se notará alguna incoherencia entre aquellos fogosos pensamientos que se le soltaban á su alma turbulenta; pero no causarán ellos extrañeza á los que saben que la política en accion no puede menos de variar sus sistemas, planes, y modos de obrar segun las circunstancias, que son muy variables de sí mismas. Pero volverá á hallarse el mismo genio en estos pensamientos, por mas disparatados que puedan ser. Se dan á conocer todos ellos por hijos de un mismo padre, y descubren á porfía todos su orígen, con la única diferencia de que escritos en diversas épocas de su vida pública, indican en particular la naturaleza de la pasion del momento con la resolucion que ella le movia á tomar. Reducidas estas épocas á cuatro principales, son: 1.° el tiempo de su generalato que le sirvió de preparacion para la

soberanía; 2.° el tiempo de su reinado consular; 3.° el de su reinado imperial; 4.° finalmente los diez meses de su mansion en la isla de Elba. Seguirá á cada una de estas anotaciones una señal indicativa del tiempo en que fué escrita; las de la primera época tendrán la letra G; las de la segunda llevarán, R. C.; las de la tercera, R. I.; y últimamente las de la cuarta, la letra, E. Entre todas estas notas, hay algunas que el afecto penoso con que ellas nos conmovian, nos inclinaba á borrar; pero diferentes sugetos, llenos de prudencia y honradez, nos determináron á conservarlas, por la razon de que son aquellas mismas que contribuyen mas á hacer tan aborrecible á Buonaparte como él debe serlo. Por otra parte, con semejantes supresiones hubiéramos causado perjuicio á la integridad de la pintura de su infernal política, supuesto que hubiéramos cercenado el indispensable complemento suyo.

Refiriéndose así todas las diversas ano-

taciones de Buonaparte á diferentes circunstancias, á diferentes situaciones políticas, formarán realmente un comentario útil, en cuanto harán discernir sin equivocacion lo que Maquiavelo no dijo mas que para los *nuevos príncipes*, y lo que dijo para los demas, especialmente para los que vuelven á entrar en sus usurpados estados. Toda la substancia de su doctrina va á hallarse en el presente volúmen en que, despues del famoso *libro del Príncipe*, se hallarán los pasages mas interesantes de algunas otras obras suyas, y particularmente de sus profundos discursos sobre las *decadas* de Tito Livio(1), prescindiendo

(1) En esta obra leyéron Montesquieu y J. J. Rousseau lo que ámbos escribiéron de mas juicioso. El abate de Vertot le es mas particularmente deudor de aquellas ideas profundas é instructivas que forman el principal mérito de sus *Revoluciones romanas*. El abate Conti, Italiano, que se hallaba en Paris al salir á luz ellas, escribió al celebre marques Maffei de Verona;

de lo que de ello vaya citado en el discurso preliminar.

Creemos no lisonjearnos mucho diciendo que no existe ninguna edicion de sus obras que pueda, tanto como este simple volúmen, habilitar á los lectores para conocer bien la extension y profundidad, la prudencia y sagacidad de un ingenio que, en el sentir de Algarotti, «fué en política y en las cosas de estado, lo que Newton es en conocimientos de las ciencias físicas y arcanos de la naturaleza (1)».

En 18 *de setiembre del año de* 1815.

« Habrá leido Vm. la *Historia de las Revoluciones romanas* del Abate de Vertot. Ha reducido á sistema las reflexiones sueltas, que el secretario de Florencia hizo sobre Tito Livio, pero sin profundizarlas bastante á veces. (*Opere dell' abbate Conti*, tom. II, pág. 112.)

(1) Opere di Algarotti, Cremona, tom. IX.

DISCURSO SOBRE MAQUIAVELO,

Considerado como asegurando á los soberanos contra las revoluciones, como domando la anarquía y afirmando los tronos.

En esta edad de turbulencias y calamidades en que el error dejó tan cruelmente burlada la ignorancia, parece haberse transformado el nombre de Maquiavelo en el de una sistemática reunion de los mayores crímenes. Los horrendos procederes de una maldad que se encamina hácia sus fines por la via del fraude, la falta de fe, la violencia y asesinato, no se llaman ya mas que *maquiavélicos;* y el infernal arte de conducir á los hombres á su ruina engañándolos, aquel arte tan desgraciadamente perfeccionado en nuestros dias, parece no haber existido nunca mas que con la denominacion de *maquiavelismo.*

El nombre de Maquiavelo sin embargo

goza todavía de la mas recomendable ilustracion en el país mismo en que él vivió, y en que puede apreciarse mejor su mérito. Aun es allí en algun modo un objeto de veneracion pública, hasta en aquella iglesia de Florencia, en que, hácia fines del siglo pasado, la mano de un príncipe eminentemente filósofo, el gran duque Pedro Leopoldo Josef, le erigió un monumento famoso al lado de los sepulcros de Galileo, Miguel Angelo, y mas admirables ingenios de la Toscana. La inscripcion que en él puso con el voto de todos sus pueblos, testifica como una cosa verídica, que ya no habia nada que decir en honor de Maquiavelo luego que se le ha nombrado. « ¿Hay elogio que pueda igualar al que su nombre encierra? » Tal es su epitafio:

Tanto nomini nullum par elogium:
Nicolaus Machiavelli
Obiit anno A. P. V. MDXXVII.

En la indecision que en nosotros producen estos dos juicios tan contradictorios, y en el laberinto de incertidumbres en que nos echan, se presentan dos consideraciones como el

hilo de Ariadna para hacernos salir de él. La una es que particularmente hácia la mitad del siglo pasado, y cuando algunos facciosos urdian sus tramas contra la autoridad real, se pusiéron las gentes á desacreditar con mas furor á Maquiavelo, en Francia sobre todo. La segunda consideracion, apoyada en hechos igualmente, es que evitando entónces los detractores de Maquiavelo el hablar de aquellas obras suyas en que se descubren de un modo horrendo los inconvenientes de las repúblicas, se encarnizáron únicamente con su *libro del Príncipe*, que podia ilustrar á los monarcas sobre los ocultos designios de sus enemigos, é indicarles los medios de contener eficazmente á los pueblos bajo la obediencia.

Antes del año de 1740, en que Voltaire dió la señal de aquel desenfreno filosófico contra Maquiavelo con la publicacion de la menos miserable de las refutaciones de este libro (1),

(1) *El anti-Maquiavelo, ó ensayo crítico sobre el Príncipe de Maquiavelo.* Lóndres, 1740, en casa de Guillermo Meyer.

los verdaderos filósofos que le habian leido, y podido comprenderle bien, se hallaban distantes de decir de él tanto mal como se dijó entónces. Los de ellos que, en corto número, habian emprendido su lectura con un espíritu de imparcialidad, y con algunas ideas políticas fundadas en la experiencia, hiciéron justicia al profundo ingenio del autor, y al perfecto conocimiento suyo del corazon de los hombres reunidos en sociedad. El P. Niceron habia reconocido solemnemente la *solidez* del juicio de Maquiavelo; » y mostrado al mismo tiempo la rectitud del suyo propio, desechando como una paradoja el sistema de los que sostenian que el *libro del Príncipe* era una crítica contra la política de los monarcas. Por otra parte, la opinion nada favorable que los lectores preocupados habian formado del autor, estaba á lo menos exenta de encono contra él. Moreri, que no le habia juzgado casi mas que con arreglo á lo que Bayle habia dicho, al que importaba ver incrédulos en todos los grandes hombres, ni aun se atrevió á censurar formalmente este tratado, y se ciñó simplemente á hacer

odioso á Maquiavelo en el concepto de las almas devotas, diciendo, sobre la fe de algunos jesuitas de que el escéptico Bayle se habia formado autoridades, que este afamado estadista pasó los últimos años de su vida *sin* afecto ninguno de religion ».

Se conocen los funestos efectos de semejante acusacion, aun aventurada y falaz, sobre las personas timoratas, tan prontas á coger horror á cuanto la ignorancia ó malignidad les hacen creer inficionado de irreligion. Se halláron ligadas bien presto, sin caer en ello, con la faccion antirealista contra Maquiavelo; y el número de estas dos especies de enemigos se aumentó prodigiosamente por medio de aquella infinidad de diccionarios históricos, con que la Francia estuvo inundando la Europa de medio siglo á acá. Ninguno hay cuyos compiladores hayan hecho otra cosa, con respecto á Maquiavelo, mas que amplificar lo que leian ellos en sus antecesores, sin leer sus obras, muy en extremo difíciles de comprender. Así es como, por ejemplo, copiando el *Diccionario histórico* de Leon, en el año de 1804, el de Caen,

publicado en el de 1783, se dejó llevar hasta decir que este insigne estadista « en toda su política, no queria ser deudor de nada á la religion, y aun la desterraba; que el *Libro del Príncipe* con especialidad es el breviario de los ambiciosos, de los trapaceros y malvados, que Maquiavelo profesa el crímen en este abominable libro, dando lecciones de asesinato y envenenamiento. » He aquí como se difundió, como se acreditó la opinion de que Maquiavelo fué el escritor mas perverso que hubiera existido; que su *Libro del Príncipe* es un código de maldad, y que la accion combinada de todos los delitos juntos debe llamarse *maquiavelismo*. Pero, permítasenos examinar hasta que punto van fundadas estas enormes acusaciones.

§. I.

Favor de que el Príncipe de Maquiavelo gozó en el orígen, aun con la Santa Sede, durante cuarenta y tres años bajo seis á siete papas. — Causas de la primera censura que de él se hizó en Roma, y modificacion que los padres del Concilio de Trento hiciéron en ello. — Beneficios y peligros relativos á la doctrina de Maquiavelo.

Parece que los modernos difamadores de Maquiavelo ignoran que en la época en que el tratado del *Príncipe* fué presentado por el autor á Lorenzo de Médicis, como tambien en otras circunstancias de resultas de los siglos corridos desde entónces, diversos varones eminentes no menos en virtud que en creencia, le juzgáron de muy diferente modo que ellos. Emprendido en los primeros meses del pontificado de Leon X, y acabado en el segundo año de su reinado en que Maquiavelo le entregó al sobrino de este pontífice, fué mirado como una obra admirable por aquéllos esclarecidos Médicis que, mas que todos los otros príncipes de su tiempo, con-

tribuyeron á restablecer en Europa, con las ciencias, letras y artes, el órden y la civilizacion desterrados despues de tantos siglos por una horrenda barbarie. Si la doctrina de este libro es execrable, como lo dicen sus detractores ¿como sucedió que, la primera vez que fué impreso con las demas obras del mismo autor, cuatro años despues de su muerte, es á saber en el de 1531, y no en el de 1515, como Voltaire lo supuso, un papa muy ilustrado vino á darles una aprobacion de las mas formales? Clemente VII, no menos zeloso por las sanas doctrinas que por las buenas costumbres, aun aconsejó en algun modo la lectura de las obras de Maquiavelo en toda la cristiandad, por el hecho mismo de que favoreciendo á su impresor pontifical con un privilegio esclusivo para imprimirlas y venderlas, y estableciendo penas aflictivas contra cualquiera que hiciera una falsificacion suya en los estados de la iglesia, amenazó con censuras espirituales á los que en cualesquiera otros estados publicaran ó vendieran una edicion falsificada (1). ¡Ah! no se crea

(1) Se verá en lo sucesivo que, en el año de 1527

que este favor pontifical no se estendió al *Libro del Príncipe*, porque está él, así como los *Discursos políticos* del mismo autor sobre las *Decadas de Tito Livio*, y su *Historia de*

en que la faccion popular echó de Florencia á los Médicis, no se habia impreso todavía el libro del *Príncipe*. Habiendo ido en el año de 1531 Antonio de Blado, impresor pontifical en Roma, á pedir al Papa licencia para publicar finalmente todas las obras de Maquiavelo, el pontífice le acordó el privilegio de ello por un breve del 23 de agosto del mismo año, queriendo que gozase de él no solamente en los estados romanos, sino aun en todos los otros de la cristiandad. Las penas con que el Papa amenazó á los falsificadores, se insertan en este breve por el tenor siguiente. *Omnibus et singulis impressoribus bibliopolis aliis cujuscumque statûs, gradûs et conditionis existentibus nostræ ditioni temporaliter non subjectis, in virtute sanctæ obedientiæ, et sub excommunicationis latæ sententiæ pœnâ nobis verò et sanctæ romanæ ecclesiæ mediatè vel inmediatè subjectis..., districtè præcipimus et mandamus, etc. etc. Quocircà quibusvis locorum ordinariis, seu eorum officialibus et vicariis in spiritualibus committimus per præsentes, ut, ubi, quando, et quotiès pro parte dicti Antonii requisiti fuerint; ipsi*

Florencia, formalmente designado en el breve de este pontífice : *Opera quondam Nicolai Machiavelli civis Florentini in materno sermone conscripta, videlicet Historiam, ac* DE PRINCIPE , *et discursibus imprimere.*

Este privilegio prueba no solamente que las obras de Maquiavelo eran muy estimadas de los doctos y estadistas , sino tambien , y por lo menos, que el papa no hallaba en ellas nada contrario á la religion y moral propiamente dichas. Paulo III, Julio III, y Marcelo II, que sucediéron uno tras otro á Clemente VII, las juzgáron como él. Paulo IV mismo, que vino despues, por mas violento que él era contra las perversas doctrinas, hubiera conservado la misma opinion favo-

Antonio efficacis defensionis præsidio assistantes, faciunt præsentes litteras et in eis contenta quæcumque inviolabiliter observari, et publicari; contradicentes quoslibet et rebelles per censuras ecclesiasticas, et penas prædictas appellatione postpositâ compescendo; invocato etiam ad hoc si opus fuerit auxilio brachii secularis in contrarium facientibus, non obstantibus quibuscumque. Datum Romæ apud Sanctum Petrum, sub annulo piscatoris, etc.

rable para Maquiavelo, sin el ardor censurante de aquella comision de teólogos inquisidores que él estableció en el año de 1557 contra los hereges, y que creó con el nombre de *Indice* aquella lista de las obras reprobadas por ellos. Zelosos estos inquisidores en abultarle, pusiéron en él absolutamente y sin ninguna excepcion todas las obras de Maquiavelo, muerto hacia entónces treinta años. Paulo IV hubiera rehusado todavía acceder á la condenacion que de ellas hacian los inquisidores de un modo tan vago y ciego, sin la debilidad de genio que su mucha ancianidad llevaba consigo. Se dejó llevar de los clamores é instancias del supremo inquisidor, que era aquel dominicano Catherin Lancelot-Politi, que no hizo casi uso de su ciencia mas que para sentar singulares opiniones, y aun algunos escritos del cual se notáron como perniciosos en aquel *Indice* que el habia creado (1).

(1) De cuyo número es la *vida* que él escribió *de* su compañero *Savonarola*. Despues de haberle ensalzado por otra parte como á un santo, le representa

El motivo real de esta especie de condenacion de Maquiavelo, no era el fondo de su doctrina política; y aun esta condenacion no tenia directamente por objeto el *Libro del Príncipe*, como le hace creer una declaracion de aquella comision del concilio de Trento, que pareció confirmarla. Establecida esta comision en el año de 1562, y compuesta de diez y ocho padres encargados de extender un nuevo *Indice*, se veia tan apurada por Catherin, hecho uno de los teólogos del concilio, que acabó ella adhiriendo á sus miras en el año siguiente, y únicamente al concluirse el concilio. Pero esta nueva censura no tuvo por motivo mas que ciertos pasages de las obras de Maquiavelo; y conociendo los padres que semejantes pasages podian suprimirse fácilmente sin que lo demas se alterase con ello, confesáron que si se hacia la supresion suya en una próxima edicion, quedaria invalidada cualesquiera condenacion contra el autor (1). Aun estos

en esta obra como al mas insigne trapacero, y mas malvado impostor que hubiera existido.

(1) La prueba de esta particularidad se hallará en el *Apéndice* de que este discurso será seguido.

pasages, en corto número, se designáron por los padres. Pero sin tratar de conocerlos, harémos notar que Maquiavelo no podia menos de desagradar entónces sumamente á la corte de Roma. En aquella era, los calvinistas transformaban en invectivas la vituperacion que él mismo, cuarenta años ántes, pero por motivos bien diferentes y muy laudables, habia dirigido contra el lujo y costumbres de la corte de Leon x, de Adriano vi y Clemente vii, que habian tenido la buena fé de no sentirlo. La habia acusado de causar, con sus escándalos, la ruina de la religion católica, que él consideraba sinceramente como el mas sólido sustentáculo de los imperios (1), y por otra parte,

(1) En el cap. 12 del libro I, de sus *discursos sobre la primera decada de Tito Livio*, decia: « si la república cristiana se hubiera mantenido en sus máximas, tal como estaba ordenada por su divino fundador, los estados cristianos estarian mas unidos y felices que lo estan. Podemos adivinar fácilmente la causa de esta degeneracion, cuando notamos que los pueblos mas inmediatos á la iglesia romana, la cabeza de nuestra religion, son los que tienen menos piedad.... La pro-

no cesaba de probar que el interes de las otras potencias de Italia, y aun de las últramontanas, exigia que los papas no poseyeran una dominacion temporal tan vasta como la que ellos habian adquirido. Se hallaba condenada su ambicion casi à cada página de Maquiavelo; y como este engrandecimiento temporal, á que Alejandro VI habia echado el colmo, era el resultado de unos medios cuya eficacia no se habia demostrado sino muy bien por nuestro autor, los Papas no podian menos de recelarse de verlos conocidos y empleados contra sí mismos por otros príncipes á quienes este libro hubiera servido de consejero y guia.

Aun quizas tambien aquellos medios con

vincia perdió toda su devocion y religion con los ejemplos de la corte romana. De ello resultáron inmensos inconvenientes é infinitos desórdenes; porque así como en cuantas partes hay realmente religion, debe haber toda especie de bienes; así tambien en cuantas se carece de ella, no debe hallarse mas que toda especie de males; somos deudores pues á esta corte y á nuestros sacerdotes italianos de habernos vuelto irreligiosos y perversos ».

que, por mas condenables que algunos de ellos son bajo el aspecto meramente moral, se habia librado la Italia de los males de la anarquía, eran entónces tan perjudiciales como inútiles para ella. Distribuida en Estados regulares, se hallaba bajo la obediencia de príncipes legítimados, de los que unos hacian felices á sus pueblos, y otros, ambiciosos y poderosos, tenian necesidad de que se les vedase con la mayor eficacia posible el conocimiento de los recursos indicados por Maquiavelo para otros tiempos y circunstancias (1). Habia, por otra parte, en el fondo mucha prudencia en prohibir á los pueblos aquel libro cuyo contenido les importaba ignorar para su felicidad.

(1) Al número de estos primeros príncipes pertenecian, en Toscana, Cosme de Médicis, dicho *el grande*, á quien el papa Pio V proclamó por Gran Duque en el año de 1569, en los ducados de Ferrara, Modena y Regio, Hércules II, hijo y sucesor de Alfonso I de Este, con quien Lucrecia Borgia, hija de Alexandro VI, se habia casado en terceras nupcias; en los ducados de Parma y Placencia, Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III, al que este pontífice

No se habia compuesto para ellos. Los secretos de la política no son de una naturaleza que deban propagarse en el vulgo, que no puede menos de convertirlos en perjuicio suyo, ni entre las gentes simples, que, no estando destinadas á reinar, se hallan superiormente dispuestas á escandalizarse de cualquiera ciencia que ellas no deben conocer. Admirable disposicion que la Providencia puso en su alma, á fin de que, por un escrúpulo virtuoso, esten apartadas de un estudio que, reservado esclusivamente á los estadistas, no se difunde nunca en el pueblo sin ocasionar la subversion del órden social.

Pero si la Italia hubiera vuelto de nuevo al estado de barbarie de los anteriores siglos,

habia creado Duque. Los príncipes de la segunda clase indicada mas arriba eran en Nápoles y Lombardía, el hijo de Cárlos quinto, Felipe II, á quien él habia hecho la cesion de ámbos estados en el año de 1556, príncipe temido por su ambicion y feroz política; en el Piamonte, aquel formidable Emanuel Filiberto, que, cabalmente en el año de 1557, ganaba á los franceses la famosa batalla de San Quintin.

no hubiera habido ninguno de sus príncipes, que, desposeidos por algunos facciosos, ó amenazados de serlo, no hubiera debido hacer en gran parte para recuperar é conservar su trono, lo que, con arreglo al ejemplo de sus predecesores, Maquiavelo habia reducido á máximas de política. Las mas de ellas son á la verdad, capaces de espantar á todo simple particular que, no habiendo gobernado nunca mas que su familia, no conoció jamas la imposibilidad de gobernar imperios únicamente como filósofo y moralista, especialmente en tiempos turbulentos y de facciones. ¡Ah! ¿no son tambien atentados contra la moral y género humano las condenaciones de muerte y el ardor mortífero de los combates, en el concepto del que no está destinado por la Providencia ó su príncipe á juzgar á los malhechores, á ganar batallas, y que no conoce mas que las dulces leyes de la filantropía? La moral y filosofía son tan irreconciliables con semejantes atentados, que ni una ni otra permiten á los hombres que hacen esencialmente profesion de ellas, ejercer el ministerio de juéz criminal, ni el oficio de la guerra.

El moralista no comprendió nunca, y ni aun el filósofo confesó jamas aquella inconcusa máxima del gobierno de las naciones, que hay casos en que deben sacrificarse algunos hombres á la seguridad de un mayor número, y á la del cuerpo social por consiguiente. Unicamente cerrando la religion los ojos, y cediendo á la política, se vuelve indulgente para con el ejecutor de un homicidio ordenado por la ley del estado. Sucede con el cuerpo político lo mismo que con el humano: si la moral y filantropía tienen libre la entrada para hacer prevalecer sus cordiales lecciones ante el operador quirúrgico, que se dispone á amputar algunos miembros acangrenados, ó ante el médico que va á echar algun veneno en el seno de su enfermo para expeler las mortales semillas de él; aquel principio vital que uno y otro deben conservar, se extinguirá en presencia de esta augusta doctrina, que no permite hacer mas el mal físico que el moral, aun con la mira de un bien cierto.

Pues bien, el libro de Maquiavelo, es, en política, para los tiempos dificultuosos y

males de los estados, lo que los mas rigorosos preceptos de la cirurgía y medicina son para las dolencias mayores de la economía animal en los individuos. Está compuesto de raciocinios históricos y de experiencia sobre los modos, violentos á veces, sin los que no hubiera podido volver al órden y embeleso de la civilizacion, aquella Italia que, desde entónces, y por esto mismo, se perfeccionó en ellos mucho mas presto que todos los demas paises de la Europa (1). Cualquiera que

(1) El presidente Henault se muestra del mismo dictámen en el modo con que explica la grandeza á que *Luis* XIV elevó su siglo. « Este príncipe, dice (*Compendio cron.*, año de 1715), salia de las guerras civiles; de aquel tiempo en que los pueblos, siempre armados, alimentados de peligros incesantemente, encaprichados con los mas atrevidos designios, y no viendo cosa ninguna á que no les fuera posible llegar; de aquel tiempo en que los sucesos prósperos ó adversos, repetidos millares de veces, extienden las ideas, fortifican el ánimo á puro pruebas, aumentan su móvil, y le infunden aquel deseo de gloria, que nunca deja de engendrar cosas admirables. Y este

sin ser político, ni táctico, juzgara parcialmente con un ánimo filantrópico cada una de las pérfidas ó bárbaras maniobras de una batalla, tendria derecho para coger horror á la victoria que en algun modo acaba de justificarlas. El que, ignorando que descompuesta la armonía en la naturaleza, no se restablece mas que con tremendos choques que tienen visos de desordenarla, vituperara aquellas tempestades y rayos con que su supremo moderador vuelve á ordenarla y serenarla, seria un necio

Príncipe poseia el buen gusto natural, aquel feliz instinto que sirve para discernir á los hombres; sus ministros pensaban como él.... El mismo fondo que hubiera producido hombres ilustres en las guerras, produjo sublimes ingenios en las letras, artes y ciencias. La emulacion ocupó el puesto de la rebelion; y habituados los ánimos á la independencia, no la buscáron ya mas que en las sanas miras de la filosofía. No se trataba ya de atentar á sus semejantes; fué necesario hacerse admirar de ellos; y la superioridad adquirida con las armas se substituyó por la que dan los dones intelectuales ». Una revolucion que acaba blandamente, no puede acarrear tan dichosas resultas.

tan temerario como ingrato en extremo. Tal seria el censor *ideologo* que, queriendo los efectos sin los medios y causas, condenara indistintamente á la execracion ciertos expedientes que, aunque mirados con horror por su muy estrecho ánimo, no por ello son menos indispensables para restituir la salud, paz y felicidad del cuerpo social.

Las máximas, en resumidas cuentas, que mas se condenan en el *Libro del Príncipe*, se hallaban ya esparcidas en los escritos de Tácito, Plutarco, Salustio, etc. Si ellas en estos son menos palpables, y quizas menos ofensivas á la filosofía, es porque ninguno de estos autores llevó la mira principal de formar estadistas. Maquiavelo es el primero que haya tratado expresa y especialmente sobre el arte de gobernar á los hombres tales como ellos son, con particularidad á continuacion de las grandes conmociones de la sociedad. « Si todos fueran buenos y virtuosos, como lo dice él mismo, seria menester que el Príncipe no tuviera mas reglas que la moral, ni mas norte que la virtud (1); » pero ¿ que puede ser de

(1) Vease adelante, *Libro del Príncipe*, cap. XV.

un príncipe que no fuera mas que bueno y virtuoso, en medio de unos hombres que, agitados de perversas y turbulentas pasiones, estan ejercitados en encubrir sus reprensibles y funestas maniobras con todas astucias de la perfidia?

§ II.

La Francia, actualmente en la situacion en que la Italia se hallaba cuando se miró allí el *Libro del Príncipe* como necesario á los soberanos para afirmarse y restablecer el órden social.

Ahora que, segun la juiciosa observacion del príncipe de Schwartzemberg sobre los sucesos de nuestra desastrada revolucion, « el mundo atónito ha visto reproducirse los desastres de la edad media (1); » cuando creíamos llegar al término suyo, étenos aquí pues precisamente en la misma situacion en que se hallaba Maquiavelo cuando él expuso las

(1) Proclamacion de este Príncipe á los franceses, al entrar en su territorio, el 23 de junio del año 1815, al frente de los ejércitos austriacos, para destruir de nuevo en Francia la tiranía de Buonaparte.

máximas contenidas en su *Libro del Príncipe*. Esta deplorable situacion de infaustas experiencias y de llagas todavía doloridas, es aquella de que necesitábamos para apreciar bien los medios que él indica, á fin de salir totalmente de ella, y no volver á experimentarla. Aun ayudada de la lectura y reflexion la imaginacion, no hubiera podido suplirla; y, confesémoslo, nos era realmente necesaria, á fin de no hallar ya en la relacion de las proscripciones de Sila, de los asesinatos de Mario, como tambien de los atentados recordados por Maquiavelo, algo de muy horriblemente caballeresco, para que la historia de nuestra edad y *pais* pudiera mancharse con ello en algun tiempo.

Si los hubieran tenido por posibles los príncipes de la segunda mitad del siglo pasado, y si, en vez de dejarse imbuir ciegamente contra este autor, le hubieran leido bien, comprendido bien, y meditado bien, por cierto que no se hubieran dejado arrastrar de unos facciosos, enemigos de su trono hácia aquel precipicio revolucionario en que, por espacio de unos cinco lustros, hemos experimentado

todas las horrendas catástrofes que Maquiavelo desterraba con sus escritos. Si empeñados en esta carrera de desgracias los pueblos á quienes podia darse quizas entónces licencia para leerle, hubieran podido comprenderle ¿ se hubiéran entregado, como lo hiciéron, á las tremendas contingencias de la dominacion de un hombre salido de una condicion humilde, y sobre todo de un guerrero feroz, nacido, por decirlo así, de la espuma inmunda y sangrienta que los mares de la Italia, en el tiempo de sus purificaciones, habian impelido hácia la isla maldecida de los Romanos (1)? Reuniendo la idea de su orígen vulgar y agreste, de su ardiente y tétrico genio, de sus inclina-

(1) Se sabe que los Romanos deportaban á ella los mas viles esclavos suyos, á aquellos que les parecian mas semejantes á los animales monteses que á los hombres. *Hinc olim servi romani ignavissimi et inutilissimi devehebantur, belluis quam hominibus similiores.* (Strabon, lib. 5) Cardano pintaba así á los Corsos de su tiempo: *corsicæ insulæ incolæ sunt, crudeles, infidi, audaces, prompti, agiles, robusti; talis enim est natura eorum.*

ciones ambiciosas y feroces, con el pensamiento de la necesidad en que Maquiavelo habia demostrado que un usurpador de este temple estaria de ser un atroz tirano; entónces, sin duda, en vez de dejarnos llevar estúpidamente bajo su yugo, y de mirar como celestial su potestad, segun lo decian varios pontífices interesados, hubiéramos visto anticipadamente cuantos males ha derramado, por sus manos, el infierno sobre nuestra patria. Desde entónces que estaba reconocido por experiencia que no podíamos vivir en república, aquel pensamiento del ciudadano de Ginebra, que « el *Príncipe* de Maquiavelo da grandes lecciones contra los nuevos príncipes á los republicanos (1), » debia hacernos pronosticar los desastres futuros que iban á descargar sobre nosotros. Y llenándonos de espanto estos avisos, nos hubieran hecho retroceder de horror en tanto grado que, sin poder moderar este curso retrógrado, hubiéramos vuelto nosotros mismos á aquel gobierno real cuya bondad habíamos experimentado por espacio de tantos siglos.

(1) Contrato social l. III, cap. 6.

Pero esta desafortunada nacion á la que intrépidos malvados, despues de haberla arrastrado, por codicia, en su propia sangre y ruinas, sujetaban á esta nueva tiranía, se componia desgraciadamente, en gran parte, de gentes ignorantes y crédulas, á quienes la necedad ó perfidia habian alejado de toda útil lectura de Maquiavelo. ¿Se hubiera querido á lo menos prestar oidos al hombre instruido y advertido que, aprovechándose de los avances suministrados por este autor, hubiera revelado los azotes con que el usurpador iba á abrumarnos? ¿no le hubieran impuesto cruelmente los facciosos silencio? Podemos juzgar personalmente nosotros mismos, con arreglo á las dilatadas y acerbas desgracias á que fuimos condenados por haber revelado en el año de 1800, que Buonaparte se haria instalar bien pronto por el Papa mismo en el trono de los Borbones, y podemos juzgar lo que lo hubiera costado á cualquiera otro que, abrazando los consejos de Maquiavelo, se hubiera atrevido á vaticinar los inmensos males que este reinado iba á causar á la nacion francesa. ¿Hubiera si-

do bastante reflexionada esta para dar crédito á los que hubieran publicado aquella verdad indicada en el *Libro del Príncipe*, que admitiéndose una vez como gefe del estado el hijo de un procurador de Ajacio, terror ya de la Europa y Asia por su belicoso ardor, haria necesariamente, para la conservacion de su trono, todos los actos de tiranía de que en Italia, durante los siglos quince y diez y seis, no habian podido abstenerse ciertos príncipes para la conservacion de su soberanía?

Buonaparte es sin contradicion muy reprensible en haber cometido los mismos crímenes de la tiranía; pero si por el hecho solo de que se consintió en su usurpacion, se le permitió cometerlos, como esto es incontrovertible ¿quienes son pues los que tienen derecho para hacerle cargo de ellos? Los únicos que le tendrian, serian aquellos franceses cuyo inflexible amor á la antigua monarquía se hubiera estremecido de indignacion cuando este *Soldado* audaz *se hizo rey consular*. Pero entónces, no ví casi en todas partes mas que á indiferentes estúpidos, ó á embrutecidos

aprobadores y reprensibles fautores de la usurpacion. ¿ Quien no fué cómplice, si lo fuéron cuantos tributáron á su execrable trono unos homenages exclusivamente reservados á la legitimidad ?

Tuvo él primeramente á aquellos de los numerosos y bajos partidarios de una tranquilidad de cualquiera especie en que pudieran saborearse con molicie los gozos. Pero ¡ Ay de mí! en el embotamiente de su ánimo, eran incapaces de prever que el aventurero á quien aceptaban por dominador, habiéndose puesto por este solo hecho en oposicion con aquellos partidos que habian fatigado demasiado su indolencia, no podria luchar contra ellos sin hollar á los aprobadores mismos de su usurpacion.

Su ciega complacencia se dejaba llevar por otra parte del voto comunmente respetado de aquellos hombres mas perspicaces que, en las clases mas consideradas, sacrificaban las sagradas máximas de la moral y del honor á diversas miras ávidas, disfrazadas con sofismas á un mismo tiempo hipócritas y sacrílegos. Prontos estos tanto á justificar como á

pronunciar sucesivamente los mas disparatados juramentos cuando ellos proporcionaban la entrada á algun favor, sin exceptuar el de *odio al cetro* de los Borbones, ensalzaban como el juramento de salud el que ellos se aceleraban á hacer al trono de Buonaparte. Importábales poco que la Francia quedara entregada á su execrable tiranía, con tal que el tirano les confiriese plazas y honores.

Superiores á estos serviles agitadores de las conciencias, estaban, por una contradiccion monstruosa que únicamente la perversidad de nuestra edad puede hacer creible, aquellos terribles zeladores del gobierno democrático, aquellos grandes farantes revolucionarios, que determinados siempre con el incentivo de una mas sobresaliente fortuna, sacrificaban su propia república al trono de Buonaparte, como habian sacrificado el de los Borbones á su sanguinaria democracia. Estos son aquellos á quienes deben imputarse, tanto y quizas mas que al usurpador, todas las calamidades con que él vino á inundar nuestra patria. Perjuros monstruosos é infames cómplices, dignos ya de nuestras maldiciones por haber

auxiliado la instalacion de este infernal poder; cuantas mas no merecerian ellos si, despues de haberle instituido, hubieran afirmado en seguida su voraz tiranía con los feroces servicios que él exigia de sus visires, genízaros, y bajáes? Pero? es posible que no hayais desempeñado eficazmente sus desastradas miras, vosotros á quienes él colmo de riquezas, cubrió de insignias, y convirtió en grandes duques y príncipes suyos? Por mas esfuerzos que nuestra indulgencia haga sobre nuestro pensamiento, no podemos impedir que los titulos y veneras conque os condecoró el tirano, no nos parezcan traer impreso todavía el sello de la mano que os los confirió, y que no nos testifiquen igualmente que los inmensos caudales de que le sois tambien deudores, nuestra cooperacion bien activa y eficaz á los actos con que él causó tantos males al género huno. El esplendor con que sobresalis, nos parece á pesar nuestro un reflejo de nuestras calamidades; porque hay desgraciadamente cosas que, por mas resplandecientes que son, y aunque bajo muchos aspectos se atraen el aprecio, recuerdan necesariamente cuan odio-

sas fuéron en su orígen. No pueden perder ellas, en el concepto del público, el vicio radical que contrajéron entónces. ¡Ah! ¿porque va á extenderse esta desgracia hasta aquellas condecoraciones, que despertando á su primer aspecto la veneracion que el honor infunde, ponen al punto en competencia con ella el penoso recuerdo de su fundador á que él nos fuerza? Es muy imperceptible la augusta imágen con que una mano sagrada substituyó la de Buonaparte en su *estrella* de honor, para figurar allí de otro modo que como un simple accesorio. En semejantes objetos, la forma, el color y nombre triunfan, y necesitamos de sumos esfuerzos de reflexion para dejar de ver aquí el símbolo del *honor* que le era necesario al usurpador para afirmar y extender su infame dominacion (1).

(1) Hubo necesidad de que las circunstancias políticas de la llegada del Rey, en el año de 1814 fuesen bien arduas, para obligar á su prudencia á conservar unas órdenes que tienen, á la primera vista, el efecto de recordar honorificamente el reynado del usurpador, y atraer nuestro aprecio hácia lo que

Sin embargo vimos á los mismos seides del tirano ir de los primeros hasta dos veces á maldecirle alrededor del trono de San Luis, restaurado para el consuelo de los desgraciados que ellos mismos habian hecho;

ciertamente podíamos llamar entónces las *miras* de su tiranía y la *piedra angular* de su restablecimiento. Cuando el usurpador volvió ¿ no volvió á hallarse efectivamente el *honor* de los mas de sus condecorados en todo su ardor, aun aquel á que él habia dado premios? y cuando fué restituido una segunda vez el monarca á nuestros deseos ¿ habian cambiado sinceramente el *honor* del sistema de la usurpacion por el de la verdadera monarquía aquellos caballeros de la gran banda, que, intérpretes de las voluntades de casi todos sus legionarios, propusiéron á nuestros Príncipes legítimos el enarbolar los colores de la rebelion y tomar en algun modo la caperuza de Estevan Marcel? Mi ánimo se resiste á comprender que el *honor* de los tiempos de la usurpacion pueda ser el de la monarquía legítima, aun cuando oigo con indulgencia el sofisma que hace una insidiosa abstraccion de ella, para referir únicamente á la patria los servicios que proporcionáron estas honoríficas distinciones, como si la felicidad y aun existencia de la patria no

constantes en el estilo suyo de atribuir al vencido los males con que ellos habian querido proporcionar su triunfo, bendicen con mas estrépito que nosotros, aquella potestad benéfica que ellos mismos habian maldecido

estuvieran en la monarquía legítima. Habré llevado razon, si se halla la condecoracion del *honor* de Buonaparte en todas las conjuraciones contra el trono, y hasta contra la patria. Mas dichoso y libre el emperador de Austria al recuperar por el mismo tiempo sus dominios de Italia, se aceleró á mudar enteramente las insignias de la otra órden, que el mismo usurpador habia creado allí. No conservó en ellas su forma, ni cinta. El rey de Nápoles acaba de mudar tambien enteramente las órdenes que habia creado el usurpador Joaquin. Para las excesivas reflexiones á que esta materia podria darnos ocasion, remitimos á la *Vida de Gaspar de Thavanes*, par Brantôme; y especialmente al capítulo de Montaigne, *sobre las recompensas de honor* (Ensayos, l. II, cap. 7), en que habla del pronto descrédito en que, por una distribucion muy ciegamente copiosa, cayó la *Estrella* del buen rey Juan, por mas respetable que ella era á causa de su origen. « Unicamente los comandantes de la ronda de Paris quisiéron traerla ya ». Espe-

y desechado hasta entónces. ¡Vease como, habiles en aprovecharse de los acasos de la inconstante fortuna, van á tratar de captar la confianza del verdadero monarca, despues de haber tenido toda la del usurpador! Pero ¿estaria mas seguro y mejor afirmado el trono de un Principe, objeto de nuestros deseos, aun cuando él tuviera por sustentáculos á varios agentes de revoluciones, y por consejeros á algunos ambiciosos expertos en el arte de los perjurios (1)? Quiera la Providencia

reinos que por último la órden de la verdadera *fidelidad* venga á separar la zizaña del verdadero grano.

(1) Creo con gusto en la sinceridad de las conversiones repentinas en algunos culpables comunes; cuando en ello no se ve motivo ninguno de intereses que pueda hacerlas sospechosas; pero cuando ellas parecen acaecer en aquellos hombres habituados á los manejos, aguerridos en los perjurios, y que de esto se forman un título para alzarse con algunas platas lucrativas, es muy lícito dudar de que sean en general bastante verdaderas, bastante sólidas, para merecer una entera confianza. No podemos decir que las haya

que sean alejados de él, y si no lo fueran, las gentes honradas que vieran entónces el honor y moral tan cruelmente ultrajados con este último triunfo de los mismos proteos á quienes somos deudores de tantos desastres,

producido el remordimiento; porque excluyendo este toda pretension ambiciosa, reduce á aquel á quien él martiriza al retiro de la humilde indignidad. ¿Tendrian estas raras conversiones por causa aquel angusto embeleso de la legitimidad del trono, que mantuvo á los verdaderos realistas en su invariable fidelidad? Pero ¿es este agente moral bien poderoso sobre semejantes calumniadores revolucionarios, que nunca fuéron sensibles mas que á los gozos materiales, y para quienes la posesion de los bienes físicos de cualquiera parte que provenieran, fué siempre el mas estimado título? Cuando el Príncipe se ve instado para acordar su confianza á semejantes hombres, debe luchar poderosamente contra la consideracion siguiente que no puede menos de presentársele en el ánimo « ó estos hombres son capaces de generosas ideas, de apego y reconocimiento; ó no lo son. En este postrer caso, no serian mas que malos corazones y monstruos, que ya deberia desechar de mí con indignacion. En el primero, su prin-

y desastres tan novísimos todavía, sentirian haberse librado de sus hecatonfonias, y no invocarian ya mas que la paz de los sepulcros. Los pueblos finalmente á quienes el espectáculo del triunfo perseverante del crimen, bajo la proteccion misma de la legitimidad, hiciera perder infaliblemente las escasas reliquias de probidad, rectitud y religion que les quedan, concluirian de ella con mucha justicia que el no tenerlas es mas útil y glorioso ahora en Francia (1).

cipal gratitud debe dirigirse, como á su centro, hácia el usurpador ó la revolucion, supuesto que, sin ella ó él, hubieran permanecido en la obscuridad ó medianía de su primera condicion. Fuéron realmente deudores á Buonaparte ó la revolucion de su elevacion á los eminentes puestos en que se quiere los mantenga yo. Apegados bien seguramente á las plazas, con especialidad los que, para tenerlas, se pasáron en el 20 de marzo al partido del usurpador, y se vuelven á mí regreso para lograrlas de mí ¿serian mas fieles á mí causa que lo fuéron ya? Lo serian mas á mí mismo que lo son á su bienhechor primitivo, si llegando otro usurpador á suplantarme, les diera esperanzas de algunas plazas?

(1) « Desde que una virtud, decia Filocles, no se

¡Ah! si fuera verdad, como se dijo muy ligeramente, que Maquiavelo no hubiera aconsejado mas que la doblez, perfidía y traicion, ciertamente los hombres de que tratamos serian mucho mas hábiles en la práctica de una semejante doctrina, que aquel Buonaparte al que ellos mismos echan en cara la ejecucion de cuanto el *Libro del Príncipe* puede referir en esta especie, y tendrian motivo para gloriarse de ello, supuesto que triunfarian sobre las ruinas del trono bienhechor, aparentando maldecirle.

estremece al aspecto del vicio, esta manchada con él, y una virtud sin móvil es una virtud sin principios ». (*Viage de Anacarsis*. tom. VI, pág. 470). — — « La indulgencia para el vicio, se dice en la misma obra, es una conjuracion contra la virtud ». (Tom. I, pág. 351). — Uno de nuestros escritores revolucionarios, instruido por la experiencia, exclamaba en un arrebato de probidad: « ¡ Grande é importante leccion! No es menester ajustarse con el crímen, pues él nos castiga de no castigarle ». (Hen. Riouffe, Orac. fún. de Luv.)

§. III.

Abuso que Buonaparte hizo de lo que Maquiavelo habia dicho para los Príncipes nuevos; su menosprecio de los preceptos con que este autor queria hacerlos buenos. — Error de los que sostienen que él propuso á César Borgia, solo y en todo, por modelo á todos los Potentados.

Convendrémos en que Maquiavelo, al contemplar los diversos principados nuevos de Italia en su tiempo, expuso lo que los hombres que habian conseguido poseerlos, hiciéron, para la seguridad de su reinado, como hemos visto á Buonaparte llegar á su soberanía; pero no puede negarse que él dijo tambien como aquellos, cuyo reinado se hallaba legitimado por el unánime voto de los pueblos, ó antiguos derechos reconocidos, se habian conciliado el amor de sus súbditos y el aprecio de las naciones vecinas. Sin duda tambien fundó Buonaparte, sobre algunos ejemplos presentados por Maquiavelo, aquel atrevido sistema segun el cual asombró y oprimió él simul-

táneamente á los pueblos; pero debió ver igualmente en el mismo autor varias reglas de conducta, por cuyo medio otros príncipes nuevos restablecieron el órden en donde reinaba la confusion, é hicieron tan felices como sumisos á sus vasallos.

Seríamos injustos en no confesar que él tentó algunos de los medios decorosos practicados por estos príncipes, y que si no tuvo tanto acierto como ellos, depende de que prescindiendo de los mismos obstáculos que los mismos superáron, y de los lazos que su descomunal ambicion le armaba, tuvo realmente en el curso de su dominacion dificultades mas graves y numerosas que aquellos príncipes. No sé si él habia domado, tan bien como los últimos, la anarquía democrática; pero sé que no tuviéron como Buonaparte aquel contrapeso de la opinion pública en favor de la familia destronada, existente siempre y revestida siempre con la estimacion de los demas potentados, igualmente que con los afectuosos recuerdos de una gran parte de la Francia. En balde, para atemperar la fuerza atractiva de este contrapeso, atrajo él

á su partido con el incentivo á que la codicia no se resiste casi, á muchos privilegiados de la antigua dinastía, como habia atraido á casi todos los corifeos de la democracia. La desercion de estos viles realistas no aumentaba casi en nada la fuerza moral del usurpador, porque esta desercion misma les habia despojado de su consideracion en el concepto de la mas sana parte de la Francia; y la preponderancia que en ella tenia la causa de los Borbones no habia perdido nada con esto, á causa de que semejante preponderancia consistia menos en el número de sus partidarios que en la cantidad esencialmente inalterable de honor con que estos le habian abrazado. Estas infamantes deserciones se compensaban por otra parte todos los dias con la inclinacion progresiva que el disgusto, siempre en aumento, de la tiranía de Buonaparte infundia en los indiferentes, y aun en algunos antiguos partidarios de la revolucion, para con la autoridad dulce y paternal que ella habia proscripto.

El duque de Valentinois, César Borgia, fué entre todos los príncipes nuevos citados

por Maquiavelo, aquel á cuya imitacion se dedicó Buonaparte mas; y es necesario confesar que Maquiavelo, por quien su conducta se desencerró, por mas execrable que era este príncipe en concepto suyo, la miraba sin embargo, en gran parte, tan hábil como necesaria en la situacion á que le habia reducido la ambicion de su padre el papa Alejandro VI. Pero ¿aprobaba nuestro autor los medios reprensibles de su usurpacion? Ciertamente que no; porque les daba el nombre de horrendas acciones y maldades abominables. Unicamente atendiendo á las circunstancias en que á continuacion se halló César Borgia, y prescindiendo de la precedente usurpacion, condenada ya por Maquiavelo, miraba este las mas de sus acciones políticas como muy conducentes para la conservacion de su principado. En aquellos tiempos en que «se vertia mas sangre fuera de los combates que en las batallas, y en que no se hacia la guerra realmente mas que en los campos de la paz, como lo nota él mismo, era menester, dice, para sostenerse contra unos enemigos, cuyas mas terribles armas eran la astucia y perfidia, hacer uso de las

que ellos manejaban con tanto beneficio, porque la fuerza sola hubiera sido mas perjudicial que provechosa. » Y á esto solo se reduce todo su elogio de César Borgia.

Este príncipe en efecto tenia que lidiar con unos hombres que no eran menos malvados que él, en cuyo caso, su desmesurada ambicion, que no se trata ya aquí de examinar en el acto de su usurpacion, no podia lograr seguridad ninguna mas que valiéndose de las mismas armas que ellos, y si no los hubiera sobrepujado en esto, hubiera quedado vencido. Así pues, se expresan con mala fe, cuando dicen « que él preferia la traicion á cualquiera otro medio de tener acierto (1). » La hay mucho mas mala en decir, como lo hizo un biógrafo acreditado, que « César Borgia es el modelo por el que Maquiavelo quiere que se formen todos los potentados (2). » En

(1) *Diccion. hist.* de Caen y Leon : artículo *Maquiavelo.*

(2) Véas. el *Diccion. hist.* de Caen y Leon, en cuyo parecer se conforma elegantemente el Genovés Simonde Sismondi en el artículo *César Borgia*; que el

cuanto al modo con que este príncipe se condujo en órden á sus pueblos, se trata únicamente de juzgar, por sus efectos, si no era él en política el mejor de que le fuera posible hacer uso entónces, como lo creyó Maquiavelo (1).

Pero ¿es pues verdad que, por esto, le haya aprobado él en todo como á estadista, y que le haya transformado en modelo suyo por excelencia para todas las circunstancias? Seguramente que no; porque le veremos

suministró al tomo v de la *Biografia universal*, Paris, 1812. « Maquiavelo, se dice allí, tomó, en su *Libro del Príncipe*, á César Borgia por modelo, y no podia efectivamente escoger á un héroe que infundiese mas horror. »

(1) El filántropo Guiraudet confesó en el discurso preliminar de su traduccion (pág. lxxvj), que « luego que Cesar Borgia hubo vencido á los pequeños tiranos de la Romaña, le miró está como á un libertador. » — « Es tanta verdad, añade en la página siguiente, que la Romaña respiraba en tiempo de César Borgia, que luego que él hubo perdido á su padre y la potestad, y vístose abandonado de todos, esta misma Romaña le permaneció fiel. »

ahora mismo vituperar con severidad muchas acciones suyas; y estaba bien remoto de profesarle aun bajo un aspecto político, aquel aprecio de idolatría, que Montesquieu le supuso diciendo: « Maquiavelo estaba lleno de su ídolo, el duque de Valentinois (1). » Mucho mas; y he aquí lo que sus detractores no quisiéron decir, porque es uno de los mas evidentes testimonios de su probidad, habia cogido horror al genio y conducta de este Duque y padre suyo. Puede verse la demostracion franca y sincera de ello, manifestada por él mismo en sus cartas á los magníficos señores de la república Florentina, miéntras que él era embajador suyo cerca de la Corte romana en el año de 1503 (2); como tambien en su poema de los *Decennali* (3).

Supuesto que estamos en las acusaciones

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXIX, cap. XIX, *de los Legisladores.*

(2) Véanse, entre otras, las cartas de los dias 26 y 28 de noviembre del año de 1503.

(1) Hácia el fin de su *Decennale primo*, ó relacion analítica de lo que habia pasado en Italia durante

hechas contra el *Libro del Príncipe*, despues de haber reducido á su justo valor la que tuvo á César Borgia por pretexto, veamos individualmente si las otras van mejor fundadas....

Se reducen ellas á tres capítulos: « 1.° Maquiavelo enseñó á los hombres el arte de en-

diez años: se hallan contra Alejandro VI y su hijo, las terribles estancias siguientes, cuya traduccion daré mos.

Maló Valenza, é per a ver riposo
Portato su fra l'anime beate
Lo spirito di Alessandro glorioso,
Del qual seguiró le sante pedate
Tre sue familiari e care ancelle
Lussuria, simonia y crudeltate.
. . . . . .
Poi che Alessandro fu dal cielo ucciso,
Lo stato del suo Duca di Valenza
In molte parti fu rotto é diviso.
. . . . . .
Giulio sol lo nutri dis peme assai;
E quel Duca in altrui trovar credette
Quella pietá, che non connobe mai
. . . . . .
E Borgia si fuggi per vie coperte;
E benche é fosse da Gonsalvo visto

ganar; 2.° dió al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento; 3.° no queria deber nada á la religion; aun la proscribia, y ni siquiera creia en Dios. »

Como estas acusaciones se hallan en algunos libros franceses, compuestos por consi-

Con lieto volto, li pose la soma
Che meritava un ribellante á Cristo;
E per far ben tanta superbia doma,
In Ispagna mando legato é vinto.

« El duque de Valencia estaba enfermo cuando el alma de Alejandro, á quien la lujuria, simonía y avaricia, íntimas y queridas compañeras suyas, habian eguido siempre los pasos, era conducida á la clase de los espíritus bienaventurados para que ella empezase á gozar de algun reposo.

» Pero despues que Alejandro fué condenado á muerte por el cielo mismo, el estado de su duque de Valencia se desordenó y dividió en muchas partes.

» Solo el papa Julio le entretuvo abundantemente con lisongeras esperanzas y el duque creyó hallar en otro la compasion que él mismo no habia conocido nunca.

» Y Borgia recurrió entónces á algunas vias secretas para evitar su ruina, pero Gonzalo, al mismo tiempo

guiente para una nacion á que es casi totalmente agena la antigua lengua de Maquiavelo, si fueran calumniosas, seria preciso concluir de ello que los que lashiciéron, no habian sabido leerla, ó que si, capaces de leerla bien, la hubieran comprendido bien, habrian querido abusar de la imposibilidad en que los lectores se hallaban de reconocer la falsedad de estas acusaciones.

§. IV.

Si es verdad, 1° que Maquiavelo haya enseñado, generalmente hablando, á los hombres el arte de engañar; y 2° que haya dado al mundo lecciones de asesinato y envenenamiento.

Es necesario confesar que el *Libro del Príncipe* presentaba, en algunos pasages, á los que quisieran hacer ostentacion de virtud, excelentes ocasiones para pregonar bellas teorías

de acogerle con afabilidad, le impuso la pena que merecia aquel hombre rebelado contra el Cristo; y para sujetar bien su extremada soberbia, le cargó de cadenas, y mandó conducirle así á España atado como un rebelde vencido. »

de moral y filosofía; pero el fatigarse en probar que ellas se hallan ofendidas allí á veces, era en el fondo un trabajo bien en balde. Este libro no es un tratado destinado á hacer que los simples particulares que le lean, sean diferentes de lo que el vicio los hace; sino un tratado de política, obligado á tomarlos tales como ellos son, y en el que convenia no desentenderse de que son malos, supuesto que un plan de órden social que los supusiera buenos, no tendria mas que una basa quimérica.

Hemos visto ya que el autor hubiera desechado ciertas máximas suyas, y aconsejado á los príncipes la mas íntegra é invariable virtud únicamente, si los hombres fueran en general buenos y virtuosos, es decir, inclinados á la justicia, á la moderacion, al amor del órden, al desinteres, á la obediencia y abnegacion de las voluntades y miras desordenadas del interes personal. Pero la cosa sucede de muy diferente modo, por mas que hayan dicho los filósofos del siglo pasado, á los que importaba tanto el distraer á los príncipes con una falaz confianza á la orilla del precipicio que se ahondaba al pie de sus tronos.

Ahora bien ¿ era pues en el fondo enseñar á los príncipes el arte de engañar, el asegurarlos contra los expedientes de que hace uso diariamente la industriosa perversidad humana contra ellos? Sé con todo el mundo, decia Maquiavelo al comenzar aquel capítulo XVIII contra el que sublevaron tanto á las personas timoratas del vulgo, como si estuviera compuesto para ellas, sé que no habria nada de mas loable en un príncipe que el mantener su fe obrar siempre como hombre íntegro, y desechar lejos de sí toda astucia (1) » Pero ¿ de que servirá, repítolo, la ingenuidad de estas virtudes enteramente solas, en un príncipe cercado de vasallos acostumbrados á formarse de sus promesas y clemencia otras tantas armas funestas contra él? ¿ No tenemos todavía á la vista la prueba sobresaliente de que la cándida buena fe, la probidad franca y leal, la confiada bondad de un Monarca cuyos mas poderosos súbditos son malos y pérfidos, no tienen por resultados mas que su desgracia y los desastres de su reino?

(1) *Libro del Príncipe*, cap. XVIII.

Reparemos pues bien en que Maquiavelo no aconsejaba á los príncipes el artificio y astucia mas que para con semejantes malvados, y no para con los hombres honrados. Habia ya mala fe en suponer lo contrario, y la hay mayor todavía en querer persuadir, con la astuta generalidad de los términos de la acusacion, que este autor daba el mismo consejo *á todos* los hombres *de cualquiera especie* en el trato de gentes. Los acusadores aparentáron no echar de ver que Maquiavelo hablaba á los estadistas solamente, á quienes está reservada exclusivamente la ciencia práctica ¡ Cuan penosamente diferentes son su situacion y obligaciones de las de los súbditos entre sí! Estos deberian no turbar el órden social; pero sus pasiones los impelen á ello con suma industria, con suma eficacia; y el que gobierna debe valerse de todo para desconcertar y contener aquellas pasiones muy diestras y poderosas con que el órden social que él debe mantener, se arruinaria. La moral, cuyo fin es hacer mejores á los hombres, no se encamina hácia él mas que indirecta y débilmente, 1.° en cuanto ella no se dirige mas que á los individuos, y

2.° en cuanto no tiene eficacia mas que sobre un cortísimo número: y en el hecho sus medios permanecen insuficientes sobre la totalidad. Necesita de otros mas amplios y vigorosos el príncipe que intenta conducirla bien; y cuantos le son indispensables para el desempeño de la especial obligacion que él tiene de conservar el órden público, y asegurar á sus pueblos el sosiego en solo el cual pueden gustar de la felicidad de la vida civil, le son lícitos. Notemos bien que únicamente sobre esta máxima va fundada la dispensa que él tiene del precepto que prohibe sin excepcion el causar la muerte á ninguno; y no sentaríamos nada que no hubiesen enseñado ya los mas profundos estadistas, si nosotros mismos dijéramos que estas ó aquellas prendas morales, constantemente necesarias en un simple particular, no son siempre buenas prendas políticas en un soberano; y que lo que se miraría con razon como un vicio en un particular, no es siempre uno en el Monarca, atendiendo al cuerpo social que él debe mantener y gobernar. « Todos los vicios políticos, dice Montesquieu, no son vicios morales, ni

todos los vicios morales son vicios políticos: cosa que no deben ignorar los príncipes, cuando ejecutan algunos de aquellos actos de soberanía que ofenden el espíritu general (1).» Como un gentilhombre de aquel Francisco María de Medicis, hijo de Cosme el grande, que fué despues gran duque de Toscana, le representase que tenia por poco conforme con la justicia una cosa que él le mandaba hacer, no tuvo necesidad el príncipe, para justificarse, mas que de aquellas palabras de Ecequiel · *Et dixistis: non est æqua via Domini: Audite ergo, domus Israël: num quid non magis viæ vestræ pravæ sunt* (2)? Diciéndole pues: «Pretendeis que las vias del señor no son justas; pero no son depravadas mas bien las vuestras,» le hacia comprender bastante que hay cosas que no parecen injustas á los particulares, mas que á causa de que ellos no conocen las razones que obligan al príncipe á quererlas, y que no se veria reducido á quererlas si todos los hombres fueran buenos y virtuosos.

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XIX, cap. II.
(2) Ezech. cap. XVIII, v. 25.

Cuantos consejos da Maquiavelo realmente á los príncipes, se fundan sobre una máxima que profesaba hace medio siglo solamente aquel Samuel Coceyo á quien el Federico, que querian hacer pasar por autor del *Anti-Maquiavelo*, confiaba al mismo tiempo el cuidado de componer el código civil para sus dominios (1). Esta máxima es que « la política no se encarga de indicar lo que es justo, sino lo que es útil. Suponiendo ella el derecho que el príncipe tiene para obrar de tal ó cual modo, le muestra las razones de utilidad que le autorizan para ello, y segun las cuales debe examinar él si le conviene usar de su derecho, ó si le es mas útil el no hacer uso de él (2). »

(1) El *Código Federico*, traducido al frances y publicado en esta lengua. *Halle*, años de 1751 y 1755.

(2) *Politica non indicat quid justum sit, sed quod utile... Politica supponit jure nos agere posse et utilitatis saltem rationes indigitat, juxta quas examinare debemus utrum nobis conveniat jure nostro uti, an verò magis utile sit jure nostro non uti.* (*Systema novum justitiæ naturalis, sive Jura Dei in hominum inter se.* Halle, 1748. § 69).

Ahora bien, si él tiene este derecho para la utilidad de sus súbditos, le tiene tambien sin duda para su propia conservacion. Las razones con arreglo á las cuales juzgamos sobre las acciones de los particulares, no son pues aplicables á las de los príncipes. « Debemos obedecerles, decia Ciceron; pero en lo que ellos hacen con respecto á nosotros ó para sí mismos, estan obligados á obedecer á los tiempos y circunstancias. (1) » Uno de los mayores ministros del consejo de Enrique IV, M. de Villeroi, confesaba que los príncipes que quieren gobernar bien « gustan mas de ofender su conciencia que su estado. » La política, decia aquel virtuoso Monck, que se mostró tan hábil en esta ciencia, cuando preparó, tanto con sus artificios como con el ascendiente de su integridad, la restauracion de Cárlos II en el trono de su padre, la política tiene reglas superiores á la inteligencia del vulgo. Varios profundos meditadores, despues de haber contemplado bien en el *Libro*

(1) *Nos Principi servimus, ipse temporibus.* (*Epist.* lib. IX).

del Príncipe, dijéron, con una justicia conocida de todos los buenos ingenios, que él no era mas que el comentario sabiamente fundado de aquella máxima de Eurípides que Julio César tenia incesantemente en la boca: « Si á veces es lícito apartarse de la justicia, es únicamente cuando no podemos gobernar bien permaneciendo invariablemente fieles á ella: en todo lo demas, nos conviene ser justos, buenos, y llenos de clemencia (1). » Pero si el príncipe no es nunca mas que esto, si cree siempre dirigirse hácia fines útiles para el cuerpo social y para sí mismo, no ejerciendo mas que actos de dulzura y clemencia con los malos, esperando falsamente mudar su corazon, ofende á los buenos, quienes, creyendo ver á los otros mas favorecidos que á sí mismos, se vuelven indiferentes con respecto á él; y apoderándose los malos entónces de su débil benignidad, hallan con ello mayores arbitrios para perderle. La ruina suya, con la del órden social, es el único fruto que

(1) *Si violandum est jus, regnandi causâ violandum est: in cæteris rebus pietatem cola.*

él saca de su inalterable bondad: y he aquí lo que Maquiavelo dice tambien á los príncipes: ¡Quiera Dios que ellos se aprovechen de esto!

2.° El cargo que hacen á nuestro autor de haber dado lecciones *á las gentes de asesinato y envenenamiento,* encierra tantos errores como palabras. Primeramente no se mienta, aun históricamente, en todo su libro, ni siquiera un solo emponzoñamiento; y es bien patente que no se imaginó este punto de calumnia contra él mas que por un exceso no menos de odio que de injusticia, á fin de hacerle aborrecible hasta el supremo grado; supuesto que es cosa conforme con la naturaleza humana el aborrecer mas todavía el envenenamiento que el asesinato, del cual podemos defendernos á lo menos, y que supone la cobardía unida á la perversidad.

Se ven, en verdad, algunos asesinatos en el *Libro del Príncipe*, pero no se lleva razon en decir que ellos figuren allí como consejos. Se mientan como hechos históricos, para aplicar el modo con que algunos príncipes habian llegado á la soberanía, y conservádose en ella contra varios enemigos que hubieran atenta-

do á su vida. Pero el referir diversas maldades con que un usurpador ó tirano consolidáron su autoridad, no es querer, absolutamente hablando, que cualquiera otro que estuviera en el mismo caso, se conduzca de la misma manera. Es simplemente hacerle vislumbrar que los crímenes con que él hubiera llegado al principado, podrian ponerle en la imposibilidad de mantenerse en él sin cometer otros nuevos; y es al mismo tiempo dar á entender á las naciones que el malvado usurpador á quien ellas admitieran por príncipe suyo, no podria ser apénas en seguida mas que un execrable monstruo, y se conduciria como un sanguinario tirano.

Es falso en tercer lugar, aun en la suposicion de que el *Libro del Príncipe* encerrara lecciones de asesinato, que Maquiavelo las hubiera dado *al mundo* entero, como Voltaire lo dijo el primero en su prólogo del *Anti-Maquiavelo*. El *Libro del Príncipe* se compuso para Lorenzo de Médicis solamente; y su autor impidió siempre que le hicieron público. Luego que, en el año de 1527, el partido popular hubo forzado á Lorenzo

á no gobernar ya como príncipe, y á no ser mas que el gefe de una república, juzgando entónces Maquiavelo que su libro era inútil y peligroso, trató de recoger y destruir la copia suya que él le habia entregado; y era la única que existia en Florencia (1). Ni aun pudo llegar á la noticia del público esta obra hasta despues de muerto el autor. Así pues, aun cuando fuera verdad que su publicacion hubiera sido para el *mundo* un irritante escándalo, la odiosidad suya no deberia recaer sobre Maquiavelo, sino solamente sobre el impresor pontifical de Clemente VII, y sobre este Pontífice mismo que la favoreció con una solemne aprobacion (2).

Por lo demas, no omitamos observar que, aunque Maquiavelo haya contemplado particularmente la condicion de los príncipes nuevos, porque no los habia mas que de esta especie á la sazon en Italia, no abandonó los intereses de los príncipes antiguos. Hemos

(1) *Veas.* Varchi: *Storia Fiorentina.* Colonia, 1721, pág. 85.

(2) *Veas. ántes,* pág. 16.

prevenido ya á nuestros lectores que los soberanos cuyo principado se hallaba legitimado por una larga sucesion de ascendientes en el mismo trono, ó por el unánime y libre consentimiento de los pueblos hallaban tambien en este tratado varias reglas de prudencia que aun se concilian con la mas íntegra probidad, y que ellos no deben dejar de seguir si no quieren correr el peligro de ser destronados. Es menester hacer tambien esta justicia á Maquiavelo, que son estas las que él explana con mayor complacencia, como podrá notarse en la continuacion de su obra y especialmente en sus capítulos XIX y XX, en que demuestra á los príncipes la necesidad de conciliarse el amor de sus súbditos.

§. V.

Inducciones honrosas para Maquiavelo, sacadas de las diversas épocas en que el *Libro del Príncipe* tuvo detractores y apologistas, como tambien de la calidad bien diferente de los sugetos que le desacreditáron y de los que hiciéron su elogio.

Bastaria meditar bien el conjunto de las lecciones que Maquiavelo dió á todos los

príncipes de cualquiera especie; en la persona de Lorenzo de Médicis, para sospechar que los de nuestro siglo no pudiéron ser disuadidos de leerlas mas que por facciosos, á quienes importaba ocultarles los verdaderos medios de precaverse contra toda maquinacion antimonárquica. Pero esta sospecha se convierte en certeza, cuando se examinan individualmente las diferentes épocas en que el *Libro del Príncipe* fué desacreditado, y aquellas en que le elogiáron pomposamente, como tambien cuando se estudian á fondo los sugetos que le desacreditáron y los que se declaráron por apologistas suyos.

No nos detendrémos en los escritores eclesiásticos de la corte romana, que impugnáron las obras de Maquiavelo, porque todos ellos tuviéron motivos particulares, y aun personales que ya hemos dado á entender en parte. El primero fué aquel cardenal Raimundo Polo, cuya familia se habia perseguido y pregonado ademas su cabeza, por el rey de Inglaterra Enrique VIII; pero acusó simplemente á nuestro autor de haber favorecido mucho con sus escritos la política de este

monarca (1). Habiéndose conocido en Roma esta acusacion referida sucintamente en aquella *apología* de su tratado de *la Unidad de la Iglesia*, que él dirigió al intrépido Carlos quinto, exhortándole á volver sus armas contra el monarca ingles, estimuló allí naturalmente contra Maquiavelo el zelo del activo inquisidor Ambrosio Catherin Lancelot Politi de que llevamos hecha ya mencion. Nos hemos dispensado, por motivos semejantes con corta diferencia, de ventilar el valor de los tiros por otra parte sumamente débiles y aun ridículos, que muchos jesuitas dirigiéron despues contra la memoria de este insigne estadista. En aquel año mismo en que Clemente VIII enviaba, á su legado en Francia, una bula, mandando que los católicos franceses desecharan á Enrique IV, y procedieran á la eleccion de otro

(1) Se hizo en el año de 1744, en Brescia, una nueva edicion suya con este título: *Apologia ad Carolum V Cæsarem, super librum de unitate ecclesiæ.* (*Brixiæ*). En el *Apéndice histórico* que seguirá á este discurso, se verá á que se reducian los cargos que el cardenal Polo hacia á Maquiavelo.

rey, es á saber en el de 1592, el primero de estos agresores jesuitas, el P. Possevin, aun sin haber leido el *Libro del Príncipe*, se desenfrenó contra él. Le imitáron en el año de 1597, sus hermanos Luchesini y Ribadeneyra y algunos años despues los PP. Raynaud, Binet y otros que residian en Baviera (1). No consistiendo apénas las pretensas refutaciones de estos religiosos mas que en injurias, no son mas dignas de consideracion que aquella con que el prelado portugues Osorio se habia adelantado á la diatriba del P. Possevin, y la que Bozio, padre del Oratorio, hizo despues, confesando sin embargo que él no habia escrito contra Maquiavelo mas que para obedecer á la corte romana (2).

Echando á un lado estas débiles escaramuzas de su tropa ligera, para dedicarnos á los únicos detractores filósofos que hacen ahora la mayor impresion en los espíritus, vemos que todos ellos fuéron declarados enemigos de la autoridad monárquica, y que sus críticas

(1) Veáse el *Apéndice histórico*.
(2) Ibid.

del *Principe* de Maquiavelo no eran mas que unas justificaciones de la rebelion fomentada por ellos mismos contra el trono de nuestros reyes.

El primero de esta clase de detractores se presentó en el tercer año del turbulento reinado de Enrique III, el de 1576, cuando los calvinistas daban otra vez principio á las guerras contra su autoridad; y que el duque de Alenzon, al que el rey acababa de perdonar una conjuracion contra su persona, se ponia al frente de los rebeldes. Fué el calvinista delfines Inocencio Gentillet, que cómplice de la sublevacion de los Hugonotes de su provincia, iba á refugiarse al mismo tiempo en Genebra bajo los auspicios de Calvino. El *Discurso* que él publicó contra Maquiavelo, está precedido de un aviso al duque de Alenzon, al cual confesaba con pesar que el monarca sacaba sumos beneficios de este autor para embarazar su rebelion.

La segunda impugnacion se hizo con el mismo motivo y en el mismo sentido, tres años despues (el de 1579), por otro enemigo del trono, tránsfuga tambien de una especie

semejante; cuya impugnacion se halla en la famosa declaracion de guerra, que él publicó en Alemania contra el trono, con el título de *Vindicia contra tyrannos*, con el nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. El haber nombrado esta horrenda obra, es casi haber vengado ya la doctrina de Maquiavelo, que él tiraba á hacer execrable.

Fué respetada en los reinados de Enrique IV; Luis XIII y Luis XIV, en que Villeroi, Richelieu y Mazarin sacáron de ella tan útiles lecciones para la seguridad del trono y la prosperidad de la Francia. Pero en la aurora de la infausta filosofía del siglo décimo octavo, en el año de 1720, vino á dar Bayle la señal de una nueva guerra contra Maquiavelo, recogiendo, en su diccionario, todas las antiguas calumnias de los jesuitas contra él, y añadiéndoles cuantas le fué posible inventar (1). Yendo acorde en su odio contra los tronos la filosofía del ateismo, que fué la de nuestra edad, con el calvinismo, al que ella miraba como la filosofía del siglo diez y seis, no podia

(1) Véase el *Apéndice histórico*.

menos de condenar á nuestro autor á la execracion. Voltaire, que para hacerse oráculo suyo, se formaba entre los ingleses en la escuela anti-monárquica de Milton, Collins y Pope, publicó allí bien presto (en el año de 1740) aquel *Anti-Maquiavelo*, que él hacia mirar como la obra de un rey; y la faccion filosófica triunfaba presentando, en su bando, á un monarca el cual mismo declamaba contra todos los preservativos de los tronos. Adelantándose sin embargo este mismo rey en su sobresaliente carrera, adquiria el nombre de *grande*, cabalmente siguiendo la misma política y sistemas que le suponian impugnar con su pluma. Desdeñándose este soberano de confundir semejante error de otro modo que con su gloriosa conducta, hizo bastante para acabar de desengañar de él al público, y aun para dar lustre á Maquiavelo, probando que aquella obra era agena de sus producciones literarias, cuando permitió que se imprimiera su coleccion en vida suya. Los editores de la nueva coleccion, que de ellas se publicó despues de su muerte, diéron el mismo desaire á Voltaire. Sin embargo aquel *Anti-Maquiavelo*,

todavía favorecido con la misma ilusion, tenia siempre el efecto que la faccion se habia prometido; y adelantó mas que lo que se discurre los negocios de aquellos filósofos regeneradores, por quienes se denunciaban ya los soberanos á los pueblos como unos tiranos cuyo yugo era necesario sacudir, ó cuya potestad convenia atar.

No merece la pena de acusar aquí á los abecedarios históricos, que multiplicándose en la época de nuestra revolucion, presentaron á tantos compiladores la ocasion de amontonar, con sumo contento de los facciosos, cuantas calumnias se leian en otras partes sobre Maquiavelo; y nos basta con haber demostrado que los motivos, bien reconocidos de sus detractores principales que los otros no hiciéron mas que copiar, se convierten en gloria de su doctrina, sin que esta haya podido recibir la mas mínima ofensa con sus frívolos raciocinios. ¿Que será cuando demostremos en seguida que este famoso estadista, que de una parte, no tuvo mas que á enemigos sospechosos, fué defendido victoriosamente, de otra, por verdaderos sabios,

amantes del órden social; y que lo fué precisamente en un tiempo en que fuertes conmociones populares hacian desear que la autoridad monárquica supiera apagar el espíritu de rebelion, afirmar el trono, y establecer perfectamente la calma en la sociedad?

Los mas célebres apologistas del *Libro del Príncipe* fuéron, en el año de 1508, Alberico Gentil (1); en el de 1640 Gaspar Sciopio del que los jesuitas dijéron tambien mucho mal (2), y en el de 1650, el Corringio (3). Pero la tremenda conjuracion de las pólvoras, en In-

(1) Catedrático de derecho en Lóndres: en su tratado *de Legationibus*.

(2) Veáse su *Machiavelicorum operæ pretium*, de que Apóstolo Zenon, que le habia leido en manuscrito, hizo un tan gran elogio en sus anotaciones á las obras de Fontanini, tom. 1, pág. 207. Vengando el cardenal Belarmino á este autor contra el odio de los jesuitas, alaba en él *Peritiam scripturarum sacrarum, zelum conversionis hæreticorum, libertatem in thuano (de Thou, historia) reprehendendo sapientiam in rege anglicano exagitando, etc. etc.*

(3) En el prólogo de la traduccion latina del *Libro del Príncipe*.

glaterra, acababa de poner allí en peligro al muy confiado hijo de la desafortunada María Stuart (1); los protestantes de Austria ligados con los de Hungría, se sublevaron contra el rey Matías; Sigismondo acababa de ser despojado de la corona de Suecia por Carlos de Sudermania; y perdonando todavía el muy clemente Enrique IV á varios famosos conspiradores, dejaba tomar alientos á la mano, que, de allí á dos años, iba á darle de puñaladas, cuando Alberico Gentil creyó deber componer, para la salud de los monarcas y la paz de la Eu-

(1) Habiendo sido acogido este monarca, que reinaba en Escocia ántes de venir á reinar en Lóndres, con extraordinarias aclamaciones en esta ciudad, un buen Escoces, que la presenciaba, no pudo menos de esclamar con inquietud: « ¡ Ah! ¡ Justos cielos! estos necios van á echar á perder á nuestro buen rey ». Lo que le hacia mas necesaria la lectura de Maquiavelo, era la estrema bondad de su genio. Hombre por otra parte instruidísimo en las materias agenas del arte de gobernar, y fecundo en amables réplicas, se dejaba gobernar sin atender al mérito ni á la verdad.

ropa, su *apología del Príncipe* de Maquiavelo. Richelieu acababa de quitar á los calvinistos su postrer antemural (la Rochela), y de impedir que viniera al socorro suyo la Inglaterra, promoviendo disturbios intestinos en ella, con las sublevaciones que él estimulaba en la Cataluña y Portugal; desterraba de la Francia las horrendas resultas de la guerra que le hacia por todos lados la España; afirmaba, con ruidosos actos de severidad, el trono de su rey; y se habia hecho, por su vasta política en los intereses de su pais, el motor invisible de todos los gabinetes de la Europa, cuando Sciopio ensalzó el *Libro del Príncipe*, que le parecia haber dictado operaciones tan necesarias como ellas eran grandes y sublimes. Ultimamente, luego que el Corringio tuvo por urgente restaurar el honor de las lecciones de firmeza y prudencia, que Maquiavelo habia dejado para los príncipes vacilantes, ó nuevamente entrados en la soberanía de sus mayores, igualmente que para los nuevos príncipes, Mazarin, á quien él no hubiera desconocido mas por discípulo que por com-

patriota suyo (1), justificaba su doctrina por el modo eficaz con que él consolidaba la potestad de Luis XIV, y daba principio al gran reinado; Monck en Inglaterra, practicaba con fruto, para la próxima rehabilitacion del honor de su patria, las maniobras indicadas por

(1) La Italia, que fué, para lo restante de la Europa, la señora de las ciencias en el siglo diez y seis, fué tambien la cuna y escuela de los mayores estadistas que se viéron entónces, aun en otras partes. Todos se enlazan, por su orígen ó estudios, con la patria de Maquiavelo. Allí habia bebido el cardenal Ximenez los primeros elementos del arte de gobernar á los hombres. En Roma escribió el cardenal d'Ossat las mas de aquellas cartas que se miran como obras maestras de la ciencia política. Richelieu, nacido en Francia, no manifestó talento ninguno sobre esta materia mas que á su regreso de Italia. No tenemos precision de traer á la memoria que el famoso Alberoni era Italiano. Sciopio se habia formado político en la ciudad misma de Roma; é igual instruccion, habia adquirido en Italia aquel canónigo Gabriel Naudé, en cuya ciencia tenia el cardenal Mazarin tanta confianza.

nuestro autor; la monarquía se restablecia allí, y hecho volver Cárlos II. á su capital, subia al trono de su desgraciado antecesor..... Estas son las circunstancias en que es menester, mas que nunca, leer á Maquiavelo, y en que puede conocerse mas el valor de sus consejos.

Podríamos hacer otros cotejos semejantes entre los demas defensores suyos y los tiempos en que vivian; pero abandonando estas comparaciones á la inteligencia de nuestros lectores, nos cenirémos á observar, que todos los otros apologistas suyos fuéron hombres que pasaban por profundamente instruidos en la ciencia política, y por buenos patricios. Tales fueron 1°. en el año de 1683, Amelot de la Houssaie, que habia residido por mucho tiempo en Venecia como secretario del hábil embajador de Francia, el presidente de Saint-André (1); 2.° en el de 1731, el docto Federico Cristio, catedrático de derecho en Leipsick, en una

(1) Véase el prólogo de su traduccion del *Libro del Principe*.

obra compuesta *ex profeso*, y en que defendió victoriosamente á Maquiavelo (1), 3.°, en el de 1779, el abate Galiani, de Nápoles, al que sus relaciones con los filósofos reformadores de Francia habian puesto en la confidencia de sus designios (2); 4.° finalmente, casi en vísperas de nuestra revolucion vaticinada ya, el juicioso autor del elogio de Maquiavelo, que se halla á la cabeza de la edicion de sus obras, publicada en Florencia el año de 1782 (3).

(1) Publicado en Leipsick, el mismo año.

(2) Discurso compuesto para ponerle á la cabeza de una nueva edicion italiana de Maquiavelo, y publicada en Nápoles el año de 1779.

(3) Si no hubiéramos creido deber ceñirnos á las apologías que forman otras tantas obras particulares, pudieramos prevalecernos tambien de los honoríficos votos que diéron á Maquiavelo otros muchos literatos, eminentes en ciencia, tales como Mateo Toscan, Justo Lipsio, Bayle mismo, Francisco Bacon, Contelman y Monseñor Bottari, uno de los mas doctos prelados de la corte de Benedicto XIV.

§. VI.

Si es verdad que Maquiavelo haya desdeñado la religion; que la haya desterrado de sus sistemas políticos; y finalmente que haya tenido jamas las ideas de un ateista.

El último hecho con que, en la acusacion de irreligion contra Maquiavelo, se llega al mas alto grado á que pudiera llegarse, nos da motivo para recordar á nuestros lectores que ya han visto en los precedentes con que industriosa perfidia la malignidad les habia añadido cuanto era propio para agravarlos. Llevada aquí la precaucion hasta el exceso, no servirá mas que para quitar el velo enteramente al odio y perversidad de los enemigos de Maquiavelo. Temiendo que una ordinaria acusacion de irreligion, no disuadiera harto eficazmente de la lectura de sus obras, en que se hubiera descubierto toda la abominacion de sus calumnias, quisiéron hacerlas irrevocablemente repugnantes, uniendo á su nombre el extremo horror que el ateismo infunde á todos.

Bayle, en cuyo diccionario bebiéron todos nuestros modernos biografos esta impostura es el primero que la haya acreditado; y no la acredito mas que en cuanto ella convenia al sistema ateista de su obra. Habia hallado, es verdad, algunos elementos suyos en ciertos escritores anteriores; pero estos elementos no habian podido menos de parecer débiles y sospechosos á su juicioso talento; y lo que prueba que él los tuvo por tales, es que creyó deber corroborarlos con la falacia de una autoridad de invencion suya, para hacer creer que Maquiavelo habia muerto como ateista. Oponemos desde luego á este hecho un monumento histórico de la mas incontrovertible autenticidad, con el que se demuestra evidentemente que este insigne estadista murió como verdadero hijo de la iglesia católica (1); y vamos á hacer ver, por medio de sus escritos mismos, que, durante el curso de su vida, estuvo muy distante de tener las ideas de un incrédulo ó impío.

El sucesivo orígen de las diversas partes

(1) Veáse adelante el *Apéndice histórico*.

agravantes de la acusacion que ventilamos, es tan curioso y propio para hacerla apreciar, que no podemos menos de notar las circunstancias de esta progresion. No consistió ella, á los principios, mas que en el cargo hecho á Maquiavelo por algunos teólogos que no le habian leido bien, de no considerar la religion mas que bajo el aspecto político en su doctrina del gobierno de los estados. Irritado su zelo, y pronto á dar odiosas calificaciones á los que se apartaban algun tanto de sus opiniones, llamó *hijos de Lutero y maquiavelistas* á los estadistas que, venerando sin embargo la religion y aun invocándola en socorro de los gobiernos, no pensaban que cualquiera principado deberia gobernarse como una teocracía. No teniendo estos piadosos metafísicos idea ninguna de la ciencia práctica del gobierno de los estados, podian desaprobar ciertamente que Maquiavelo hubiese dicho que, no es posible conservarlos con oraciones y rosarios (2); pero podemos ser muy

(2) *Che gli stati non tenevano con Pater-Nostri.* Hist. Florent., lib. VII.

bien de su parecer sin faltar á la fe católica.

Debiendo convenir las máximas generales de la política á todos los paises y estados, cualquiera que sea su creencia particular, no pueden considerar casi la religion mas que en general, y bajo el aspecto de la utilidad que deben sacar de ella los gobiernos. Aquellos medios suyos que, de hecho, son mas eficaces contra la perversidad de los hombres que ellos tienen que regir, consisten en la prudencia y fuerza de los gefes del estado. No es de hoy dia que se dice, sin dejar de ser irreprensible en materia de doctrina, que la religion es el suplemento de las leyes, y que por consiguiente las leyes y la fuerza que hace observarlas, la mano de la justicia y la cuchilla deben ocupar ámbas manos de los reyes. La religion, sin duda, debe hallarse presente en sus ánimos para dirigir el uso que hacen de estos dos atributos de la dignidad real; pero desgraciadamente es menester confesar que si el príncipe dejara enteramente al cuidado de la religion sola la conservacion del órden y la seguridad de su persona, sin emplear los medios cuya fuerza, con respecto

á los hombres mas sensibles á las cosas materiales que á las morales, es muy superior á la de la religion, quedaria disuelta bien presto la sociedad, y arruinado su trono. Pudimos convencernos de esta cruel verdad por experiencia en los primeros actos de nuestra revolucion, en que respetando los enemigos del trono todavía las aras, mostráron que les importaba mas comenzar despojando al monarca de su fuerza y medios coactivos. Por lo mismo el tan virtuoso como desgraciado Luis XVI, en vísperas de verse arrancar la vida por los que acababan de robarle las reliquias de su potestad progresivamente usurpada por los antecesores de ellos, recomendaba á su hijo, si en algun tiempo llegaba á reinar, que no dejara sujetar la suya. « Un rey, le decia, en su adorable testamento, aquel eterno monumento no menos de sabiduría política que de heroica piedad, un rey no puede hacer respetar las leyes y obrar el bien que está en su corazon, mas que en cuanto tiene la necesaria autoridad; de otro modo, se ve atado en sus operaciones; y no infundiendo ya respeto, es mas perjudicial que útil ».

La autoridad, y la fuerza que es la salvaguardia suya, son pues los primeros agentes de la política práctica; y Maquiavelo hubiera podido ciertamente en sus obras sobre esta materia, especialmente cuando hablaba de los antiguos romanos como de los pueblos de su tiempo y pais, no considerar la religion en general mas que como un agente del segundo órden, aunque indispensable para una potestad temporal. Pero ¿se hubiera seguido de esto que él hubiera desconocido los particulares beneficios de la religion católica en los estados que la profesaban?

Notarémos aquí el segundo paso que dió, contra la reputacion de este estadista, el odio encubierto bajo las exterioridades de la piedad. Se atrevió á decir él que Maquiavelo se desdeñaba de dar entrada á la religion católica en sus sistemas de gobierno para los paises mismos que habian tenido la dicha de verse iluminados con la antorcha de la fe. No hallándose algun tiempo despues harto satisfecha todavía esta hipócrita malignidad con semejante calumnia, añadió que él desechaba esta misma religion en los consejos que daba á los gefes de los estados que la profesaban.

La vil impostura, ó la rencorosa ignorancia de los autores ó ecos de estas imputaciones, se hallan confundidas con los discursos mismos de Maquiavelo sobre la política enteramente pagana de los antiguos Romanos. Al hablar de su culto de los dioses falsos, no podia menos de volver frecuentemente, como por efecto de una inclinacion natural, á hacer conocer cuanto mas provechosa era á los estados la religion católica. Desde sus primeros capítulos sobre las *Décadas de Tito-Livio*, decia á sus contemporáneos: « así como la observancia del culto divino es una de las causas de la grandeza de los estados, así tambien el menosprecio de él á que nos propasamos es la causa de su ruina. El temor del príncipe no se hace necesario mas que cuando se entibia el de Dios, y que el estado se encamina hácia su disolucion (1). »

En el siguiente capítulo, volvia á la misma materia en estos términos: « Los príncipes y repúblicas que quieran preservarse de la corrupcion, deben ante todas cosas mantener en

(1) Lib. I, cap. II.

su integridad lo concerniente á la religion, y hacer de modo que ello no cese nunca de ser reverenciado. No hay ningun mayor indicio de la ruina de un estado, que cuando en él vemos menospreciado el culto divino (1). » Algunas páginas mas adelante, se halla todavía este mismo Maquiavelo enagenado de admiracion y gratitud para con las órdenes de San Francisco y Santo Domingo, que acababan de restablecer en su vigor y pureza la religion cristiana, desfigurada con la mala conducta de los gefes del clero. No podia cansarse de alabar los eminentes servicios que estas órdenes habian hecho así á la iglesia y estados (2). ¿ Desecha pues esta política de sus sistemas gubernativos la religion?

¡ Con que indignacion hubiera desechado Maquiavelo, como un error impío y horrible blasfemia, aquella paradoja que únicamente nuestros dias pudiéron ver aventurarse por el ciudadano de Ginebra : « Que la religion del

(2) Lib. I, XII.

(3) *Discurso sobre la Primera Década de Tito-Livio*, lib. III, cap. I.

cristianismo no tiene relacion ninguna con el cuerpo político; que tan lejos ella de apegar los corazones de los ciudadanos al estado, los desapega de este igualmente que de todo lo terreno; y que no hay cosa ninguna mas contraria al espíritu social (1).» Maquiavelo testificaba por el contrario que, en tiempo de los emperadores romanos, aquellos soldados que eran cristianos, fuéron los mejores y mas adictos, á causa de que los estimulaba no, como á los otros, por un fanático amor de la patria, un continuo humillo de gloria humana, sino un vivo y sagrado ardor en el desempeño de sus obligaciones. Si dijo que la religion católica no habia contribuido á la elevacion y seguridad de las repúblicas italianas de la edad media, no echaba la culpa de ello á esta religion, sino al abuso de ella á que se habian propasado, y á las malas costumbres de los principales ministros suyos. ¿Aun era posible vengarla mejor que él lo hizo del cargo dirigido contra los republicanos de su tiempo y pais, de no ser tan zelosos por la libertad como

(1) *Contrato social*, lib. IV, cap. VIII.

lo fuéron los idolatras de la república romana? « Si, entre nosotros, decia, puede creerse que el mundo esté afeminado y el cielo desarmado, esto está muy léjos de nacer de la religion; sino que proviene de la bajeza con que los hombres la interpretáron segun la molicie de su educacion, en vez de penetrarse de la virtud que ella prescribe; porque si contempláramos, como ella lo desea, en la gloria y defensa de la patria, veríamos que exige que la amemos, que la honremos, y nos hagamos capaces de defenderla bien (1). » Así pues la refutacion del ímpio aserto de Juan Jacobo, en quien nuestro siglo creyó tanta veracidad y profundidad, se hallaba, hace ya dos siglos y medio, en este mismo Maquiavelo al que, por una extravagancia calculada, afectan imputar las mayores faltas irreligiosas de nuestros dias.

No añadirémos otras citas á las que acabamos de hacer, porque ellas bastan para llenar de confusion la ignorancia ó mala fe de los que no temiéron echar sobre la memoria de

(1) *Discurso sobre la Primera Década de Tito-Livio*, lib. II, cap. II.

Maquiavelo cuanta odiosidad mas abominable puede haber en la irreligion.

§. VII.

CONCLUSION: Maquiavelo escribió cuanto es indispensable que un príncipe sepa para gobernar, no en un estado ideal, sino en uno real, especialmente á continuacion de una dilatada y violenta anarquía.

Si, despues de lo que llevamos dicho para la justificacion de Maquiavelo, se creyera hallarse todavía alguna falta, no podria ser mas que la de la ciencia experimental de la política misma, ó por mejor decir la de la perversidad de los súbditos que, todos mas ó menos en hostilidad contra los gobiernos, no le permiten al estadista caminar siempre acorde con la moral y religion. En balde el obispo anglicano Warburton (1), y el ministro pro-

(1) En su divina Mision de Moises, de que se dió en frances un resúmen en dos volúmenes, con el título de *Disertacion* sobre la *Union de la Religion, de la Politica y Moral.* Lóndres, año de 1742.

testante Saurin (1), que, en su calificacion de calvinista frances, refugiado en la Haya, no estaba exento de las preocupaciones de Gentillet y Languet contra Maquiavelo, pretendiéron que esta union de la religion cristiana con la política era posible en todos los casos. Su opinion, que por otra parte les atrae una suma estimacion, se pone, por cuantos tienen alguna experiencia del arte de gobernar á los hombres tales como ellos son, en la misma clase que el proyecto de *Paz perpetua* del buen abate de Saint Pierre. Las astucias de la maldad humana no pueden permitir la invariabilidad de una tan respetable concordia. « Si no fuera lícito reinar mas que en cuanto se desempeñaran todas las obligaciones de la eterna justicia, y se observaran todas sus reglas, dice Plutarco, Júpiter mismo no seria idóneo para ello. »

Se ha visto que las reglas de la política son de una clase diferente de las de la moral. Así,

(1) Véase la peroracion de su sermon sobre la *Concordia de la Religion y Política*. La Haya, año de 1725.

el juzgar la conducta de la primera con las máximas de la segunda, seria pronunciar en una materia que no se entendiera. Cualquiera que ha visto de cerca el timon de un buen gobierno en accion, y con mas fuerte razon cualquiera que le ha dirigido, sabe que las reglas de la moral no le son aplicables en todos los casos. Ultimamente, si les quedara todavía alguna consistencia á las censuras que fulmináron algunos moralistas contra Maquiavelo, acabarian desvaneciéndose ellas ante la juiciosa declaracion que él hizo aun en su *Libro del Principe*. « Mi intencion, se dice alli, ha sido la de escribir cosas útiles para los que son capaces de comprenderlas, y que tienen por mas conducente portarse con arreglo á las verdades de hecho, que con arreglo á las bellas cosas que existen en la imaginacion únicamente. He querido mas hablar sobre lo que realmente es, que discurrir sobre lo que deberia ser, pero que no es, es decir, el virtuoso concurso de todos los súbditos al bien general. Muchos, en verdad, imagináron bellas repúblicas y maravillosos principados, pero no los viéron jamas, y no son mas que qui-

meras. Hay tanta distancia entre el modo con que los súbditos se conducen, y el porte que ellos deberian observar, que el príncipe que dejara lo que se hizo de útil para hacer lo que él creyera mejor, y no pudiera serlo mas que en un órden de cosas meramente ideal, trabajaria mas bien en su ruina que en su conservacion » (1).

(1) Véase adelante, cap. XV.

FIN DEL DISCURSO.

APÉNDICE HISTÓRICO.

SOBRE

LOS DETRACTORES DE MAQUIAVELO.

Parece que la justificacion de Maquiavelo exige, para ser completa, una historia seguida y circunstanciada de las diversas persecuciones á que su memoria estuvo expuesta. Esta tarea nos es muy fácil para que seamos excusables en dispensarnos de ella. Los materiales suyos se nos presentan en las notas del elogio que el caballero Florentino J. B. Baldeli hizo de este insigne estadista, y que se leen á la cabeza de las últimas ediciones italianas de sus obras. Haciendo uso de estos materiales, segun el órden cronológico, nos verémos precisados á repetir algunos hechos de que llevamos hecha ya mencion; pero no será sin que

ellos tengan un nuevo interes para nuestros lectores; y la indulgencia de que podríamos necesitar para estas repeticiones, se nos acordará tanto mas gustosamente, cuanto vamos casi á limitarnos á traducir las notas de Baldeli.

El mas antiguo y primero de cuantos impugnáron los escritos de Maquiavelo, fué, como lo hemos dicho, aquel cardenal Renaud Polo, cuyos resentimientos personales contra Enrique VIII dejamos ya expuestos ántes. Determinóle particularmente á escribir contra el *Libro del Príncipe*, la indignacion con que le inflamaban las sumas alabanzas que hacia de esta obra el ministro favorito de este monarca, el mismo Tomas Cromwel, que era mirado como el protector de las mudanzas religiosas con que la Inglaterra acababa de separarse de la Iglesia romana. Polo, cuya cabeza estaba pregonada á causa de su libro *de Unitate ecclesiæ*, y que se habia visto en la precision de expatriarse, no podia ménos de atribuir sus desgracias á este panegirista de Maquiavelo, y sentirse naturalmente inclinado á contradecirle tanto sobre este punto como sobre todos los demas.

Habiendose refugiado en Italia, y pasado en Florencia el invierno del año de 1534, no habia dejado de indagar allí noticias poco favorables á la memoria de Maquiavelo. Las circunstancias políticas en que á la sazon se hallaban los Florentinos, eran sumamente propias para favorecer sus miras. Echando menos con amargura los mas de ellos el gobierno republicano que habian establecido por sí mismos en el año de 1527, y que Cárlos Quinto destruyó en el de 1531 con la fuerza de las armas, se estremecian bajo el yugo del tiránico príncipe que este emperador les habia impuesto. Era Alejandro de Médicis, en quien estaban muy distantes de hallar las buenas prendas de aquel Lorenzo, para el que habia compuesto Maquiavelo su *Libro del Príncipe*. No le veian mas que con pena en poder de Alejandro, porque segun la opinion comun, insertada en los escritos de Juliano de Ricci, nieto del autor, daba á conocer este mucho á los nuevos príncipes los medios de asegurarse en su principado: *Icrisse un trattato del modo, che devono tenere i Principi nuovi nelo consolidarsi negli stati.* Temiendo

los partidarios de la república que él fuera muy útil al nuevo Duque, preservándole eficazmente contra sus designios, debian estar dispuestos á quejarse de su autor; y no se dirigió sin duda Polo á los partidarios del régimen monárquico para hacerse decir mal de Maquiavelo. Halló sin embargo, entre los republicanos de afecto con quienes consultó, una reserva que no podia satisfacerle. Aun aquellos no podian desistir del alto aprecio suyo que conservaban á Maquiavelo; y para acordar á la pasion de su eminencia algo que no contradijera con su propio modo de pensar sobre el autor, y no atreviéndose á oponerse enteramente al cardenal tocante á la ignorancia y ceguedad de que le acusaba (*cæcitate et ignorantiâ*), imaginaron acusarle, segun las ideas republicanas de que hacian ostentacion. Dijéron pues al cardenal que él no habia llevado otra mira mas que la de estimular á su *Príncipe* á unos excesos tiránicos que moviesen á los pueblos á arruinarle. Si fuera menester dar crédito á Polo, habian confirmado esta suposicion con un hecho que no estaba mejor probado, diciendo que Maquiavelo mismo habia

confiado á sus amigos que él no habia tenido mas intencion que esta al escribir aquella obra para Lorenzo de Médicis (1). Cualquiera lector juicioso decidirá sin nosotros, si es razo-

(1) *Cùm de occasione scribendi illum librum* (Il Príncipe) *tum de animi ejus in eodem proposito audivi, de hâc cœcitate et ignorantiâ aliquâ ex parte excusari potest*, dijo Polo, *eum tùm excusabant cives ejus, cùm sermone introducto de illius libro, hanc impiam cœcitatem objecissem: ad quod illi responderunt idem, quod dicebant de Maquiavelo cum idem illi aliquando opponeretur; fuisse responsum, se non solum quidem judicium suum in illo libro fuisse secutum, sed illius ad quem scriberet quem cùm sciret tyrannicâ naturâ fuisse ea inseruit quæ non potuerunt tali naturæ non maximè arridere; eadem tamen si exerceret, se idem judicare quod reliqui omnes, quicumque de Regis vel Principis viri institutione scripserant, et experientia docet, breve ejus imperium futurum: id quod maximè exoptabat, cum intus odio flagraret illius principis ad quem scriberet: neque aliud spectasse in eo libro, quam scribendo ad tyrannum ea quæ tyranno placent, eum suâ sponte ruentem præcipitem si pósset dare Apologia ad Carolum V Cæsarem, super librum De Unitate Ecclesiæ*, en la página 152 del tomo primero de la edicion de Brescia, *Brixiæ*, 1744.

nable dar una plena fe á estas equívocas revelaciones. Sea lo que quiera de esto, Polo se aceleró á prevalecerse de ellas para corroborar los tiros que dirigia contra el *Libro del Príncipe* en la apología, que con miras casi únicamente políticas, y en aquel mismo año (el de 1535) como lo dice su prólogo, escribia él de su tratado *de Unitate Ecclesiæ* (1). Debe observarse bien, ademas, que los cargos que hizo allí á Maquiavelo, no se dirigian casi mas que contra los consejos dados á los príncipes para consolidar su autoridad vacilante, y que estos cargos se hallan en aquella apología misma con que instaba vivamente al intrépido Cárlos Quinto, para que volviera sus formidables armas contra el rey de Inglaterra; de quien el autor sin embargo era vasallo natural. Se sabe que despues, en el año de 1557, el papa Paulo IV acusó á Polo de fomentar la heregía; y que este compuso, en justificacion suya, otra apología llena de pasages muy vivos contra este pontífice. Se abstuvo, es verdad, de hacerla pública, y la

(1) *Ibidem.*

echó á la lumbre; pero fué haciendo aquella insultante cita de Génesis: *Non deteges verenda patris tui*, con la cual sola descubria su falta de moderacion é imparcialidad.

Incitado con esta contraseña marcial el inquisidor mayor de Roma, Ambrosio Catherin Politi, quiso hacer todavía mas que Polo, impugnando los *discursos* mismos de Maquiavelo sobre Tito Livio, igualmente que el *Libro del Príncipe*. Ya estaba compuesto su volúmen en folio de *Miscellanza*, que se imprimió en Roma el año de 1552; y sin embargo tomaba á pechos el insertar en él un párrafo intitulado: *Quam execrandi sint Machiavelli discursus et institutio sui Principis*. No sabiendo con que enlazarle, se vió reducido á hacer entrar esta digresion en la disertacion, *De divinis ac canonicis scripturis*, que formaba ya parte de este volúmen, y con la que él no tiene conexion ninguna.

Se ha visto ya que, sin los manejos y clamores de este dominicano, no se hubieran sentado las obras de Maquiavelo en la lista de los libros prohibidos por la nueva inquisicion romana en el pontificado de Paulo IV, en

el año de 1551; y que él fué quien forzó á la comision del concilio de Trento á incluir estas obras en el *Indice*, que Pio IV aprobó y publicó en el de 1564. No tenemos necesidad de decir que la autoridad de esta lista, muy aumentada desde entónces por los teólogos de la corte romana, no se reconoció jamas en Francia; pero lo que nuestra materia requiere que demos á conocer, es que los comisionados del concilio fuéron determinados á esta prohibicion, únicamente por algunos pasages que podian suprimirse sin perjudicar al fondo de las cosas, y que la prohibicion era condicional en algun modo. Tenemos esta particularidad de un contemporáneo, Juliano de Ricci. « Como no habia, escribia él en el año de 1594, mas que pocas cosas para excluir de las obras de Maquiavelo para que los comisionados del concilio dieran licencia para su lectura, tuve el encargo de hacer estas supresiones con messer Nicolas Maquiavelo, mi primo, nieto del autor como yo, á saber; él por su hijo é yo por su hija. La prueba de esta confianza está testificada en una carta, que sobre este particular nos escribiéron los ilustrísimos

señores cardenales, diputados en la revision del *Indice*, dado despues en 3 de agosto del año de 1573; cuya carta se halla firmada por el Padre Antonio Posi, secretario de estos cardenales. Nos atareamos en su consecuencia con ardor á estas correcciones; y habiéndose hecho cuantas se habian indicado, dimos principio enviando á Roma las *Historias* así corregidas; pero no hay cosa ninguna concluida todavía hasta este dia; porque queriendo estos señores libertarse de nuestras instancias para que se levantara la prohibicion, solicitaron que no se reimprimieran las obras de nuestro abuelo con su nombre (1). »

(1) *E perché levatone alcune poche elle restano tali, che si possono ammettere, ne fu data la cura a me Giuliano de' Ricci, e a messer Niccoló Machiavelli mio cugino, ambedue suoi nipoti, io figliuolo di una figliuola, e messer Niccoló figliuolo d'un figliuolo, como appare per una lettera scritta agli detti dagl' illustrissimi Signori deputati sopra la rivista dell' indice dato al* 3 *d'agosto* 1573, *sotto scritta da Fr. Antonio Posi, allora segretario di detti cardinali; e si bene si fatiçó attorno alla detta revisione, e si corressero tutte, e a Roma si mandó la correzione dell' Istorie. Sino adesso che siamo nel*

Es menester concluir de esto que á los ojos de aquellos cardenales habia mas escándalo en el nombre de Maquiavelo que en su doctrina. Se comprende esto por el ardor de que ciertas gentes usaban para desacreditarle sin permitir leerle, y sin que ellos mismos le hubiesen leido. « Parece, añade el caballero Baldeli, que la reimpresion de Maquiavelo se veia embarazada por los jesuitas quienes, habiendo comenzado ya su guerra contra él, ponian sumo empeño en que continuara anatematizada su memoria. Zelosos en ser los únicos conductores de los estados y Príncipes, prosigue Baldeli, cogian odio á todos los políticos capaces de disputarles la prerogativa de ello, y no podian menos de aborrecer mas que á todos los otros al que se miraba entónces como el príncipe de los estadistas. La prueba de su encono contra ellos en general, se halla en las invectivas que sus libros

1594, *non si è condotta a fine perché nello stringere, volevano quelli signori, che si ristampassero sott' ottro nome, a che si diede passata.* (*V. JACOB GADDI, de Scriptoribus*).

encierran contra los políticos; y su particularísimo encarnizamiento contra Maquiavelo está harto demostrado con cuanto ellos hiciéron y escribiéron para desacreditarle, y aun deshonrarle en cuantos paises de la Europa no habia fundaciones suyas.»

No habian escrito sin embargo todavía contra él, cuando en el año de 1576 publicó el calvinista Inocencio Gentillet su *Discurso sobre los medios de gobernar un reino*, en refutacion de Maquiavelo. La pretension que él habia tenido de tratar del gobierno de una monarquía, mucho mas que la iniciativa que habia tomado contra nuestro autor, despertó el zelo del P. Antonio Possevin. En un librejo que él publicó en Roma, el año de 1592, para refutar y censurar algunas obras de diversos escritores políticos, impugnó al mismo tiempo, en un difuso capítulo, á Maquiavelo, y la refutacion que de él habia hecho Inocencio Gentillet. Este capítulo que lleva el título de: *Cautio de iis quæ scripsit tùm Nicolaus Maquiavellus, tùm is qui adversùs eum scripsit Anti-Machiavellus*, se puso ademas, por el P. Possevin, en su *Bibliotheca selecta*. ¿Ha-

bia meditado, y comprendido bien él sin duda á Maquiavelo? No por cierto; el Corringio demostró, hasta la última evidencia, en el prólogo de su traducion latina del *Libro del Príncipe*, impresa en Helmestat el año de 1660, que Possevin, ni aun le habia leido cuando le refutaba. La pasion no tiene necesidad de instruirse para saciarse. No conocia él de esta obra mas que lo que habia dicho Gentillet sobre ella; y aun no hizo otra cosa mas que repetir ciegamente los argumentos de este calvinista, contra el que sin embargo alzaba el grito en lo que este habia dicho de contrario á la Iglesia católica. Pero Possevin mostraba tambien en esto mismo su ciego delirio contra Maquiavelo, que lleno de respeto para con ella, no consideraba mas que el escándalo y ambicion de la Corte romana, y no los habia vituperado mas que á causa de que sufria con ello la religion. Suponiendo insidiosamente Possevin, como un hecho verídico, que él habia blasfemado contra la Iglesia, no reconvenia á Gentillet de sus blasfemias mas que diciendo que ellas igualaban y sobrepujaban á las de Maquiavelo: *Sed ubi*

Machiavellus catolicam appugnat Ecclesiam, vel ubi occasio sese dat, facile Machiavellum blasphemando equat et superat. (*Bibliotheca selecta;* Venecia, 1603, tom. II, pág. 403.)

Otro jesuita de Italia, el P. Lucchesini, vino despues á esforzarse á condenar á Maquiavelo al menosprecio público, dando á luz un libro intitulado: *Saggio delle sciocchezze di Niccolo Machiavelli del Padre Lucchesini* (Ensayo sobre las tonterias de, etc.). No se contentó con acusar en él de impiedad á este peregrino ingenio, sino que tiró á hacerle pasar por un necio, y sostuvo con injurias esta mala causa. El público hizo gracia á la obra del P. Lucchesini, mirándola como una obra maestra de absurdos. Un poeta italiano, que se cree ser Menzini, habló de ella en una sátira por el tenor siguiente:

Tante sciocchezze non contien quel bello
Opuscolo del padre Lucchesini
Che taccio di coglione il Maquiavello;

Y se halló casi juiciosa la equivocacion de un encuadernador de libros quien, para reducir el titulo del frontispicio de este al estre-

cho espacio que el lomo del volúmen presentaba, grabó en él estas palabras : *Sciocchezze del Padre Lucchesini.*

No contentos los jesuitas de la Italia con desacreditar á Maquiavelo en su pais, prosigue Baldeli, hiciéron que los hermanos suyos de los diferentes estados de la Europa escribieran contra él. En España, el P. Ribadeneyra compuso un *Tratado de las virtudes del Príncipe cristiano*, del que los de Italia hiciéron una traduccion en su lengua, y que públicáron en el año de 1598. Pero el impugnador español de Maquiavelo deshonraba por sí mismo su tratado desde su epístola dedicatoria. Dirigiéndola al infante D. Felipe, heredero presuntivo del trono de todas las Españas, le exhortaba á tomar por modelo de las virtudes que él iba á exponerle, á aquellos ascendientes suyos que, por máxima de religion, se habian manifestado los mas crueles. Le designaba mas especialmente « á Fernando III, quien, decia él, tenia tanto zelo en conservar pura y sincera nuestra fe, que, segun los testimonios de graves autores, no se ceñia á hacer castigar á los hereges, sino que él mismo iba, cuando

habia de quemarse alguno de ellos, á llevar la leña y ponerle fuego. V. A., concluia el P. Ribadeneyra, debe imitar á aquel santo monarca, como tambien á sus mayores Isabel y Fernando v, que arrojáron de España á los moros y judios, y estableciéron el santo oficio de la inquisicion.

En Francia, veian, hácia el año de 1730, al P. Binet inventar cuentos calumniosos para desacreditar á Maquiavelo, y para sobrepujar en esto al protestante de Augsburgo Spizelio, que hacia tambien la guerra á la memoria de nuestro autor. Aun Binet tenia despues el atrevimiento de prevalecerse de la autoridad de Spizelio, que no habia hecho realmente más que repetir las calumnias inventadas por él mismo. Así es como él acreditó la falsa anécdota, de la vision en que habia supuesto que habiéndose presentado juntos el infierno y la gloria á la eleccion de Maquiavelo moribundo, habia dicho que él preferia ir al infierno, porque habia visto allí á Seneca, Tácito, Plutarco, etc., miéntras que no habia visto en la gloria mas que á pobres gentes contrahechas y andrajosas. Cuando Binet in-

sertó esta anécdota en su *Salud de Orígenes* no tuvo vergüenza de corroborarla con el testimonio de Spizelio, quien la habia repetido en su *Scrutinio atheismi* p. 135. Pero Spizelio confesaba que él la sabia de un tal Marchand; y este mismo Marchand no la habia citado mas que apoyándose sobre la autoridad del P. Binet. Antes de él, no la hallaban en parte ninguna; y este Jesuita, que no vivió sino más de un siglo despues de Maquiavelo, no era creible sobre un hecho no solamente ignorado de sus contemporaneos, sino tambien desmentido por ellos mismos tan formalmente como podia serlo, segun ahora mismo lo verémos.

Sin embargo el tan infatigable como poco juicioso compilador Teofilo Raynaud, igualmente jesuita, vino á acoger este cuento, á realzarle y acreditarle en sus *Eroteremata de bonis et malis libris*, publicados en el año de 1658. Pero no tenia él mas fundamento que el testimonio, ó por mejor decir la pérfida invencion de su hermano Binet.

Emulos los jesuitas de Baviera del protestante augsburgues Spizelio, vecino suyo, obraban en ello mas vivamente todavia que

sus hermanos de Francia, contra la memoria de Maquiavelo. Los de Ingolstat llegaban en su odio hasta el grado de hacer quemar un maniquí al que habian dado su nombre, y pegado un rótulo infamante destinado á justificar este auto de fe. En él se leian las siguientes palabras: *Quoniam fuit homo vafer ac subdolus diabolicarum cogitationum faber, optimus cacodæmonis auxiliator* : es tratado así, « porque fué un hombre trapacero y astuto, un inventor de diabólicos sistemas, y el mejor auxiliar del peor demonio (del paganismo). » Refiere este hecho Apóstolo Zenon en las notas que él añadio á las obras de Fontanini, (tom. 1, pag. 207.)

Cuando el prelado portugues Osorio, que murió en el año de 1580, impugnó á Maquiavelo en su libro *De Nobilitate Christianâ*, se habia visto movido á ello con el ejemplo y quizas sugestiones de Ambrosio Catherin Politi, y lo habia hecho de oidas, sin haber leido á nuestro autor. Lo que lo prueba, es que él le hacia cargo de haber dicho que la religion cristiana extingue toda elevacion de ánimo, toda virtud civil y militar. Ahora bien,

Maquiavelo habia afirmado todo lo contrario como lo hemos mostrado ántes y como cualquiera puede convencerse de ello leyendo el capítulo 2 del libro II de sus *Discursos sobre las Décadas de Tito-Livio*.

Tomas Bozio, P. del oratorio de Roma, escribió tambien contra Maquiavelo uno ó dos años despues del P. Possevin, y como para ponerse en competencia con él. Pero la confesion que él hace en sus escritos, nos inclina á creer que no tuvo mas motivo que el del jesuita de quien era competidor. Confesó que no habia tomado la pluma mas que por órden de la Corte romana. Para complacer pues á esta, publicó él en los años de 1594 y 1595 su volúmen: *de antiquo et novo Italiæ statu, libri* IV, *adversus Nicolaum Machiavellum*, en que se empeñó en refutar aquella opinion demostrada por Maquiavelo que « la Italia no hubiera experimentado los horrendos desastres á que se habia visto entregada, si en ella los papas no se hubieran vuelto soberanos temporales, ni adquirido la inmensa dominacion terrena que los pontificados de Gregorio VII y Alejandro VI les habian proporcio-

nado. Bozio se esforzó á probar que la Italia no habia sido nunca mas floreciente, feliz, y fecunda en varones insignes, que desde que los pontífices eran soberanos poderosos en ella. Daba por prueba de esto el tiempo en que él vivia, y en el que escribia estas lisonjas con arreglo á las miras de Clemente VIII (1).

(1) Tiraboschi, en su *storia della letteratura italiana* (lib. III n.° 37), indica la otra obra de Bozio, *de Ruinis gentium*, impresa en Roma el año de 1596, y en Colonia el de 1598, como tambien la que fué especialmente dirigida contra Maquiavelo, aunque el título de la primera testifica lo contrario. Pone despues en el número de los escritores italianos, que le impugnáran bajo el manto de la religion, á Gerónimo Muzio, en su *Gentiluomo o sia della nobiltá;* á Juan Bottero, en su *Ragion di stato*, y él mismo le trata de un modo bastante deshonroso. Pero desde luego Tiraboschi, en su calidad de jesuita, no podia expresarse apénas de diferente modo que sus hermanos con respecto á Maquiavelo; y añadia despues bien en balde estos dos autores para abultar la lista de sus impugnadores. Muzio, que habia movido empeños en Roma hácia el fin del año de 1549, para

Estos son los sugetos del clero, que, en diferentes tiempos, impugnáron á Maquiavelo con escritos, en ninguno de los cuales, todo bien considerado, no hay ni aun visos de una verdadera refutacion. Los seculares que se declaráron por adversarios suyos, les llevem á lo menos la superioridad de haberse esforzado realmente á refutarle. Hemos mostrado ya que el protestante Gentillet aspiró á ello; pero se sabe que él era mas que sospechoso

tener, con preferencia á cualquiera otro, el encargo de escribir las circunstancias del concilio, á que se debió el Papa Julio III, Muzio, al que fué apasionado este Pontifice, hubiera podido escribir contra Maquiavelo, sin que Maquiavelo dejara de llevar realmente razon, y mayormente que era de un humor muy contencioso. Crescimbeni y Maffei dicen, que toda su vida buscó disputa á los demas sobre las mayores menudencias, y aun sin utilidad: *egli quistionò fin che visse anche per minime ad infruttuose cagioni* (Stor. della volgar poesia, lib. II; — *Scienza cavalleresca*, lib. II. 67). Petrarca, Guichardin, Varchi, Tolomeo, y aun el buen Flaminio, fueron maltratados tambien por Muzio; y los tiros que él dirigió contra Maquiavelo, eran sumamente débiles. Lo que él le

en los motivos que le dictáron su Discurso contra nuestro autor. Aun confesó en la dedicatoria que hizo al duque de Alençon, gefe de los sublevados, que él no le habia compuesto mas que para vengarse de Catalina de Médicis, por que ella aconsejaba al rey severas providencias contra ellos, manifestando al mismo tiempo sumo aprecio á las obras de su compatriota Maquiavelo. Los calvinistas, á fin de desacreditar mejor á este protector de

echó en cara mas vivamente, fué el haber hecho la profesion de las armas superior á la de las letras. En cuanto á Botero, si él habia hablado mal de Maquiavelo, no deberíamos extrañarlo, supuesto que habia sido jesuita, y que habia conservado en tanto grado las ideas de los jesuitas, que en su muerte, acaecida el año de 1617, los hizo herederos suyos. Sin duda las máximas de la política de Boteso difieren de las de Maquiavelo, pero «no es, dice el honrado Corniani, mas que discurriendo en la quimérica hipótesis de que los hombres son tales como deberian ser. Maquiavelo, por el contrario, los habia considerado tales como ellos son realmente»; y esta reflexion es indispensable para juzgar rectamente su doctrina. (*Secoli della letter. Italiana*, tom. VI, pág. 395).

los tronos, vertiéron la voz de que no se debia la matanza del dia de San Bartolomé mas que á las máximas explanadas en sus obras; y esta voz bastaba para hacerle odioso, como lo notó el presidente de Thou. (Hist. lib. 52.)

De allí á breve tiempo, fué vivamente impugnado Maquiavelo por otro protestante frances, igualmente fugitivo, y á causa tambien de que era el patrono de los reyes. Quiero hablar de aquella famosa declaracion de guerra, que se les hizo en el año de 1579, con el título de *Vindiciæ contra tyrannos*, y nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. Al informarnos Bayle de que este *Junius Brutus* era aquel Huberto Languet, natural de Viteaux en Borgoña, que habiéndose pasado á Sajonia por amor al luteranismo, contrajo allí una estrecha amistad con Melancton, confiesa que él no escribió estas *Vindiciæ* mas que para saciar su odio contra Enrique III. El autor mismo confesó en su prólogo, que le habia movido á componer esta obra el resentimiento que él experimentaba de ver prevalecer en Francia la autoridad del monarca sobre la fuerza de los rebeldes.

Hemos hecho observar ya que durante los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, se respetó y aun admiró Maquiavelo en vez de denigrarle. Unicamente en el año de 1720, y aurora de nuestro siglo de rebeliones contra la potestad de los reyes, se vió encendida de nuevo la guerra contra él. No contento Bayle, á cuyo impío sistema convenia hallar ateistas en todos los hombres célebres de las edades anteriores, con recoger, en su voluminoso diccionario, cuanto los jesuitas habian dicho calumniosamente para hacer aborrecible á Maquiavelo como un hombre irreligioso que habia expirado con las horrendas ideas del ateismo, tuvo el descaro de confirmar esta mentira con la autoridad supuesta de un autor que decia cabalmente lo contrario. Las *Anécdotas de Florencia*, por Varillas, eran, segun dicho de Bayle, el libro en que él habia sabido que Maquiavelo no recibió á su muerte los sacramentos de la Iglesia, mas que por haberle precisado á ello los magistrados. Que nuestros biógrafos, copiantes de Bayle, se refieran á este fraudulento aserto, y le tengan por verídico, lo extrañamos poco, y

nos compadecemos de aquellos cuya opinion ellos extravían; pero el que, zeloso de juzgar por sí mismo, abra la obra de Varillas, de la que indicamos la pág. 165, si es la edicion hecha en la Haya por Arnould Liers en el año de 1687 que se tiene, y que Bayle no podia menos de conocer, se convencerá de esta excesiva mala fe. La relacion de Varillas se halla concorde con un monumento particular, de que él no habia podido tener conocimiento. Descubrióse despues de aquella era en los archivos de la familia Nelli, de Florencia, el original de la carta que Pedro, hijo de Maquiavelo, despues de haber asistido á sus postreros instantes, escribió á su primo Francisco Nelli que se hallaba á la sazon en Pisa, para contarle las circunstancias del fallecimiento de su padre. En esta carta, en que reina toda la familiaridad y franqueza acostumbradas entre amigos y cercanos parientes, le decia, entre otras muchas particularidades domésticas, de ningun modo discordantes con esta, y como un hecho muy natural con que él debia contar: « Ha confesado á nuestro padre el P. Matco., que le ha hecho compa-

nía hasta su postrer aliento. » Esta carta se insertó por el canónigo Baldini, bibliotecario mayor de la célebre biblioteca *Laurenziana*, de Florencia, en el prólogo de su *Collectio aliquot veterum monumentorum*, Xict., impresa en Arezzo en 1732.

Como Bayle, que no pasó en silencio ninguno de los calumniosos absurdos de los jesuitas contra Maquiavelo, queria referir, sin avergonzarse, el cuento del P. Binet, concerniente á la pretensa vision de este insigne estadista, se prevaleció de la mencion que Francisco Hottman habia hecho de él en su epístola 99. Pero no caminó aquí Bayle de mejor buena fe que en su primera cita de Varillas; porque Hottman no habla sino con indignacion de esta anécdota, mostrando que él temia verla repetida en una edicion que se hacia entónces de las Obras de Maquiavelo, en Pernes cerca de Basilea.

Si se exceptúan los compiladores biógrafos á quienes Bayle sirvió de modelo, guia, y oráculo con frecuencia, no se quedaban en la Francia, para impugnar á Maquiavelo los escritores que se llamaban políticos ó filóso-

fos, por mas franceses que ellos eran. Iban ántes á ponerse en cierto modo bajo la salvaguardia de los extrangeros, y de los extrangeros á los que ellos tenian por mas imbuidos en las máximas contrarias al interes de nuestros monarcas, reconociendo en ello que era por lo mismo hacer la guerra á su trono y autoridad.

Voltaire no faltó á esta precaucion, cuando quiso publicar el *Exámen crítico del Libro del Príncipe*, aquel *Anti-Maquiavelo* que él hizo atribuir al rey de Prusia Federico II, aunque sin atribuírsele él mismo con una nominal especificacion. Escogió él Londres, en que habia hallado ya muchos partidarios, cuando precisado anteriormente á expatriarse á causa de su espíritu de independencia y de su osada irreligion, publicó allí aquel famoso poema, en que, en versos imitados de Teodoro de Beza (Mors Ciceronis), deploraba tan pomposamente el trágico fin de Coligny. Fué allí donde en el año de 1740, despues de haber venido á dar en Paris su *Bruto*, y en vísperas de hacer representar tambien su *Mahometo*, publicó el *Anti-Maquiavelo* de que tratamos.

Esta produccion, á la que dejó vislumbrar un afecto maternal en él prólogo de que la acompañó, esta muy distante de merecer el título de una solida refutacion. No hace ella mas que repetir lo que las precedentes habian dicho, ni tomó mejor que ellas, el *Libro del Principe* en el sentido con que se habia compuesto: le disfama mas bien que le impugna. Voltaire, en su prologo, procedió del mismo modo con respecto á la justificacion que Amelot de la Houssaie habia hecho de Maquiavelo. Desviándose siempre de la mente real de esta apología, no empleó casi contra ella mas que sofismas y sarcasmos.

El año de 1740, bajo este aspecto como bajo otros muchos, debe notarse en la historia de las calamidades que la filosofía de la libertad atrajó sobre la Francia, hácia el fin del siglo décimo octavo. Comenzó á hacerse mas general en ella desde entónces la pasion contra Maquiavelo, sin que ninguno se dignase ó supiese leerle. A excepcion de algunas buenas almas á las que la escuela de los PP. Binet, Raynaud, Lucchesini, Ribadeneyra y Possevin habia hecho ciegamente apasionadas contra

él, el mayor número se dejaba llevar de aquellos filósofos modernos que se habian constituido por maestros. Se repetia en todas partes con arreglo á ellos, que Maquiavelo es el preceptor y modelo de todos los vicios reunidos; aun su nombre llegó á ser de oidas el tipo de la horrenda combinacion de los mayores delitos; y con un tan pérfido error se dejó llevar la Francia hácia aquella horrenda revolucion, en que los calumniadores de Maquiavelo se reconociéron á sí mismos, en sus acciones, por los inventores de la atroz combinacion que le habian imputado ellos tan hábilmente. Hemos demostrado cuanto les importaba apartar de las miradas de todos un libro, en que se hallaban indicados los preservativos contra los males que sus sistemas de independencia y rebelion nos preparaban.

Subsiste todavía el error, porque hubiera sido necesario, para hacer estos cotejos, poder leer al texto mismo de Maquiavelo, en que solamente se puede juzgarle bien, y cuya perfecta inteligencia no está al alcance mas que de un cortísimo número de Franceses. Ningun autor de nuestros dias emprendió

desvanecer esta ilusion anti-monárquica, y aun quizas hay muchos que se empeñáron en hacerla mas fuerte todavía. Aquí, el aviso *Attendite á falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium*, suministra una segura regla para apreciár su sinceridad é intenciones. Echando á un lado á los detractores que no son mas que materiales ecos, y á los serviles compiladores de quienes todo hombre juicioso se desconfía naturalmente, no temo decir: Si entre los escritores hay algunos hácia cuya ciencia su reputacion inclina vuestra confianza, ved sus obras en aquellos calamitosos tiempos que acabamos de pasar; *A fructibus eorum cognoscetis eos.* Reconoceréis infaliblemente que ellos fuéron acalorados partidarios y zelosos apóstoles de aquella calamitosa revolucion, con que fué destruido el trono cuya restauracion bendecimos hoy dia, y cuya seguridad pedimos.

FIN DEL APÉNDICE.

MAQUIAVELO

COMENTADO

POR BUONAPARTE.

MANUSCRITO DE BUONAPARTE.

Nocturnâ versate manu, versate diurnâ.

EL PRINCIPE

POR NICOLAS MAQUIAVELO,

SECRETARIO Y CIUDADANO DE FLORENCIA (*a*).

NICOLAS MAQUIAVELO,

AL MAGNIFICO LORENZO, HIJO DE PEDRO DE MEDICI (*b*).

Los que quieren lograr la gracia de un príncipe, tienen la costumbre de presentarle las cosas que se reputan como que le son mas

(*a*) La presente traduccion se ha cotegado con el manuscrito original que está en la Biblioteca *Medici-Laurenziana* de Florencia. *(Nota del Editor.)*

(*b*) Sobrino del papa Leon X, y padre de Catalina de Mé-

agradables, ó en cuya posesion se sabe que él se complace mas. Le ofrecen en su consecuencia los unos, caballos; los otros, armas; cuales, telas de oro; varios, piedras preciosas ú otros objetos igualmente dignos de su grandeza.

Queriendo presentar yo mismo á VUESTRA MAGNIFICENCIA alguna ofrenda que pudiera probarle todo mi rendimiento para con ella, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea mas querida, y de que haga yo mas caso, que mi conocimiento de la conducta de los mayores estadistas que han existido. No he podido adquirir este conocimiento mas que con una dilatada experencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y por medio de una continuada lectura de las antiguas historias. Despues de haber examinado por mucho tiempo las acciones

dicis que se casó, en el año de 1533, con el Delfin de Francia, hecho rey en el de 1547 con el título de Enrique II. *(Nota del Editor.)*

de aquellos hombres, y meditádolas con la mas seria atencion, he encerrado el resultado de esta penosa y profunda tarea en un reducido volúmen; y el cual remito á VUESTRA MAGNIFICENCIA.

Aunque esta obra me parece indigna de vuestra Grandeza, tengo sin embargo la confianza de que vuestra bondad le proporcionará la honra de una favorable acogida, si os dignais considerar que no me era posible haceros un presente mas precioso que el de un libro, con el que podréis comprender en pocas horas lo que yo no he conocido ni comprendido mas que en muchos años, con suma fatiga y grandísimos peligros.

No he llenado esta obra de aquellas prolijas glosas con que se hace ostentacion de ciencia, ni adornádola con frases pomposas, hinchadas expresiones, y todos los demas atractivos agenos de la materia, con que muchos autores tienen la costumbre de enga-

lamar lo que tienen que decir (1). He querido que mi libro no tenga otro adorno ni gracia mas que la verdad de las cosas y la importancia de la materia.

Desearia yo sin embargo que no se mirara como una reprensible presuncion en un hombre de condicion inferior, y aun baja si se quiere, el atrevimiento que él tiene de discurrir sobre los gobiernos de los príncipes, y de aspirar á darles reglas. Los pintores encargados de dibujar un paisage, deben estar, á la verdad, en las montañas, cuando tienen necesidad de que las valles se descubran bien á sus miradas; pero tambien únicamente desde el fondo de los valles pueden ver bien en toda su extension las montañas y elevados sitios (2). Sucede lo propio en la política: si para conocer la naturaleza de

(1) Como Tácito y Gibbon. (*Nota de Buonaparte.* G.)

(2) Con esto empecé, y con ello conviene empezar.

los pueblos, es preciso ser príncipe, para conocer la de los principados, conviene estar entre el pueblo. Reciba VUESTRA MAGNIFICENCIA este escaso presente con la misma intencion que yo tengo al ofrecérsele. Cuando os digneis leer esta obra y meditarla con cuidado, reconoceréis en ella el extremo deseo que tengo de veros llegar á aquella elevacion que vuestra suerte y eminentes prendas os permiten. Y si os dignais despues, desde lo alto de vuestra magestad, bajar á veces vuestras miradas hácia la humillacion en que me hallo, comprenderéis toda la injusticia de los extremados rigores que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupcion.

Se conoce mucho mejor el fondo de los valles cuando despues se está en la cumbre de la montaña. R. C.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuantas suertes de principados hay, y de que modo ellos se adquieren.

Cuantos estados, cuantas dominaciones ejerciéron, y ejercen todavía una autoridad soberana sobre los hombres, fuéron y son, ó repúblicas ó principados. Los principados son, ó hereditarios cuando la familia del que los tiene, los poseyó por mucho tiempo; ó son nuevos.

Los nuevos son, ó nuevos en un todo (1), como lo fué el de Milan para Francisco Sforzia (*a*); ó como miembros añadidos al es-

(1) Tal será el mio si Dios me da vida. (G.)

(*a*) Generalísimo de los ejércitos de la república milanesa, los condujo muy republicanamente á diversas victorias y conquistas, y cuando, por medio del hechizado dominio que con ello adquiere un general sobre los espíritus de los

tado ya hereditario del príncipe que los adquiere; y tal es el reino de Nápoles con respecto al rey de España (*a*).

O los estados nuevos, adquiridos de estos dos modos, estan habituados á vivir bajo un príncipe; ó estan habituados á ser libres.

O el príncipe que los adquirió, lo hizo con las armas agenas, ó los adquirió con las suyas propias.

O la fortuna se los proporciono; ó es deudor de ellos á su valor.

soldados, pudo disponer de sus tropas á la voluntad de su ambicion, vino á sitiar y someter á los republicanos de Milan; se hizo recibir en esta ciudad como un libertador, y consiguió de allí en breve que le proclamaran por príncipe y duque de todos los dominios milaneses.

(*a*) Desde el año de 1442 en que Alfonso V, rey de Aragon, se habia hecho proclamar rey de Nápoles, conservaron los monarcas de España este segundo reyno hasta el de 1707.

CAPITULO II.

De los Príncipes hereditarios.

Pasaré aquí en silencio las repúblicas, á causa de que he discurrido ya largamente sobre ellas en otra obra (*a*); y no dirigiré mis miradas mas que hácia el Principado (1). Volviendo en mis discursos á las distinciones que acabo de establecer, examinaré el modo con que es posible gobernar y conservar los Principados.

Digo pues que en los estados hereditarios que están acostumbrados á ver reinar la familia de su príncipe, hay menos dificultad para conservarlos (*b*), que cuando ellos son

(1) No hay mas que esto de bueno, por mas que digan; pero me es preciso cantar por el mismo tono que ellos, hasta nueva órden. (G.)

(*a*) Discurso sobre la primera década de Tito-Livio.

(*b*) Tácito dice que el que adquirió un imperio por medio

nuevos (1). El príncipe entónces no tiene necesidad mas que de no traspasar el órden seguido por sus mayores, y de contemporizar con los acaecimientos, despues de lo cual le basta una ordinaria industria para conservarse siempre, á no ser que haya una fuerza extraordinaria, y llevada al exceso, que venga á privarle de su estado. Si él le pierde, le recuperará, si lo quiere, por mas poderoso y hábil que sea el usurpador que se ha apoderado de él (2).

(1) Procuraré suplirlo haciéndome el decano de los demas soberanos de Europa. (G.)

(2) Lo vérémos. Lo que me favorece, es que no del crímen y violencia, no pueda conservarle haciendo uso repentinamente de la blandura y antigua moderacion: *Non posse principatum scelere quæsitum subitâ modestiâ et priscâ gravitate retineri.* (Hist. I.) Y previene que el vigor que conviene emplear para conservar éste imperio, es á menudo causa de perderle con la sublevacion de los súbditos á quienes se les acaba la paciencia: *atque illi, quamvis servitio assuti, patientiam abrumpant.* (Ann. 12.)

7..

Tenemos para ejemplo, en Italia, al duque de Ferrara, á quien no pudiéron arruinar los atáques de los Venecianos, en el año de 1484; ni los del papa Julio, en el de 1510, por el único motivo de que su familia se hallaba establecida de padres en hijos, mucho tiempo hacia, en aquella soberanía.

Teniendo el príncipe natural menos motivos y necesidad de ofender á sus vasallos, está mas amado por esto mismo; y si no tiene vicios muy irritantes que le hagan aborrecible, le amarán sus vasallos naturalmente y con

se le he cogido á él, sino á un tercero que no era mas que un insufrible cenagal de republicanismo. La odiosidad de la usurpacion no recae sobre mí; los forjadores de frases al sueldo mio lo han persuadido ya: *No ha destronado él mas que á la anarquía.* Mis derechos al trono de Francia no estan mal establecidos en la novela de Lemont.... En cuanto al trono de Italia, tendré una disertacion de Montga.... Esto les es necesario á los Italianos que hacen de

razon. La antigüedad y continuacion del reinado de su dinastía, hiciéron olvidar los vestigios y causas de las mudanzas que le instaláron: lo cual es tanto mas útil, cuanto una mudanza deja siempre una piedra angular para hacer otra (1).

habladores. Bastaba una novela para los Franceses. El pueblo bajo que no lee, tendrá las homilías de los obispos y curas que tenga hechos; y mas todavía un catecismo aprobado por el legado del papa: no se resistirá á esta magia. No le falta cosa ninguna, supuesto que el papa ha ungido mi frente imperial. Bajo cuyo aspecto, debo parecer todavía mas inamovible que ninguno de los Borbones. (R. J.)

(1) ¡Cuantas piedras angulares se me dejan! Todos los mas estan todavía allí; y seria menester que no quedase ni siquiera uno solo, para que yo perdiese toda esperanza. Volveré hallar allí mis águilas, mis N, mis bustos, mis estatuas, y aun quizas la carroza imperial de mi coronacion. Todo esto habla incesantemente á los ojos del pueblo en mi favor, y me trae á la memoria. (E.)

CAPITULO III.

De los principados mixtos.

Se hallan las dificultades en el principado mixto; y primeramente, si él no es enteramente nuevo, y que no es mas que un miembro añadido á un principado antiguo que ya se posee, y que por su reunion puede llamarse, en algun modo, un principado mixto (1), sus incertidumbres dimanan de una dificultad que es conforme con la naturaleza de todos los principados nuevos. Consiste ella en que los hombres que mudan gustosos de señor con la esperanza de mejorar su suerte (en lo que van errados), y que, con esta loca esperanza, se han armado contra el que los gobernaba, para tomar otro, no tardan en convencerse por la

(1) Como lo será el mio sobre el Piamonte, Toscana, Roma, etc. (R. C.)

experiencia, de que su condicion se ha empeorado (a). Esto proviene de la necesidad en que aquel que es un nuevo príncipe, se halla natural y comunmente de ofender á sus nuevos súbditos, ya con tropas, ya con una infinidad de otros procedimientos molestos que el acto de su nueva adquisicion llevaba consigo (1).

(1) Poco me importa: el éxito justifica. R. C.

(a) Maquiavelo (Disc. lib. 3, cap. 2.), llamaba *sentencia de oro*, las palabras de aquel senado romano, que decia « Admirándose de lo pasado sin vituperar lo presente, y que aunque deseaba buenos príncipes, soportaba pacientemente á los que no eran tales, vista la necesidad de vivir segun los tiempos en que uno está: » *Se inominisse temporum quibus natus sit; ulteriora mirari, præsertim sequi, bonos imperatores expectare, qualescumque tolerare.* (Tac., Hist. lib. 4.) Claudio respondió á los embajadores de los Pártos que habian venido á pedirle otro rey diferente del suyo: « Semejantes mudanzas no valen nada; y es necesario acomodarse lo mejor que se pueda al genio de los reyes que se tienen: *Perenida regum ingenia, neque usui crebras mutationes.* » (Ann. 12.)

Con ello te hallas tener por enemigos todos aquellos á quienes has ofendido al ocupar este principado, y no puedes conservarte por amigos á los que te colocáron en él, á causa de que no te es posible satisfacer su ambicion hasta el grado que ellos se habian lisonjeado; ni hacer uso de medios rigorosos para reprimirlos, en atencion á las obligaciones que ellos te hiciéron contraer con respecto á sí mismos (1). Por mas fuerte que un príncipe sea con sus ejércitos, tuvo siempre necesidad del favor de una parte á lo menos de los habitantes de la provincia, para entrar en ella. He aquí porque Luis XII, despues de haber ocupado Milan con facilidad, le perdió inmediatamente (2); y no hubo necesidad para quitár-

(1) Los bríbones! Me dan á conocer cruelmente esta verdad. Si no lograra yo desembarazarme de su tiranía, me sacrificarian. R. I.

(2) No me le hubieran quitado los Austro-Rusos, si yo hubiera permanecido allí, el año de 1798. R. C.

sele; esta primera vez, mas que de las fuerzas de Ludovico; porque los Milaneses que habian abierto sus puertas al rey, se viéron desengañados de su confianza en los favores de su gobierno, y de la esperanza que habian concebido para lo venidero (1), y no podian soportar ya el disgusto de tener un nuevo príncipe (*a*).

Es mucha verdad que al recuperar Luis XII por segunda vez los paises que se habian rebelado, no se los dejó quitar tan fácilmente, porque prevaleciendose de la sublevacion anterior,

(1) A lo menos yo no habia engañado las esperanzas de los que me habian abierto sus puertas en el año de 1796. R. C.

(*a*) Tácito refiere que los Partos recibiéron con los brazos abiertos á Tiridates, esperando que él los tratara mejor que los habia tratado Artabano; y que de allí á breve tiempo aborreciéron á Tiridates tanto como le habian amado: *Qui Artabanum ob sævitiam execrati eamdem Tiridatis ingenium sperabant..., ad Artabanum vertere*, etc. (Ann. 6.)

fué menos reservado en los medios de consolidarse (a). Castigó á los culpables; quitó el velo á los sospechosos y fortificó las partes mas débiles de su anterior gobierno (1).

Sí, para hacer perder Milan al rey de Francia la primera vez, no hubiera sido menester mas que la terrible llegada del duque Ludóvico hácia los confines del Milanesado, fué necesario para hacérsele perder la segunda que se armasen todos contra él, y que sus

(1) A lo cual me dediqué al recuperar este pais en el año de 1800. Pregúntese al príncipe Cárlos si me fué bien con ello. R. I.

No entienden nada en esto, y van para mí las cosas à pedir de boca. E.

(a) Habiendo reconquistado Rhadamisto la Armenia, de la que le habian echado sus vasallos, se condujo con ellos como con unos rebeldes que no aguardaban mas que la ocasion de sublevarse otra vez: *Vacuam rursùs Armeniam invasit, truculentior quàm antèa; tanquàm adversùs defectores, et in tempore rebellaturos.* (Ann. 12.)

ejércitos fuesen arrojados de Italia, ó destruidos (1).

Sin embargo, tanto la segunda como la primera vez, se le quitó el estado de Milan. Se han visto los motivos de la primera pérdida suya que él hizo, y nos resta conocer los de la segunda, y decir los medios que él tenia, y que podia tener cualquiera que se hallará en el mismo caso, para mantenerse en su conquista mejor que lo hizo (2).

Comenzaré estableciendo una distincion: ó estos estados que, nuevamente adquiridos, se reunen con un estado ocupado mucho tiempo hace por el que los ha conseguido, se hallan ser de la misma provincia, tener la misma

(1) No sucederá esto ya. R. C.

(2) Sé mas que Maquiavelo sobre este particular. R. C.

Estos medios, no tienen ellos ni aun siquiera visos de sospecharlos; y les aconsejan otros contrarios; mejor que mejor. E.

lengua, ó esto no sucede así. Cuando ellos son de la primera especie, hay suma facilidad en conservarlos, especialmente cuando no estan habituados á vivir libres en república (1). Para poseerlos seguramente, basta haber extinguido la descendencia del príncipe que reinaba en ellos (2); porque en lo restante, conservandoles sus antiguos estatutos, y no siendo allí las costumbres diferentes de las del pueblo á que los reunen, permanecen sosegados, como lo estuviéron la Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que fuéron reunidas á la Francia, mucho tiempo hace (3). Aunque hay, entre ellas, alguna diferencia

(1) Aun cuando lo estuvieran, sabria yo bien reducirlos. G.

(2) No me olvidaré de esto en cuantas partes establezca yo mi dominacion. G.

(3) La Bélgica que no lo está mas que poco ha, suministra, gracias á mí, un bello ejemplo de ello. R. C.

de lenguage, las costumbres sin embargo se asemejan allí, y estas diferentes provincias pueden vivir sin embargo en buena armonía.

En cuanto al que hace semejantes adquisiciones, si él quiere conservarlas, le son necesarias dos cosas: la una que se extinga el linage del príncipe que poseia estos estados (1); la otra que el príncipe que es nuevo no altere sus leyes, ni aumente los impuestos (2); con ello, en brevísimo tiempo, estos nuevos estados pasarán á formar un solo cuerpo con el antiguo suyo (3).

Pero cuando se adquieren algunos estados

(1) Le ayudarán. G.

(2) Simpleza de Maquiavelo. ¿Podia conocer él tan bien como yo, todo el dominio de la fuerza? Le daré bien presto una leccion contraria en su pais mismo, en Toscana, como tambien en el Piemonte; Parma, Roma, etc. R. I.

(3) Conseguiré las mismas resultas sin estas precauciones de la debilidad. R. I.

en un pais que se diferencia en las lenguas, costumbres, y constitucion, se hallan entónces las dificultades (1); y es menester tener bien propicia la fortuna, y una suma industria, para conservarlos (*a*). Uno de los mejores y mas eficaces medios á este efecto, seria que el que la adquiere, fuera á residir en ellos (*b*); los poseeria entónces del modo mas seguro y durable, como lo hizo el Turco con respecto á la Grecia. A pesar de todos los demas medios de que se valia para conservarla, no lo hubiera logrado, si no hubiera ido á establecer allí su residencia (2).

(1) Otra simpleza! la fuerza! R. I.

(2) Lo supliré con vireyes, ó reyes que no serán mas que dependientes mios: no harán nada mas que por orden mia; sin lo cual, *destituidos*. R. I.

(*a*) La diversidad de las costumbres ocasiona frecuentes disensiones: *Ex diversitate morum crebra bella*, dice Tácito, (Hist. 5.)

(*b*) En este sentido decian á Tiberio que él hubiera debido ir á mostrar la magestad imperial á unos pueblos amotinados,

Cuando el príncipe reside en este nuevo estado, si se manifestan allí desórdenes, puede reprimirlos muy prontamente; en vez de que si reside en otra parte, y que los desórdenes son de gravedad, no hay remedio ya.

Cuando permaneces allí, no es despojada la provincia por la codicia de los empleados (1); y los súbditos se alegran mas de poder recurrir á un príncipe que está cerca de ellos, que no un príncipe distante que le veria como extraño: tienen ellos mas ocasiones de cogerle ámor (2), si quieren ser buenos; y temor, si quieren ser malos. Por otra parte, el extrangero que hubiera apetecido atacar este estado, tendrá mas dificultad para deter-

(1) Convíene ciertamente que ellos se enriquezcan, si por otra parte me sirven á mi discrecion. R. C.

(2) Témanme ellos y esto me basta. R. I.

porque á su simple vista, hubieran vuelto á la obediencia. *Ire ipsum et opponere majestatem imperatoriam debuisse, cessuri ubi principem vidissent.* (Ann. 1.)

minarse á ello. Así pues residiendo el príncipe en él, no podrá perderle, sin que se experimente una suma dificultad para quitársele (1).

El mejor medio despues del precedente, consiste en enviar algunas colonias á uno ó dos parages que sean como la llave de este nuevo estado: á falta de lo cual seria preciso tener allí mucha caballería y infantería (2). Formando el príncipe semejantes colonias, no se empeña en sumos dispendios; porque aun sin hacerlos, ó haciéndolos escasos, las envia y mantiene allí. En ello, no ofende mas que á aquellos de cuyos campos y casas se apodera para darlos á los nuevos moradores, que no componen, todo bien considerado, mas que una cortísima parte de este estado; y quedando dispersos y pobres aquellos á

(1) Imposible con respecto á mí. El terror de mi nombre valdrá allí mi presencia. R. C.

(2) *Ad abundantiam juris.* Se hace uno y otro. R. C.

quienes ha ofendido, no pueden perjudicarle nunca (1). Todos los demas que no han recibido ninguna ofensa en sus personas y bienes, se apaciguan fácilmente, y son temerosamente atentos à no hacer faltas, á fin de que no les acaezca el ser despojados como los otros (2). De lo cual es menester concluir que estas colonias que no cuestan nada ó casi nada, son mas fieles, y perjudican menos; y que hallándose pobres y dispersos los ofendidos, no pueden perjudicar como ya he dicho (3).

Debe notarse que los hombres quieren ser acariciados ó reprimidos, y que se vengan de

(1) Es harto buena la reflexion; y me aprovecharé de ella. R. C.

(2) He aquí como los quiero. R. C.

(3) Ejecutaré todo esto en el Piamonte, al reunirle á la Francia. Tendré allí, para mis colonias, de aquellos bienes confiscados ya antes de mí, y que esta acordado llamar *nacionales*. G.

las ofensas, cuando son ligeras (1). No pueden hacerlo cuando ellas son graves; así pues la ofensa que se hace á un hombre, debe ser tal que le inhabilite para hacerlos temer su venganza (2).

Si, en vez de colonias, se tienen tropas en estos nuevos estados, se expende mucho, porque es menester consumir, para mantenerlas, cuantas rentas se sacan de semejantes estados (3). La adquisicion suya que se ha hecho, se convierte entónces en pérdida, y

(1) No veo hacerlas mas que ligeras á los mios por espíritu de benignidad; no se vengarán menos de ellas en beneficio mio. ¿Se sabe el *abc* del arte de reinar, cuando se ignora que desagradando con poco, es como si se desagradara con mucho? E.

(2) No he observado bastante bien esta regla; pero ellos arman á aquellos á quienes ofenden, y estos ofendidos me pertenecen. E.

(3) Las carga uno muy bien á fin de que quede algo para sí. R. C.

ofende mucho mas, porque ella perjudica á todo el pais con los ejércitos que es menester alojar allí en las casas particulares. Cada habitante experimenta la incomodidad suya; y son unos enemigos que pueden perjudicarle, aun permaneciendo sojuzgados dentro de su casa (1). Este medio para guardar un estado es pues, bajo todos los aspectos, tan inútil como el de las colonias es útil.

El príncipe que adquiere una provincia cuyas costumbres y lenguage no son los mismos que los de su estado principal, debe hacerse tambien allí el gefe y protector de los príncipes vecinos que son menos poderosos que él, é ingeniarse para debilitar á los mas poderosos de ellos (2). Debe ademas hacer de

(1) No los temo, cuando los fuerzo á quedarse en ella; y de la que no saldrán, á lo menos para reunirse contra mí. R. C.

(2) Para ello no hay mejor medio que desposeerlos, y apoderarse de sus despojos. Modena, Placencia,

modo que un extrangero tan poderoso como él, no entre en su nueva provincia; porque acaecerá entónces que llamarán allí á este extrangero, los que se hallen descontentos con motivo de su mucha ambicion ó de sus temores (1). Así fué como los Etolios introdujéron á los Romanos en la Grecia y demas provincias en que estos entráron; los llamaban allí siempre los habitantes (2).

El órden comun de las causas es que luego que un poderoso extrangero entra en un pais, todos los demas príncipes que son allí menos poderosos, se le unan por un efecto de la envidia que habian concebido contra el que los sobrepujaba en poder, y á los que él ha des-

Parma, Nápoles, Roma y Florencia proporcionáron otros nuevos. R. C.

(1) Sobre esto aguardo á la Austria, en Lombardia. G.

(2) Los que pueden llamarse en Lombardía, no son Romanos. G.

pojado (1). En cuanto á estos príncipes menos poderosos, no hay mucho trabajo en ganarlos; porque todos juntos formáran gustosos cuerpo con el estado que él ha conquistado (2). El único cuidado que ha de tenerse, es el de impedir que ellos adquieran mucha fuerza y autoridad. El nuevo príncipe, con el favor de ellos y sus propias armas, podrá abatir fácilmente á los que son poderosos, á fin de permanecer en todo el árbitro de aquel pais (3).

El que no gobierne hábilmente esta parte, perderá bien pronto lo que él adquirió; y

(1) Que buen socorro hallaria la Austria contra mí, en la flojas potencias actuales de Italia ! G.

(2) Ganarlos ! No me tomaré este trabajo, estarán obligados con mi fuerza á formar cuerpo conmigo, especialmente en mi plan de Confederacion del Rhin. R. I.

(3) Bueno de consultar para mis proyectos sobre la Italia y Alemania. G.

mientras que lo tenga, hallará en ello una infinidad de dificultades y sentimientos (1).

Los Romanos guardaron bien estas precauciones en las provincias que ellos habian conquistado. Enviáron allá colonias, mantuviéron á los príncipes de las inmediaciones menos poderosos que ellos, sin aumentar su fuerza; debilitáron á los que tenian tanta como ellos mismos, y no permitiéron que las potencias extrangeras adquiriesen allí consideracion ninguna (2). Me basta citar para ejemplo de esto la Grecia, en que ellos conserváron á los Acayos, Etolios, humillároh el reyno de Macedonia, y écharon á Antioco (3). El mérito que los Acayos y Etolios contrajéron en el concepto de los romanos, no fué suficiente nunca para que estos les permitiesen engran-

(1) Máquiavelo se admiraría del arte con que supe ahorrármelos. R. J.

(2) Se cuida de desacreditarlas allí. R. C.

(3) Porqué no todos los demas? R. C.

decer ninguno de sus estados (1). Nunca los redujéron los discursos de Filipo hasta el grado de tratarle como amigo sin abatirle; ni nunca el poder de Antioco pudo reducirlos á permitir que él tuviera ningun estado en aquel pais (2).

Los Romanos hiciéron en aquellas circunstancias lo que todos los príncipes cuerdos deben hacer cuando tienen miramiento, no solamente con los actuales perjuicios, sino tambien con los venideros, y que quieren remediarlos con destreza. Es posible hacerlo precaviéndolos de antemano; pero si se aguarda á que sobrevengan, no es ya tiempo de remediarlos, porque la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede, en este particular, lo que los médicos dicen de la tísis, que, en los principios, es fácil de curar, y difícil de conocer;

(1) No era esto bastante: los hijos de Rómulo tenian todavía necesidad de mi escuela. R. I.

(2) Es lo mejor que ellos hiciéron. R. C.

pero que en lo sucesivo, si no la conociéron en su principio, ni le aplicáron remedio ninguno, se hace en verdad, fácil de conocer, pero difícil de curar (1). Sucede lo mismo con las cosas del Estado: si se conocen anticipadamente los males que pueden manifestarse, lo que no es acordado mas que á un hombre sabio y bien prevenido, quedan curados bien presto; pero cuando, por no haberlos conocido, les dejan tomar incremento de modo que llegan al conocimiento de todas las gentes, nó hay ya arbitrio ninguno para remediarlos. Por esto, previendo los Romanos de lejos los inconvenientes, les aplicáron el remedio siempre en su principio, y no les dejáron seguir nunca su curso por el temor de una guerra. Sabian que esta no se evita; y que si la diferimos, es siempre con provecho age-

(1) Maquiavelo tenia el ánimo enfermo al escribir esto, ó habia visto á su médico. R. I.

no (1). Cuando ellos quisiéron hacerla contra Filipo y Antioco en Grecia, era para no tener que hacérsela en Italia (*a*). Podian evitar ellos entónces á uno y otro; pero no quisiéron, ni les agradó aquel consejo de *gozar de los beneficios del tiempo*, que no se les cae nunca de la boca á los sabios de nuestra era (2). Les

(1) Importante máxima, de que me es preciso formar una de las principales reglas de mí marcial y política conducta. G.

(2) Son unos cobardes; y si se pusieran en mi presencia algunos consejeros de este temple, los.. R. C.

(*a*) Fué estilo de los Romanos el pelear lejos de su pais: *Fuit proprium populi romani longè à domo bellare.* Tiberio siguió siempre esta máxima: « Es menester, conservando lo que uno tiene, gobernar las cosas extrangeras con la sabiduria y astucia, y tener lejos sus ejércitos: *Destinata retinens consiliis et astu res externas moliri, arma procul habere.* (Tac., Ann. 6.) Así obraban los Romanos para conservar las riquezas y libertad de la Italia, porque si los extrangeros hubieran puesto el pie en ella, hubieran podido valerse de las armas y riquezas del pais; lo cual hubiera debilitado á los Romanos. Por esto Anibal decia á Antioco que no era posible vencerlos mas que en Italia.

acomodó mas el consejo de su valor y prudencia, el tiempo que echa abajo cuanto subsiste, puede acarrear consigo tanto el bien como el mal, pero igualmente tanto el mal como el bien (1).

Volvamos á la Francia, y examinemos si ella hizo ninguna de estas cosas. Hablaré, no de Cárlos VIII, sino de Luis XII, como de aquel cuyas operaciones se conociéron mejor, visto que él conservó por mas tiempo sus posesiones en Italia; y se verá que hizo lo contrario para retener un Estado de diferentes costumbres y lenguas (2).

(1) Es menester saber dominar sobre uno y otro. G.

(2) Prescribiré allí el uso de la lengua francesa, comenzando por el Piamonte que es la provincia mas próxima á la Francia. Ninguna cosa mas eficaz para introducir las costumbres de un pueblo en otro extrangero, que acreditar allí su lengua. G.

El rey Luis fué atraido á Italia por la ambicion de los Venecianos que querian, por medio de su llegada, ganar la mitad del estado de Lombardía. No intento afear este paso del rey, ni su resolucion sobre este particular; porque queriendo empezar á poner el pie en Italia, no teniendo en ella amigos, y aun viendo cerradas todas las puertas á causa de los estragos que allí habia hecho el rey Carlos VIII, se veia forzado á respetar los únicos aliados que pudiera haber allí (1); y su plan hubiera tenido un completo acierto, si él no hubiera cometido falta ninguna en las demas operaciones. Luego que hubo conquistado pues la Lombardía, volvió á ganar repentinamente en Italia la consideracion que Cárlos habia hecho perder en ella á las armas francesas. Génova cedió; se hicieron amigos

(1) Me era mucho mas fácil comprar á los Genoveses, que, por especulacion fiscal, me dieron entrada en Italia. G.

suyos los Florentinos; el marques de Mantua, el duque de Ferrara, Bentivoglio (príncipe de Bolonia), el señor de Forli, los de Pezaro, Rimini, Camerino, Piombino, los Luqueses, Pisanos, Sieneses, todos en una palabra saliéron á recibirle para solicitar su amistad (1). Los Venecianos debiéron reconocer entónces la imprudencia de la resolucion que ellos habian tomado, únicamente para adquirir dos territorios de la provincia Lombarda; é hiciéron al rey dueño de los dos tercios de la Italia (2).

Que cada uno ahora comprenda con cuan poca dificultad podia Luis XII, si hubiera

(1) He sabido proporcionarme ya el mismo honor, y no haré ciertamente las mismas faltas. G.

(2) Los Lombardos á quienes aparenté dar la Valtelina, el Bergamasco, Mantuano, Bresciano, etc, comunicándoles la manía republicana, me hiciéron ya el mismo servicio. Dueño una vez de su territorio, tendré bien presto lo restante de la Italia. G.

seguido las reglas de que acabamos de hablar, conservar su reputacion en Italia, y tener seguros y bien defendidos á cuantos amigos se habia hecho él allí. Siendo numerosos estos, débiles por otra parte, y temiendo el uno al Papa, y el otro á los Venecianos, se veian siempre en la precision de permanecer con él; y por medio de ellos le era posible contener fácilmente lo que habia de mas poderoso en toda la península (1).

Pero apénas llegó el rey en Milan, cuando obró de un modo contrario, supuesto que ayudó al papa Alejandro VI á apoderarse de la Romaña. No echó de ver que con esta determinacion, se hacia débil por una parte, desviando de sí á sus amigos y á los que habian ido á ponerse bajo su proteccion; y que por otra, extendia el poder de Roma (2), agre-

(1) No tendré necesidad de ellos para conseguir esta ventaja. G.

(2) Falta enorme. G.

gando una tan vasta dominacion temporal á la potestad espiritual que le daba ya tanta autoridad (1).

Esta primera falta le puso en la precision de cometer otras; de modo que para poner un término á la ambicion de Alejandro, é impedirle hacerse dueño de la Toscana, se vió obligado á volver á Italia.

No le bastó el haber dilatado los dominios del Papa, y desviado á sus propios amigos; sino que el deseo de poseer el reino de Nápoles, se le hizo repartir con el rey de España (2). Así, cuando él era el primer árbitro de la Italia, tomó en ella á un asociado, al que cuantos se hallaban descontentos con él, de-

(1) Es preciso absolutamente que embote yo los dos filos de su cuchilla. Luis XII no era mas que un idiota. G.

(2) Lo haré tambien; pero el repartimiento que yo haga, no me quitará la supremacía; y mi buen Jose no me la disputará. R. I.

bian recurrir naturalmente; y cuando le era posible dejar en aquel reino á un rey que no era ya mas que pensionado suyo (1), le echó á un lado para poner á otro capaz de arrojarle á él mismo (2).

El deseo de adquirir es, á la verdad, una cosa ordinaria y muy natural; y los hombres que adquieren, cuando pueden hacerlo, serán alabados y nunca vituperados por ello (a); pero cuando no pueden ni quieren hacer su

(1) Como lo será el que yo ponga allí. R. I.

(2) Viéndome precisado á retirar de allí á mi Jose, no estoy sin temores sobre el sucesor que le doy. R. I.

(a) Muciano decia á Vespasiano : « Te llamo al imperio, ételo aquí en tus manos; seria una bajeza el dejarle á otro bajo el cual, por otra parte, no estaria segura tu vida. » « *Ego te ad imperium voco, in tuâ manu positum est... torpere ultrà, et perdendam remp ublicam relinquere, sopor et ignavia videretur, etiamsi tibi, quàm inhonesta, tàm tuta servitus esset.* » (Tacit., Hist. 2.)

adquisicion, como conviene, en esto consiste el error y motivo de vituperio (1).

Si la Francia pues podia atacar con sus fuerzas Nápoles, debia hacerlo; si no lo podia, no debia dividir aquel reino: y si la reparticion que ella hizo de la Lombardía con los Venecianos, es digna de disculpa á causa de que halló el rey en ello un medio de poner el pie en Italia, la empresa sobre Nápoles merece condenarse á causa de que no habia motivo ninguno de necesidad que pudiera disculparla (2).

Luis habia cometido pues cinco faltas, en cuanto habia destruido las reducidas potencias de Italia (3), aumentado la dominacion de un príncipe ya poderoso, introducido á un ex-

(1) No faltará nada á las mias. G.

(2) Se le hace nacer. G.

(3) No era una, si él no hubiera cometido las otras. G.

trangero que lo era mucho, no residido allí él mismo, ni establecido colonias.

Estas faltas sin embargo no podian perjudicarle en vida suya, si él no hubiera cometido una sexta, la de ir á despojar á los Venecianos (1). Era cosa muy razonable y aun necesaria el abatirlos, aun cuando él no hubiera dilatado los dominios de la Iglesia, ni introducido á la España en Italia; pero no debia consentir en la ruina de ellos, porque siendo poderosos de sí mismos, hubieran tenido distantes siempre de toda empresa sobre Lombardía á los otros, ya porque los Venecianos no hubieran consentido en ello sin ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubieran querido quitarla á la Francia para dársela á ellos, ó no tenido la audacia de ir á atacar á estas dos potencias (2).

(1) Su falta consistió en no haber tomado bien el tiempo de ello. G.

(2) El raciocinio es bastante bueno para aquel tiempo. R. I.

Si alguno dijera que el rey Luis no cedió la Romaña á Alejandro, y el reino de Nápoles á la España, mas que para evitar una guerra; responderia yo con las razones ya expuestas, que no debemos dejar nacer un desórden para evitar una guerra, porque acabamos no evitándola: la diferimos únicamente; y no es nunca mas que con sumo perjuicio nuestro (1).

Y si algunos otros alegaran la promesa que el rey habia hecho al Papa, de ejecutar en favor suyo esta empresa para obtener la disolucion de su matrimonio con Juana de Francia, y el capelo de cardenal para el arzobispo de Ruan; responderé á esta objecion con las esplicaciones que daré ahora mismo sobre la fe de los príncipes y modo con que deben guardarla (2).

(1) Al primer descontento, declarad la guerra: conocida una vez esta prontitud de resolucion, hace circunspectos á vuestros enemigos. G.

(2) Aquí está el mayor arte de la política; y

El rey Luis perdió pues la Lombardía por no haber hecho nada de lo que hiciéron cuantos tomáron provincias, y quisiéron conservarlas. No hay en ello milagro, sino una cosa razonable y ordinaria. Hablé en Nántes de esto con el cardenal de Ruan, cuando el duque de Valentinois, al que llamaban vulgarmente César Borgia, hijo de Alejandro, ocupaba la Romaña; y habiéndome dicho el cardenal que los italianos no entendian nada de la guerra, le respondí que los Franceses no entendian nada de las cosas de Estado, porque si ellos hubieran tenido inteligencia en ellas, no hubieran dejado tomar al Papa un tan grande incremento de dominacion temporal (1). Se vió por experiencia que la que el papa y la España adquiriéron en

mi dictámen es que no podemos poseerle bastante léjos. G.

(1) ¿ Era menester mas para que Roma anatematizara à Maquiavelo? G.

Italia, les habia venido de la Francia, y que la ruina de esta última en Italia dimanó del papa y de la España (1). De lo cual podemos deducir una regla general que no engaña nunca, ó que á lo menos no extravía mas que raras veces: es que el que es causa de que otro se vuelva poderoso, obra su propia ruina (2). No le hace volverse tal mas que con su propia fuerza ó industria; y estos dos medios de que él se ha manifestado provisto, permanecen muy sospechosos al príncipe que, por medio de ellos, se volvió mas poderoso (3).

(1) Ellos me lo pagarán caro. R. I.

(2) Lo que no haré nunca. G.

(3) Los enemigos no aparentan recelarlo. G.

CAPITULO IV.

Porque ocupado el reino de Dario por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de este despues de su muerte (1).

Considerando las dificultades que se experimentan en conservar un estado adquirido recientemente, podria preguntarse con asombro, como sucedió que hecho dueño Alejandro Magno de la Asia en un corto número de años, y habiendo muerto á poco tiempo de haberla conquistado, sus sucesores, en una circunstancia en que parecia natural que todo este estado se pusiese en rebelion, le conser-

(1) Atencion á esto: no puedo casi prometerme mas que treinta años de reinado, y quiero tener hijos idóneos para sucederme. R. I.

váron sin embargo (1), y no halláron para ello mas dificultad que la que su ambicion individual ocasionó entre ellos (2). He aquí mi respuesta: los principados conocidos son gobernados de uno ú otro de estos dos modos; el primero consiste en serlo por un príncipe, asistido de otros individuos que, permaneciendo siempre súbditos bien humildes al lado suyo, son admitidos por gracia ó concesion en clase de servidores solamente, para ayudarle á gobernar. El segundo modo con que se gobierna, se compone de un príncipe, asistido de barones, que tienen su puesto en el estado, no de la gracia del príncipe, sino

(1) Le contenia el poder del solo nombre de Alejandro. R. I.

(2) Carlo Magno se mostró mas sabio que lo habia sido aquel loco de Alejandro, que quiso que sus sucesores celebrasen sus exequias con las armas en la mano. R. I.

de la antigüedad de su familia. Estos barones mismos tienen estados y vasallos que los reconocen por señores suyos, y les dedican su afecto naturalmente (1).

El príncipe en los primeros de estos estados en que gobierna él con algunos ministros esclavos, tiene mas autoridad, porque en su provincia no hay ninguno que reconozca á otro mas que á él por superior; y si se obedece á otro, no es por un particular afecto á su persona, sino solamente porque él es ministro y empleado del príncipe (2).

Los ejemplos de estas dos especies de gobiernos son, en nuestros dias, el del Turco y el del rey de Francia. Toda la monarquia del Turco está gobernada por un señor único;

(1) Antigualla feudal que temo ciertamente verme obligado á resucitar, si mis generales persisten en hacerme la ley de ello. R. I.

(2) Famoso! haré todo para lograrlo. R. I.

sus adjuntos no son mas que criados suyos; y dividiendo en provincias su reino, envía á ellas diversos administradores á los cuales muda y coloca en nuevo puesto á su antojo (1). Pero el rey de Francia se halla en medio de un sinnúmero de personages, ilustres por la antigüedad de su familia, señores ellos mismos en el estado, y reconocidos como tales por sus particulares vasallos, quienes por otra parte les profesan afecto. Estos personages tienen preeminencias personales, que el rey no puede quitarles sin peligrar él mismo (2).

Así, cualquiera que se ponga á considerar atentamente uno y otro de estos dos estados, hallará que habria suma dificultad en conquistar el del Turco; pero que si uno le hubiera

(1) Son respetables siempre los antojos de los emperadores. Tienen ellos sus motivos para concebirlos. R. I.

(2) No tengo á lo menos este estorbo, aunque sí otros equivalentes. R. I.

conquistado, tendria una grandísima facilidad en conservarle. Las razones de las dificultades para ocuparle son que el conquistador no puede ser llamado allí de las provincias de este imperio, ni esperar ser ayudado en esta empresa con la rebelion de los que el soberano tiene al lado suyo: lo cual dimana de las razones expuestas mas arriba (1). Siendo todos esclavos suyos, y estándole reconocidos por sus favores, no es posible corromperlos tan fácilmente; y aun cuando se lograra esto, no podria esperarse mucha utilidad, porque no les seria posible atraer hácia sí á los pueblos, por las razones que hemos expuesto (2). Conviene pues ciertamente que el que ataca al Turco, reflexione que va á hallarle unido con

(1) Discurramos medios extraordinarios; porque es necesario absolutamente que el imperio de Oriente, vuelva al de Occidente. R. I.

(2) ¡Ojalá que en Francia me hallara yo en una parecida situacion! R. C.

su pueblo, y que pueda contar mas con sus propias fuerzas que con los desórdenes que se manifestarán á favor suyo en el imperio (1). Pero despues de haberle vencido, y derrotado en una campaña sus ejércitos, de modo que él no pueda ya rehacerlos, no quedará ya cosa ninguna temible mas que la familia del príncipe. Si uno la destruye, no habrá allí ya ninguno á quien deba temerse; porque los otros no gozan del mismo valimiento al lado del pueblo. Así como el vencedor, ántes de la victoria, no podia contar con ninguno de ellos, así tambien no debe cogerles miedo ninguno despues de haber vencido (2).

Sucederá lo contrario en los reinos gobernados como el de Francia. Se puede entrar allí con facilidad, ganando á algun baron, porque se hallan siempre algunos malconten-

(1) Mis fuerzas y nombre. R. I.

(2) ¡Porque no puedo hacer mudar juntamente de lugar á la Turquía y la Francia! R. I.

tos del genio de aquellos que apetecen mudanzas (1). Estas gentes, por las razones mencionadas, pueden abrirte el camino para la posesion de este estado, y facilitarte el triunfo; pero cuando se trate de conservarte en él, este triunfo mismo te dará á conocer infinitas dificultades, tanto por la parte de los que te auxiliáron, como por la de aquellos á quienes has oprimido (2). No te bastará el haber extinguido la familia del príncipe, porque quedarán siempre allí varios señores que se harán cabezas de partido para nuevas mudanzas; y como no podrás contentarlos, ni destruirlos enteramente (3), perderás este reino luego que se presente la ocasion de ello (4).

(1) Cortarles los brazos ó levantarles la tapa de los sesos. R. C.

(2) No lo echo de ver mas que mucho. R. I.

(3) Se habia comenzado tan bien en el año de 1793. R. I.

(4) Esto no es sino muy cierto. R. I.

Si consideramos ahora de que naturaleza de gobierno era el de Darío, le hallarémos semejante al del Turco (1). Le fué necesario primeramente á Alejandro el asaltarle por entero, y hacerse dueño de la campaña. Despues de esta victoria, y la muerte de Darío, quedó el estado en poder del conquistador de un modo seguro por las razones que llevamos expuestas; y si hubieran estado unidos los sucesores de este, podian gozar de él sin la menor dificultad; porque no sobrevino ninguna otra disension mas que la que ellos mismos suscitáron.

En cuanto á los estados constituidos como el de Francia, es imposible poseerlos tan sosegadamente (2). Por esto hubo, tanto en

(1) Pero Darío no era el igual de Alejandro como... R. C.

(2) He provisto á esto, y proveeré mas todavía. R. I.

España como en Francia, frecuentes rebeliones, semejantes á las que los Romanos experimentáron en la Grecia, á causa de los numerosos principados que se hallaban allí. Miéntras que la memoria suya subsistió en aquel pais, no tuviéron los Romanos mas que una posesion incierta; pero luego que no se hubo pensado ya en ello, se hiciéron seguros poseedores por medio de la dominacion y estabilidad de su imperio (1).

Cuando los Romanos peleáron allí unos contra otros, cada uno de ámbos partidos pudo atraerse una posesion de aquellas provincias segun la autoridad que él habia tomado allí; porque habiéndose extinguido la familia de sus antiguos dominadores, aquellas provincias reconocian ya por únicos á los Romanos. Haciendo atencion á todas estas particularidades, no causarán ya extrañeza la facilidad

(1) Cuento con la misma ventaja, en lo que me concierne. R. I.

que Alejandro tuvo para conservar el estado de Asia, y las dificultades que sus sucesores experimentáron para mantenerse en la posesion de lo que habian adquirido, como Pirro y otros muchos. No proviniéron ellas del muchísimo ó poquísimo talento por parte del vencedor, sino de la diversidad de los estados que ellos habian conquistado.

CAPITULO V.

De que modo deben gobernarse las ciudades, ó principados que, ántes de ocuparse por un nuevo príncipe, se gobernaban con sus leyes particulares.

Cuando uno quiere conservar aquellos estados que estaban acostumbrados á vivir con sus leyes y en república, es preciso abrazar una de estas tres resoluciones: debes ó arruinarlos (1), ó ir á vivir en ellos, ó finalmente dejar á estos pueblos sus leyes (2), obligándolos á pagarte una contribucion anual, y creando en su pais un tribunal de un corto

(1) Esto no vale nada en el siglo en que estamos. G.

(2) Mala máxima, la continuacion es lo que hay de mejor. G.

número que cuide de conservártelos fieles (*a*), Creándose este consejo por el príncipe, y sabiendo que él no puede subsistir sin su amistad y dominacion, tiene el mayor interes en conservarle en su autoridad. Una ciudad habituada á vivir libre, y que uno quiere conservar, se contiene mucho mas fácilmente por medio del inmediato influjo de sus propios ciudadanos que de cualquiera otro modo (1). Los Espartanos y Rómanos nos lo probáron con sus ejemplos.

Sin embargo los Espartanos que habian te-

(1) En Milan, una comision ejecutiva de tres adictos, como mi triumvirato directorial de Génova. R. C.

(*a*) Hizo esto Artabano, rey de los Partos, en Seleucia, transformando su gobierno popular en una oligarquia, con la que se asemejaba á la monarquía. Así lo exigia su interes en el sentir de Tácito: *Qui plebem primoribus tradidit in suo usu. Nam populi imperium juxtà libertatem, paucorum dominatio regiæ libidini proprior est.* (Ann. 6.)

nido Aténas y Tébas, por medio de un consejo de un corto número de ciudadanos, acabáron perdiéndolas; y los Romanos que para poseer Capua, Cartago y Numancia, las habian desorganizado, no las perdiéron. Cuando estos quisiéron tener la Grecia con corta diferencia como la habian tenido los Espartanos, dejándola libre con sus leyes, no les salió acertada esta operacion, y se viéron obligados á desorganizar muchas ciudades de esta provincia para guardarla. Hablando con verdad, no hay medio ninguno mas seguro para conservar semejantes estados que el de arruinarlos (1). El que se hace señor de una ciudad acostumbrada á vivir libre, y no descompone su régimen, debe contar con ser derrocado él mismo por ella. Para justificar

(1) Pero puede hacerse esto á la letra de muchos modos sin destruirlos, mudando sin embargo su constitucion. G.

semejante ciudad su rebelion, tendrá el nombre de libertad, y sus antiguas leyes, cuyo hábito no podrán hacerle perder nunca el tiempo ni los beneficios del conquistador. Por mas que se haga, y aunque se practique algun expediente de prevision, si no se desunen y dispersan sus habitantes (*a*), no olvidará ella nunca aquel nombre de libertad, ni sus particulares estatutos; y aun recurrirá á ellos, en la primera ocasion, como lo hizo Pisa, aunque ella habia estado numerosos años, y aun

(*a*) En vez de *dispersan*, Amelot de la Houssaiè puso muy odiosamente y de su cabeza *exterminan*, aunque hay en el texto *dissipano*. Maquiavelo, á cuyo descrédito no contribuyó poco el espíritu de los traductores, queda sabiamente muy inferior á la intencion de Amelot. (Tácito, Ann. 6) Refiere que, miéntras que los Seleucios obráron de comun acuerdo, fué despreciado el Parto; pero que luego que la disension se hubo introducido entre ellos, buscando cada uno entónces un socorro contra sus émulos, los sojuzgó bien pronto el Parto.

hácia ya un siglo bajo la dominacion de los Florentinos (1).

Pero cuando las ciudades ó provincias estan habituadas á vivir bajo la obediencia de un príncipe; como estan habituadas por una parte á obedecer, y que por otra carecen de su antiguo señor, no concuerdan los ciudadanos entre sí para elegir á otro nuevo; y no sabiendo vivir libres, son mas tardos en tomar las armas. Se puede conquistarlos (2) con mas facilidad, y asegurar la posesion suya.

En las repúblicas, por el contrario, hay mas valor, una mayor disposicion de odio contra el conquistador que allí se hace príncipe, y mas deseo de venganza contra él.

(1) Ginebra podria darme alguna inquietud; pero no tengo que temer nada de los Venecianos y Genoveses. R. C.

(2) Especialmente cuando se dice que se le traen la libertad é igualdad al pueblo. G.

Como no se pierde en ellas la memoria de la antigua libertad, y que ella le sobrevive con toda su actividad, el mas seguro partido consisite en disolverlas (1), ó habitar en ellas (2).

(1) Atemperar y revolucionar bastan. G.

(2) Esto no es necesario cuando uno las ha revolucionado, y que diciéndoles que ellas son libres, las tiene firme bajo su obediencia. G.

CAPITULO VI.

De las Soberanías nuevas que uno adquiere con sus propias armas y valor.

Que no cause extrañeza, si al hablar ya de los estados que son nuevos bajo todos los aspectos, ya de los que no lo son mas que bajo el del príncipe, ó el del estado mismo, presento grandes ejemplos de la antigüedad. Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y no hacen casi mas que imitar á sus predecesores, en las acciones que se les ve hacer (1); pero como no pueden seguir en todo el camino abierto por los antiguos, ni se elevan á la perfeccion de los modelos que ellos se proponen; el hombre prudente debe elegir únicamente los caminos

(1) Podré por cierto á veces hacerte mentir. G.

trillados por algunos varones insignes, é imitar á los de ellos que sobrepujáron á los demas, á fin de que si no consigue igualarlos, tengan sus acciones á lo menos alguna semejanza con las suyas (1). Debe hacer como los ballesteros bien advertidos que, viendo su blanco muy distante para la fuerza de su arco, apuntan mucho mas alto que el objeto que tienen en mira, no para que su vigor y flechas alcancen á un punto de mira en esta altura, sino á fin de poder, asestando así, llegar en línea parabólica á su verdadero blanco (2).

Digo pues que en los principados que son nuevos en un todo, y cuyo príncipe por consiguiente es nuevo, hay mas ó menos dificultad en conservarlos, segun que el que los adquirió es mas ó menos valeroso. Como el suceso por el que un hombre se hace príncipe,

(1) Pase por esto. G.

(2) Haré ver que aparentado asestar mas abajo, se puede llegar allá fácilmente. G.

de particular que él era, supone algun valor ó dicha (1), parece que la una ó la otra de estas dos cosas allanan en parte muchas dificultades; sin embargo se vió que el que no habia sido auxiliado de la fortuna, se mantuvo por mas tiempo. Lo que proporciona tambien algunas facilidades, es que no teniendo un semejante príncipe otros estados, va á residir en aquel de que se ha hecho soberano.

Pero volviendo á los hombres que, con su propio valor, y no con la fortuna, llegáron á ser príncipes (2), digo que los mas dignos de imitarse, son Moises, Ciro, Rómulo, Teseo, y otros semejantes. Y en primer lugar, aunque no debamos discurrir sobre Moises, porque él no fué mas que un mero ejecutor de las cosas que Dios le habia ordenado hacer; diré sin embargo que merece ser admirado, aun-

(1) El valor es mas necesario que la dicha; él la hace nacer. G.

(2) Esto mira á mí. G.

que no fuera mas que por aquella gracia que le hacia digno de conversar con Dios (1). Pero considerando á Ciro y á los otros que adquiriéron ó fundáron reinos, los hallarémos dignos de admiracion (2). Y si se examinaran sus acciones é instituciones en particular, no parecieran ellas diferentes de las de Moises, aunque él habia tenido á Dios por señor. Examinando sus acciones y conducta, no se verá que ellos tuviesen cosa ninguna de la fortuna mas que una ocasion propicia, que les facilitó el medio de introducir en sus nuevos estados la forma que les convenia (3). Sin esta ocasion, el valor de su ánimo se hubiera extinguido, pero tambien, sin este valor, se hubiera presentado en balde la ocasion (4). Le era pues necesa-

(1) No aspiro á tanta altura; sin la cual me paso. G.

(2) Aumentaré esta lista. G.

(3) No me es necesario mas; ella vendrá; estemos dispuestos á cogerla. G.

(4) El valor ántes de todo. G.

rio á Moises el hallar al pueblo de Israel esclavo en Egipto y oprimido por los Egipcios, á fin de que este pueblo estuviera dispuesto á seguirle, para salir de esclavitud (1). Convenia que Rómulo, á su nacimiento, no quedara en Alba, y fuera expuesto, para que él se hiciera rey de Roma, y fundador de un estado de qué formó la patria suya (2). Era menester que Ciro hallase á los Persas descontentos del imperio de los Medos, y á estos afeminados con una larga paz, para hacerse soberano suyo (3). Teseo no hubiera podido desplegar su valor, sino hubiera hallado dispersados á los Atenienses (4).

Estas ocasiones sin embargo constituyen la fortuna de semejantes heroes; pero su ex-

(1) Es la condicion y la situacion actual de los Franceses. G.

(2) Mi benéfica loba estuvo en Briene. Rómulo, te eclipsarán. G.

(3) Quita allá! G.

(4) ¡ Pobre heroe ! G.

celente sabiduría les dió á conocer el valor de estas ocasiones; y de ello proviniéron la ilustracion y prosperidad de sus estados (1).

Los que por medios semejantes llegan á ser príncipes, no adquieren su principado sin trabajo; pero le conservan fácilmente; y las dificultades que ellos experimentan al adquirirle, dimanan en parte de las nuevas leyes y modos que les es indispensable introducir para fundar su estado, y su seguridad (2). Debe notarse bien que no hay cosa mas difícil de manejar, ni cuyo acierto sea mas dudoso, ni se haga con mas peligro, que el obrar como gefe para introducir nuevos estatutos (3). Tiene el introductor por enemigos activísimos á cuantos sacáron provecho

(1) ¿Bastaria su punta de sabiduría hoy dia? G.

(2) Se logra esto con alguna astucia. R. C.

(3) ¿No sabe tener uno pues á sus órdenes algunos maniquíes legislativos? G.

de los antiguos estatutos (1), miéntras que los que pudieran sacar el suyo de los nuevos, no los defienden mas que con tibieza (2). Semejante tibieza proviene en parte de que ellos temen á sus adversarios que se aprovecháron de las antiguas leyes, y en parte de la poca confianza que los hombres tienen en la bondad de las cosas nuevas, hasta que se haya hecho una sólida experiencia de ellas (3). Resulta de esto que siempre que los que son enemigos suyos hallan una ocasion de rebelarse contra ellas, le hacen por espíritu de partido; no las defienden los otros entón-

(1) Sabré inutilizar su actividad. G.

(2) El buen hombre no sabia como uno se proporciona entónces acalorados defensores, que hacen amollar á los otros. R. C.

(3) Esto no sucede mas que á los pueblos algo sabios, y que conservaran todavía alguna libertad. R. C.

ces mas que tibiamente, de modo que peligra el príncipe con ellas (1).

Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precision de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, ó si dependen de los otros; es decir si, para dirigir su operacion, tienen necesidad de rogar, ó si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa ninguna á lo bueno (2); pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por esto todos los profetas armados tuviéron acierto (3), y se desgraciáron cuantos estaban desarmados (4).

(1) Estoy á cubierto contra todo ello. R. C.

(2) Bello descubrimiento! ¿Quien puede ser bastante cobarde para semejante demostracion de debilidad? G.

(3) Los oráculos son entónces infalibles. G.

(4) Cosa ninguna mas natural. G.

Ademas de las cosas que hemos dicho, conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Se podrá hacerles creer fácilmente una cosa; pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia (1). En consecuencia de lo cual es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible precisarlos á creer todavía (2). Moises, Ciro, Teseo, y Rómulo, no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones, si hubieran estado desarmados (*a*),

(1) Me tienen ellos hoy dia, especialmente despues del testimonio del Papa, por un pio restaurador de la religion y un enviado del cielo. R. C.

(2) Tendré siempre medios para ello. R. C.

(*a*) Cualquiera que lea la Biblia con atencion, dice Maquiavelo en el cap. 30 del libro 3 de sus discursos sobre la Década, etc., verá que Moises, para impedir que se quebrantaran sus leyes, mandó dar muerte á infinitos Hebreos que, por zelos, se oponian á sus designios. Se lee en el cap. 32 del Exodo, el siguiente passage: « He aquí lo

como le sucedió al fraile Gerónimo Savonarola, que se desgració en sus nuevas instituciones. Cuando la multitud comenzó á no creerle ya inspirado, no tenia él medio ninguno para mantener forzadamente en su creencia á los que la perdian, ni para precisar á creer á los que ya no creian (*a*).

Los príncipes de esta especie experimentan sin embargo sumas dificultades en su conducta; todos sus pasos van acompañados de peligros; y les es necesario el valor para superarlos (1). Pero cuando han triunfado de ellos,

(1) Esto no me embaraza. G.

que dice el Señor Dios de Israel: que cada hombre tome, á su lado la cuchilla; id y volved de una á otra puerta por medio de los campos, y que cada uno mate á su hermano amigo, deudo. Los hijos de Levi hicieron lo que les mandaba Moises; y perecieron cerca de veinte y tres mil hombres en aquel dia.»

(*a*) Habia persuadido al pueblo de Florencia que él tenia secretos coloquios con Dios. (Maq.,, lib. I, cap. 11.)

y que empiezan á ser respetados, como han subyugado entónces á los hombres que tenian envidia á su calidad de príncipe, se quedan poderosos, seguros, reverenciados, y dichosos (1).

A estos tan relevantes ejemplos, quiero añadirles otro de una clase inferior, que sin embargo no estará en disproporcion con ellos; y me bastará escoger, entre todos los otros, el de Hiéron el Siracusano (2). De particular que él era, llego á ser príncipe de Siracusa, sin tener cosa ninguna de la fortuna mas que una favorable ocasion. Hallándose oprimidos los Siracusanos, le nombráron por caudillo suyo; en cuyo cargo mereció ser elegido des-

(1) Ete último punto no está bien claro todavía para mí, y debo contentarme con los otros tres. R. I.

(2) No ha salido él nunca de mi pensamiento, desde los estudios de mi niñez. Era de un pais inmediato al mio; y soy quizas de la misma familia. G.

pues para príncipe suyo (1). Habia sido tan virtuoso en su condicion privada que, en sentir de los historiadores, no le faltaba entónces para reinar mas que poseer un reino (2). Luego que hubo empuñado el cetro, licenció las antiguas tropas, formó otras nuevas, dejó á un lado á sus antiguos amigos, haciéndose otros nuevos; y como tuvo entónces amigos y soldados que eran realmente suyos, pudo establecer, sobre tales fundamentos, cuanto quiso; de modo que conservó sin trabajo lo que no habia adquirido mas que con largos y penosos afanes (3).

(1) Con alguna ayuda, sin duda. Eteme aquí como el. R. C.

(2) Mi madre dijo á menudo lo mismo de mí; y la amo á causa de sus pronósticos. R. I.

(3) Es de un buen agüero. R. I.

CAPITULO VII.

De los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas agenas y la fortuna.

Los que de particulares que ellos eran, fuéron elevados al principado por la sola fortuna, llegan á él sin mucho trabajo (1); pero tienen uno sumo para la conservacion suya (2). No hallan dificultades en el camino para llegar á él, porque son elevados como en alas; pero cuando le han conseguido, se les presentan entónces todas las especies de obstáculos (3).

Estos príncipes no pudiéron adquirir su

(1) Como tontos que dejan llevarse, y no saben hacer nada por sí mismos. G.

(2) Es imposible. E.

(3) Todo debe ser obstáculos para unas gentes de esta clase. E.

estado mas que de uno ú otro de estos dos modos; ó comprándole, ó haciéndosele dar por favor; como sucedió, por una parte, á muchos en la Grecia para las ciudades de la Ionia y Helesponto, en que Darío hizo varios príncipes que debian tenerlas por su propia gloria, como tambien por su propia seguridad (1); y por otra, entre los Romanos, á aquellos particulares que se hacian elevar al imperio por medio de la corrupcion de los soldados. Semejantes príncipes no tienen mas fundamentos que la voluntad ó fortuna de los hombres que los exaltáron; pues bien, ámbas cosas son muy variables, y totalmente destituidas de estabilidad. Fuera de esto, ellos no saben ni pueden saber mantenerse en esta elevacion (2). No lo saben, porque á no ser un hombre de ingenio y superior talento, no es verisímil que despues de haber vivido en

(1) Los aliados no llevaron mas mira que esta. E.

(2) Hay otros muchos que estan en este caso. E.

una condicion privada (1), se sepa reinar. No lo pueden, á causa de que no tienen tropa ninguna con cuyo apego y fidelidad puedan contar (2).

Por otra parte los estados que se forman repentinamente, son como todas aquellas producciones de la naturaleza que nacen con prontitud; no pueden ellos tener raices y las adherencias que les son necesarias para consolidarse (3). Los arruinará el primer choque

(1) Como simple particular y lejos de los estados en que uno es exaltado: es lo mismo. E.

(2) En esto los aguardo. E.

(3) Por mas ilustre suerte que se haya tenido al nacer, cuando uno vivió veinte y tres años en la vida privada, como en familia, lejos de un pueblo cuya índole se ha mudado casi del todo, y que es transportado despues de repente á él en alas de la fortuna y por manos extrangeras para reinar allí, es como un estado nuevo de la especie de los que menciona Maquiavelo. Los antiguos prestigios morales de conven-

de la adversidad(1), si, como lo he dicho, los que se han hecho príncipes de repente, no son de un vigor bastante grande para estar dispuestos inmediamente á conservar lo que la fortuna acaba de entregar en sus manos, ni se han proporcionado los mismos fundamentos que los demas príncipes se habian formado ántes de serlo (2).

Para uno y otro de estos dos modos de llegar al principado, es á saber con el valor ó fortuna (3), quiero exponer dos ejemplos que la historia de nuestros tiempos nos presenta: son los de Francisco Sforcia y de César Borjia.

Francisco, de simple particular que él era, llegó á ser duque de Milan por medio de un

cion se interrumpiéron allí muy largamente, para existir de otro modo que de nombre. E.

(1) Este oráculo es mas seguro que el de Calchas. E.

(2) Yo me habia formado los mios ántes de serlo. E.

(3) Mi caso y el de ellos. E.

gran valor y de los recursos que su ingenio podia suministrarle (1): por lo mismo conservó sin mucho trabajo lo que él no habia adquirido mas que con sumos afanes. Por otra parte, César Borgia, llamado vulgarmente el duque de Valentinois, que no adquirió sus estados mas que por la fortuna de su padre, los perdió luego que ella le hubo faltado, aunque hizo entónces uso de todos los medios imaginables para retenerlos, y practicó, para consolidarse en los principados que las armas y fortuna agenas le habian adquirido, cuanto podia practicar un hombre prudente y valeroso (2).

He dicho que el que no preparó los fundamentos de su soberanía antes de ser príncipe, podria hacerlo despues si él tenia un talento

(1) ¿A quien me asemejo mejor? Excelente agüero! R. C.

(2) A menudo bien, algunas veces mal. G.

superiór (1), aunque estos fundamentos no pueden formarse entónces mas que con muchos disgustos para el arquitecto, y con muchos peligros para el edificio (2). Si se consideran pues los progresos del duque de Valentinois, se verá que él habia preparado poderosos fundamentos para su futura dominacion (3); y no tengo por inútil el darlos á conocer (4), porque no me es posible dar lecciones mas útiles á un *Príncipe nuevo*, que las acciones de este. Si sus instituciones no le sirviéron de nada, no fué falta suya, sino la

(1) Para reinar: se entiende. Los otros no son mas que sobresalientes insulseces. E.

(2) Especialmente cuando no los forma uno mas que á tientas, con timidez.... E.

(3) ¿Mejor que yo? Es difícil. G.

(4) Quisiera yo ciertamente, que no lo hubieras dicho à otros mas que á mí; pero no saben leerte: lo que es lo mismo. G.

de una extremada y muy extraordinaria malignidad de la fortuna (1).

Alejandro VI queria elevar á su hijo el duque á una grande dominacion, y veia para ello fuertes dificultades en lo presente y futuro. Primeramente, no sabia como hacerle señor de un estado que no perteneciera á la iglesia; y cuando volvia sus miras hácia un estado de la iglesia para quitársele en favor de su hijo, preveia que el duque de Milan y los Venecianos no consentirian en ello (2). Faenza y Rímini que él queria cederle desde luego,

(1) Tengo que quejarme de ella; pero la corregiré. E.

(2) ¿Saldré yo mejor de un mayor embarazo de esta especie, para dar reinos á mi Jose, á mi Gerónimo... En cuanto á Luis, será si queda alguno del que yo no sepa qué hacer. R. C.

— Llevaba yo mucha razon en vacilár tocante á este. Pero el ingrato, cobarde, y traidor Joaquin!... El reparará sus faltas. E.

estaban ya bajo la proteccion de los Venecianos. Veia ademas, que los ejércitos de la Italia, y sobre todo aquellos de los que él hubiera podido valerse, estaban en poder de los que debian temer el engrandecimiento del papa; y no podia fiarse de estos ejércitos, porque todos ellos estaban mandados por los Ursinos, Colonas, ó allegados suyos. Era menester pues que se turbara este órden de cosas, y que se introdujera el desórden en los estados de Italia (1), á fin de que le fuera posible apoderarse seguramente de una parte de ellos (2). Esto le fué posible, á causa de que él se hallaba en aquella coyuntura (3), en que movidos de razones particulares los Venecianos, se habian resuelto á

(1) El Alejandro con tiara no me desconoceria mas que el Alejandro con casco. R. I.

(2) Su parte! es poquísimo para mí. R. I.

(3) He sabido dar orígen á otras, mas dignas de mí, de mi siglo, y mas á mí conveniencia. R. I.

hacer que los Franceses volvieran otra vez á Italia. No solamente no se opuso á ello, sino que aun facilitó esta maniobra, mostrándose favorable á Luis XII con la sentencia de la disolucion de su matrimonio con Juana de Francia (1). Este monarca vino pues á Italia con la ayuda de los Venecianos (2), y el consentimiento de Alejandro. No bien hubo estado en Milan, cuando el papa obtuvo de él algunas tropas para la empresa que habia meditado

(1) La prueba que hice ya, cediendo el Ducado de Urbino para lograr la firma del concordato, me convence de que en Roma, como en otras partes, hoy dia como entónces una mano lava la otra, y esto promete... R. C.

(2) Los Genoveses me abriéron la Italia con la loca esperanza de que sus inmensas rentas sobre la Francia se pagarian sin reduccion: *Quid non cogit auri sacra fames?* Ellos tendrán á lo menos siempre mi benevolencia con preferencia à los otros Italianos. R. C.

sobre la Romaña; y le fué cedida esta á causa de la reputacion del rey.

Habiendo adquirido finalmente el duque con ello aquella provincia, y aun derrotado tambien á los Colonas, queria conservarla é ir mas adelante; pero le embarazaban dos obstáculos. El uno se hallaba en los ejércitos de los Ursinos de que él se habia servido, pero de cuya fidelidad se desconfiaba, y el otro consistia en la oposicion que la Francia podia hacer á ello. Temia por una parte, que le faltasen las armas de los Ursinos, y que ellas no solamente le impidiesen conquistar, sino que tambien le quitasen lo que él habia adquirido, miéntras que por otra parte se recelaba de que el rey de Francia obrara con respecto á él como los Ursinos (1). Su desconfianza, relativa á estos últimos, estaba fundada en que

(1) Caro me ha costado el no haber tenido igual desconfianza, con respecto á mis favorecidos aliados de Alemania. E.

cuando, despues de haber tomado Faenza, asaltó Bolonia, los habia visto obrar con tibieza. En cuanto al rey, comprendió lo que podia temer de él, cuando, despues de haber tomado el ducado de Urbino, atacó la Toscana; pues el rey le hizo desistir de esta empresa. En semejante situacion, resolvió el duque no depender ya de la fortuna y agenas armas (1). A cuyo efecto, comenzó debilitando, hasta en Roma, las facciones de los Ursinos y Colonas, ganando á cuantos nobles le eran adictos (2). Hízolos gentileshombres suyos, los honró con elevados empleos, y les confió segun sus prendas personales varios gobiernos ó mandos; de modo que se extinguió en ellos á pocos meses el espíritu de la faccion á que se adherian; y su afecto se volvió

(1) ¡Porque no pudé hacer de otro modo! F.

(2) Mis Colonas son los realistas, mis Ursinos los Jacobinos; y mis nobles serán los gefes de unos y otros. G.

todo entero hácia el duque(1). Despues de la cual aceleró la ocasion de arruinar á los Ursinos(2). Habia dispersado ya á los partidarios de la casa Colona que se le volvió favorable; y la trató mejor (3). Habiendo advertido muy tarde los Ursinos que el poder del Duque, y el del Papa como soberano, acarreaban su ruina, convocáron una dieta en Magione, pais de Perusa. Resultó de ello contra el Duque la rebelion de Ursino, como tambien los tumultos de la Romaña, é infinitos peligros para

(1) Habia empezado yo todo esto ya en parte, aun ántes de llegar al consulado, en que me fué bien con haber completado al punto todas estas operaciones. R. I.

(2) La he hallado en el senadoconsulto de la máquina infernal de nivoso, y en mi maquinacion de Arena y Topino en la ópera. R. C.

(3) Estas dos cosas no pudiéron perfeccionarse en la misma época; pero lo fuéron despues de aquel tiempo. R. I.

él (1); pero superó todas estas dificultades con el auxilio de los Franceses (2). Luego que hubo recuperado alguna consideracion, no fiándose ya en ellos, ni en las demas fuerzas que le eran agenas, y queriendo no estar en la necesidad de probarlos de nuevo, recurrió á la astucia, y supo encubrir en tanto grado su genio (3), que los Ursinos, por la mediacion del señor Paulo, se reconciliáron con él. No careció de medios serviciales para asegurárselos, dándoles vistosos trages, dinero, caballos; tan bien que, aprovechándose de la simplicidad de su confianza, acabó reduciéndolos á caer en su poder, en Sinigaglia (4). Habiendo des-

(1) Vi otros parecidos.... Pichegru, Mallet. De todos triunfé sin necesitar de los estrangeros. R. I.

(2) Lo hice, sin necesitar de ninguno. R. I.

(3) *Qui nescit dissimulare, nescit regnare.* Luis XI no sabia bastante, debia decir: *Qui nescit fallere, nescit regnare.* R. I.

(4) Lo que quedaba contra mí de mas formidable

truido en esta ocasion á sus gefes, y formádose de sus partidarios otros tantos amigos de su persona (1), proporcionó con ello harto buenos fundamentos á su dominacion, supuesto que toda la Romaña con el ducado de Urbino, y que se habia ganado ya todos sus pueblos, en atencion á que bajo su gobierno, habian comenzado á gustar de un bienestar desconocido entre ellos hasta entónces (2).

Como esta parte de la vida de este Duque merece estudiarse, y aun imitarse por otros, no quiero dejar de exponerla con alguna especificacion (3).

entre mis Colonas y Ursinos, no se escapó mejor. R. I.

(1) Creo haber hecho harto bien una y otra de ámbas cosas. R. I.

(2) ¿Habia conocido la Francia, veinte años hacia, el órden de que goza en el dia, y que solo mi brazo podia restablecer? R. I.

(3) Ella es mil veces mas provechosa para los pueblos, que es odiosa á algunos forjadores de frases. R. I.

Despues que él hubo ocupado la Romaña, hallándola mandada por señores inhábiles que mas bien habian despojado que corregido á sus vasallos (1), y que habian dado motivo á mas desuniones que uniones (2), en tanto grado que esta provincia estaba llena de latrocinios, contiendas, y de todas las demas especies de desórdenes (3); tuvo por necesario para establecer en ella la paz, y hacerla obediente á su príncipe, el darle un vigoroso gobierno (4).

En su consecuencia, envió allí por presidente á messer Ramiro d'Orco, hombre severo y expedito, al que delegó una autoridad

(1) Como los artífices de repúblicas francesas. R. C.

(2) Como en la Francia republicana. R. C.

(3) Enteramente como en Francia, ántes que yo reinara en ella. R. C.

(4) ¿ No es lo que hice? Habia necesidad de firmeza y dureza para reprimir la anarquía. R. I.

casi ilimitada (1). Este en poco tiempo restableció el sosiego en aquella provincia, reunió con ella á los ciudadanos divididos, y aun le proporcionó una grande consideracion (2). Habiendo juzgado despues el Duque que la desmesurada autoridad de Ramiro no convenia allí ya (3), y temiendo que ella se volviera muy odiosa (*a*), erigió en el centro de la pro-

(1) F... serás mi *Orco*. R. C.

(2) No necesitaba yo de tí para esto. R. I.

(3) Por esto suprimo tu ministerio; y te agrego á la jubilacion de mi senado. R. C.

(*a*) Los ministros de los tiranos deberian moderar ciertamente su ambicion con esta reflexion de Tácito: *Levi post admissum scelus gratiâ, dein gravius odio*: « El príncipe les acuerda un ligero favor al tiempo que ellos le sirven por un crímen; pero no les tiene despues mas que un odio profundo. » (Ann. 14.) Tácito no vitupera á Tiberio de que él sacrificara con frecuencia á semejantes hombres, para que no se vendieran á otros, ni obrasen igualmente para estos contra sus intereses: *Scelerum ministros, ut perverti ab aliis, nolebat ita plerumque satiatus veteres, et prægraves adfixit.* (Ann. 4.)

vincia un tribunal civil, presidido por un sugeto excelente, en el que cada ciudad tenia su defensor (1). Como le constaba que los rigores ejercidos por Ramiro d'Orco habian dado orígen á algun odio contra su propia persona, y queriendo tanto desterrarle de los corazones de sus pueblos como ganárselos en un todo, trató de persuadirles que no debian imputársele á él aquellos rigores (2), sino al duro genio de su ministro (a). Para convencerlos de esto, resolvió castigar por ellos á

(1) El crear una comision senatorial de la libertad individual, que sin embargo no hará mas que lo que yo quiera. R. I.

(2) Ninguno está mas condenado que él, par la opinion pública, á ser mi macho de cabrío emisario. R. I.

(a) César Borgia conocia aquella verdad expresada por Tácito en estos terminos : *Nec unquam satis fida potentia, ubi nimia est.* « Una potestad no está segura nunca de conservarse, cuando da en los excesos. »

su ministro (1); y una cierta mañana, mandó dividirle en dos pedazos, y mostrarle así hendido en la plaza pública de Cesena, con un cuchillo ensangrentado y un tajo de madera al lado (2). La ferocidad de semejante espectáculo, hizo que sus pueblos, por algun tiempo, quedáron tan satisfechos como atónitos (a).

Pero volviendo al punto de que he partido, digo que hallándose muy poderoso el Duque, y asegurado en parte contra los peligros de entónces, porque se habia armado á su modo, y que tenia destruidas en gran parte las armas

(1) Rabio de no poder desgraciarle sin inutilizarle. R. I.

(2) Buen tiempo aquel en que se podian hacer estos castigos que é hubiera hallado meritorios. R. I.

(a) Valerio Patérculo dijo de Cinna, que hizo acciones gloriosas que un hombre honrado no hubiera osado hacer: *De quo verè dici potest, aucum tum; quæ nemo aderet bonus, perfecisse, quæ à nullo, nisi fortissimo, perfici possent.* (Hist. 2.)

de los vecinos que podian perjudicarle, le quedaba el temor de la Francia, supuesto que él queria continuar haciendo conquistas. Sabiendo que el Rey, que habia echado de ver algo tarde su propia falta, no sufriria que el Duque se engrandeciera mas, echóse á buscar nuevos amigos; desde luego tergiversó (1) con respecto á la Francia, cuando marchárón los Franceses hácia el reino de Nápoles contra las tropas españolas que sitiában Gaeta. Su intencion era asegurarse de ellos; y hubiera tenido un pronto acierto, si hubiera continuado viviendo Alejandro (2).

Estas fuéron sus precauciones en las circunstancias de entonces; pero en cuanto á las futuras, tenia que temer primeramente que el sucesor de Alejandro VI no le fuera favorable, y tratara de quitarle lo que le habia dado Alejandro.

(1) Bien y muy bien obrado. R. C.

(2) Estos malditos *si* me impacientan. R. C.

Para precaver estos inconvenientes (1), imaginó cuatro medios (2). Fueron 1.° de extinguir las familias de los señores á quienes él habia despojado (*a*), á fin de quitar al papa los socorros que ellos hubieran podido suministrarle (3); 2.° de ganarse á todos los hidal-

(1) Es menester prever estos contratiempos. R. C.

(2) Grandemente bien hallados. R. C.

(3) No faltes á esto cuando puedas, y haz de modo que lo puedas. R. C.

(*a*) Muciano, primer ministro de Vespasiano. mandó dar muerte al hijo de Vitelio, para ahogar, decia, todas las semillas de guerra: *Mucianus Vitelii filium interfici jubet, mansuram discordiam obtendens, ni semina belli restinxisset.* (Hist. 4.°) — « Porque hay peligro en dejar la vida á los que fuéron despojados, » dice Tácito: *Periculum ex misericordiâ..... ubi Vespasianus imperium invaserit, non ipsi, non amicis ejus, non exercitibus securitatem, nisi extincto emulato redituram.* « Vespasiano, despues de haber adquirido el imperio, no podia proporcionar ninguna seguridad á sí mismo, á sus amigos y ejércitos, si no hubiera impedido el regreso de su competidor mandando darle muerte. »

(Hist. 3.)

gos de Roma, á fin de poder poner con ellos, como lo he dicho, un freno al papa hasta en Roma; 3.° de conciliarse, lo mas que le era posible, el sacro colegio de los cardenales; y 4.° de adquirir, ántes de la muerte de Alejandro (1), una tan grande dominacion, que él se hallara en estado de resistir por si mismo al primer asalto, cuando no existiera ya su padre.

De estos cuatro expedientes, practicados los tres primeros por el duque habian conseguido ya su fin al morir el papa Alejandro; y el cuarto estaba ejecutándose.

Hizo perecer á cuantos habia podido coger de aquellos señores á quienes tenia despojados; y se le escapáron pocos (1). Habia ganado á los hidalgos de Roma (2), y adquirido

(1) Francisco H.... R. I.

(2) No estoy todavía tan adelantado como él. R. I.

(3) No he podido hacer todavía mas que la mitad de esta maniobra: *Si vuol tempo.* R. I.

un grandísimo influjo en el sacro colegio. En cuanto á sus nuevas conquistas, habiendo proyectado hacerse señor de la Toscana, poseia ya Perusa y Piombino, despues de haber tomado Pisa bajo su proteccion. Como no estaba obligado ya á tener miramientos con la Francia, y que no le guardaba ya realmente ninguno, en atencion á que los Franceses se hallaban á la sazon despojados del reino de Nápoles por los Españoles, y que unos y otros estaban precisados á solicitar su amistad (1); se echaba sobre Pisa; lo cual bastaba para que Luca y Siena le abriesen sus puertas, sea por zelos contra los Florentinos, sea por temor de la venganza suya; y los Florentinos carecian de medios para oponerse á

(1) Supuesto que he atraido á esto á todos los príncipes de Alemania, pensemos en mi famoso proyecto del norte. Acaecerá lo mismo con resultas que ningun conquistador conoció. R. I.

ellos. Si esta empresa le hubiera salido acertada, y se hubiera puesto en ejecucion el año en que murió Alejandro, hubiera adquirido el duque tan grandes fuerzas y tanta consideracion que, por sí mismo, se hubiera sostenido, sin depender de la fortuna y poder ageno (1). Todo ello no dependia ya mas que de su dominacion y talento (2).

Pero Alejandro murió cinco años despues que el Duque habia comenzado á desenvainar la espada. Unicamente el estado de la Romaña estaba consolidado; permanecian vacilantes todos los otros, hallándose ademas entre dos ejércitos enemigos, poderosísimos; y se veia últimamente asaltado de una enfermedad mortal el Duque mismo (3). Sin embargo era

(1) Libre de toda condicion semejante, iré mucho mas adelante. R. I.

(2) Conviene no conocer otra dependencia. R. I.

(3) Peor que peor para él; es menester saber no estar nunca enfermo, y hacerse invulnerable en todo. R. I.

de tanto valor, y poseia tan superiores talentos; sabia tambien como pueden ganarse ó perderse los hombres; y los fundamentos que él se habia formado en tan escaso tiempo eran tan sólidos, que si no hubiera tenido por contrarios aquellos ejércitos, y lo hubiera pasado bien, hubiera triunfado de todos los demas impedimentos. La prueba de que sus fundamentos eran buenos, es perentoria, supuesto que la Romaña le aguardó sosegadamente mas de un mes (1), y que enteramente moribundo como él estaba, no tenia que temer nada en Roma (2). Aunque los Baglionis, Vitelis, y Ursinos, habian venido allí, no emprendiéron nada contra él. Si no pudo hacer Papa al que él queria, á lo menos im-

(1) Como la Francia me aguardó despues de mis desastres de Moscou. E.

(2) Por mas moribundo que yo estaba, hablando políticamente, en Smolensko, no tuve que temer allí nada de los mios. E.

pidió que lo fuera aquel á quien no queria (1). Pero si al morir Alejandro hubiera gozado de robusta salud, hubiera hallado facilidad para todo. Me dijo, aquel dia en que Julio II fué creado papa, que él habia pensado en cuanto podia acaecer muerto su padre; y que habia hallado remedio para todo; pero que no habia pensado en que pudiera morir él mismo entónces (2).

Despues de haber recogido, así y cotejado todas las acciones del Duque, no puedo condenarle; aun me parece que puedo, como lo he hecho, proponerle por modelo á cuantos la fortuna ó agenas armas elevaron á la sobe-

(1) No he tenido dificultad en esto: la noticia sola de mi desembarco en Frejus apartaba las elecciones que me hubieran sido contrarias. R. C.

(2) En resumidas cuentas, vale mas, hablando comunmente, no pensar en ello cuando se quiere reinar gloriosamente. Este pensamiento hubiera helado mis mas atrevidos proyectos. R. I.

rania (1). Con las relevantes prendas y profundas miras que él tenia, no podia conducirse de diferente modo (2). No tuviéron sus designios mas obstáculos reales que la breve vida de Alejandro, y su propia enfermedad (3).

El que tenga pues por necesario, en su nuevo principado (4), asegurarse de sus enemigos; ganarse nuevos amigos; triunfar por medio de la fuerza ó fraude; hacerse amar y temer de los pueblos, seguir y respetar de los

(1) Son bien ignorantes los escritorcillos que dijénon que él le habia propuesto á todos los príncipes, aun á los que no se hallan ni pueden hallarse en el mismo caso. No conozco mas que á mí en toda la Europa, á quien este modelo pudiera convenir. R. I.

(2) Lo que hice de analógo, me lo imponia como una necesidad mi situacion, y como una obligacion por consiguiente. E.

(3) Mis reveses no dependen mas que de causas análogas, sobre las que mi ingenio no podia nada. E.

(4) Esto es cuanto me es necesario. G.

soldados; mudar los antiguos estatutos en otros recientes; desembarazarse de los hombres que pueden y deben perjudicarle; ser severo y agradable, magnánimo y liberal; suprimir la tropa infiel, y formar otra nueva; conservar la amistad de los reyes y príncipes, de modo que ellos tengan que servirle con buena gracia, ó no ofenderle mas que con miramiento: aquel, repito, no puede hallar ejemplo ninguno mas fresco, que las acciones de este duque, á lo menos hasta la muerte de su padre (1).

Su política cayó despues gravemente en falta cuando, á la nominacion del sucesor de Alejandro, dejó hacer el duque una eleccion adversa para sus intereses en la persona de Julio II (2). No le era posible la creacion de

(1) Esperb que soy un ejemplo no solamente mas fresco, sino tambien mas perfecto y sublime. R. I.

(2) Cabeza debilitada con su enfermedad. R. I.

un papa de su gusto (1); pero teniendo la facultad de impedir que este ó aquel fueran papas, no debia permitir jamas que se confiriera el pontificado á ninguno de los cardenales á quienes él habia ofendido, ó de aquellos que, hechos pontífices, tuvieran motivos de temerle (2), porque los hombres ofenden por miedo ó por odio (a). Los cardenales á quienes él habia ofendido eran, entre otros, el de san Pedro es-liens, los cardenales Colona, de

(1) Le hubiera depuesto yo bien pronto, si él se hubiera elegido contra mi gusto. R. C.

(2) Todos, menos el que fué elegido, sabian ó preveian que ellos debian temerme. R. C.

(a) Neron depuso á cuatro tribunos por el único motivo de que él los temia: *Exuti tribunatu, quasi principem non quidem odissent, sed tamen extimerentur.* (Ann. 15) — Tácito profiere en otro lugar esta máxima: « Aquel á quien un príncipe teme, es siempre bastante ilustre al lado del que le tiene miedo; » *satis clarus est apud timentem, quisquis timetur.* (Hist. 2.)

san Jorge, y Ascagne (1). Elevados una vez todos los demas al pontificado, estaban en el caso de temerle (2), excepto el cardenal de Ruan, á causa de su fuerza, supuesto que tenia por sí el reino de Francia, y los cardenales Españoles con los que estaba confederado, y que le debian favores (3).

Así el duque debia ante todas cosas hacer elegir por papa á un Español; y si no podia hacerlo, debia consentir en que fuera elegido el cardenal de Ruan, y no el de san Pedro es-liens. Cualquiera que cree que los nuevos beneficios hacen olvidar á los eminentes personages las antiguas injurias (4), camina er-

(1) Pasó ya el tiempo en que podia temerse su resentimiento. R. I.

(2) Mi solo nombre los hizo temblar, y los haré traer como carneros al pie de mi trono. R. C.

(3) ¡Bello motivo para contar con esta gente! Maquiavelo tenia tambien muy buena fe. R. I.

(4) Parecen olvidar cuando su pasion lo quiere; pero no nos fiemos en ello. R. I.

rado (*a*). Al tiempo de esta eleccion, cometió el duque pues una grave falta, y tan grave que ella ocasionó su ruina.

(*a*) La memoria de las ofensas dura por mucho tiempo en los que permanecen poderosos»; dice Tácito: *quarum apud præpotentes in longum memoria est* (Ann. 5). «Los beneficios no penetran nunca tan adelante como las ofensas, porque la gratitud se hace á expensas nuestras, y la venganza á expensas de aquellos á quienes odiamos»; *Tanto proclivius est injuriæ, quàm beneficio vicem exsolvere; quia gratia oneri, ultio in quæstu habetur* (Hist. 4.)

CAPITULO VIII.

De los que llegáron al príncipado por medio de maldades.

Pero como uno, de simple particular, llega á ser tambien príncipe de otros dos modos, sin deberlo todo á la fortuna ó valor, no conviene que omita yo aquí el tratar de uno y otro de estos dos modos, aunque puedo reservarme el discurrir con mas extension sobre el segundo, al tratar de las repúblicas (1). El primero es cuando un particular se eleva por una via malvada y detestable al principado (2); y el segundo cuando un hombre llega á ser

(1) Se lo dispenso. G.

(2) La expresion es duramente improbativa. ¿ Que importa el camino, con tal que se llegue? Maquiavelo comete una falta en hacer de moralista sobre semejante materia. G.

príncipe de su patria con el favor de sus conciudadanos (1).

En cuanto al primer modo, presenta dos ejemplos suyos la historia, el uno antiguo, y el otro moderno. Me ceñiré á citarlos sin profundizar de otro modo la cuestion, porque soy de parecer que ellos dicen bastante para cualquiera que estuviera en el caso de imitarlos (2).

El primer ejemplo es el del siciliano Agátocles, quien, habiendo nacido en una condicion no solamente ordinaria, sino tambien baja y vil, llegó á empuñar sin embargo el cetro de Siracusa (3). Hijo de un alfarero, habia tenido, en todas las circunstancias, una conducta re-

(1) Puede aparentarlo siempre. G.

(2) Discrecion de moralista, muy intempestiva en materia de estado. G.

(3) Este, vecino mio, como Hieron, y de una era mas cercana que la de él, estará mas seguramente tambien en la genealogía de mis ascendientes. G.

prensible (1); pero sus perversas acciones iban acompañadas de tanto vigor corporal y fortaleza de ánimo (2), que, habiéndose dado á la profesion militar, ascendió, por los diversos grados de la milicia, hasta el de pretor de Siracusa (3). Luego que se hubo visto elevado á este puesto, resolvió hacerse príncipe, y retener con violencia, sin ser deudor de ello á ninguno, la dignidad que él habia recibido del libre consentimiento de sus conciudadanos (4). Despues de haberse entendido á este efecto con el general cartaginense Amilcar, que estaba en Sicilia con su ejército (5), juntó una

(1) La constancia en esta especie es el mas seguro indicio de un genio determinado y atrevido. G.

(2) El ánimo especialmente, que es lo esencial. G.

(3) Llegaré á él G.

(4) Acuérdenme por diez años el consulado, me le haré ceder bien pronto como vitalicio; ¡y se verá! G.

(5) No necesito de semejante socorro, aunque sí de otros sin embargo; pero son fáciles de lograr. G.

mañana al pueblo y senado de Siracusa, como si tuviera que deliberar con ellos sobre cosas importantes para la república; y dando en aquella asamblea á sus soldados la señal acordada, les mandó matar á todos los senadores, y á los mas ricos ciudadanos que allí se hallaban. Librado de ellos, ocupó y conservó el principado de Siracusa, sin que se manifestara guerra ninguna civil contra él (1). Aunque se vió despues dos veces derrotado y aun sitiado por los Cartaginenses, no solamente pudo defender su ciudad, sino que tambien, habiendo dejado una parte de sus tropas para custodiarla, fué con otra á atacar la Africa; de modo que en poco tiempo libró Siracusa sitiada, y puso á los Cartaginenses en tanto apuro que se viéron forzados á tratar con él,

(1) Veánse mi 18 brumario y efectos suyos! Tiene él la superioridad de un modo mas amplio, sin ninguno de estos crímenes. R. C.

se contentáron con la posesion de la Africa, y le abandonáron enteramente la Sicilia (1).

Si consideramos sus acciones y valor, no verémos nada ó casi nada que pueda atribuirse á la fortuna. No con el favor de ninguno, como lo he dicho mas arriba, sino por medio de los grados militares adquiridos á costa de muchas fatigas y peligros, consiguió la soberanía (2); y si se mantuvo en ella por medio de una infinidad de acciones tan peligrosas como estaban llenas de valor (3), no puede aprobarse ciertamente lo que él hizo para conseguirla. La matanza de sus conciudadanos, la traicion de sus amigos, su absoluta falta de fe, de humanidad y religion, son ciertamente medios con los que uno puede adquirir el imperio; pero

(1) He conseguido mucho mas, Agátocles no es mas que un enano en comparacion mia. R. I.

(2) A la misma costa la he adquirido. R. I.

(3) Hice mis pruebas en esta especie. R. I.

no adquiere nunca con ellos ninguna gloria(1).

No obstante esto, si consideramos el valor de Agátocles en el modo con que arrostra con los peligros y sale de ellos, y la sublimidad de su ánimo en soportar y vencer los sucesos que le son adversos (2), no vemos porque le tendríamos por inferior al mayor campeon de cualquiera especie (3). Pero su feroz crueldad y desapiadada inhumanidad, sus innumerables maldades, no permiten alabarle, como si él mereciera ocupar un lugar entre los hombres insignes(4) mas eminentes; y vuelvo á concluir que no puede atribuirse á su fortuna ni valor, lo que él adquirió sin uno ni otro (5).

(1) ¡ Preocupaciones pueriles todo esto ! La gloria acompaña siempre al acierto, de cualquier modo que suceda. R. I.

(2) ¿ Los venció mejor que yo ? R. I.

(3) Dígnense exceptuarme. R. I.

(4) Otra vez moral ! El buen hombre de Maquiavélo carecia de audacia. R. I.

(5) Y tenia yo por mí el concurso de ámbos. R. I.

El segundo ejemplo mas inmediato á nuestros tiempos, es el de Oliverot de Fermo (1). Despues de haber estado, durante su niñez en poder de su tio materno, Juan Fogliani, fué colocado por este en la tropa del capitan Paulo Viteli (2), á fin de llegar allí bajo un semejante maestro á algun grado elevado en las armas. Habiendo muerto despues Paulo, y sucedídole su hermano Vitelozo en el mando, peleó bajo sus órdenes Oliverot; y como él tenia talento, siendo por otra parte robusto de cuerpo y sumamente valeroso, llegó á ser en breve tiempo el primer hombre de su tropa. Juzgando entónces que era una cosa servil el permanecer confundido entre el vulgo de los capitanes, concibió el proyecto de apoderarse

(1) El astuto personage! me hizo concebir excelentes ideas desde mi niñez. G.

(2) Vaubois, fuiste mi Viteli. Sé ser reconocido oportunamente. G.

de Fermo, con la ayuda de Viteloro, y de algunos ciudadanos de aquella ciudad que tenian mas amor á la esclavitud que á la libertad de su patria (1). En su consecuencia escribió desde luego á su tio Juan Fogliani, que era cosa natural que despues de una tan dilatada ausencia, quisiera volver él para abrazarle, ver su patria, reconocer en algun modo su patrimonio, y que iba á volver á Fermo; pero que no habiéndose fatigado durante tan larga ausencia mas que para adquirir algun honor, y queriendo mostrar á sus conciudadanos que él no habia malogrado el tiempo bajo este aspecto, creia deber presentarse de un modo honroso, acompañado de cien soldados de á caballo, amigos suyos, y de algunos servidores (2). Le rogó en su consecuencia que

(1) Reflexion de republicano. G.

(2) El travieso! Hay, en toda esta historia de Oliverot, muchas cosas de que sabré aprovecharme, en las circunstancias. G.

hiciera de modo que le recibieran los ciudadanos de Fermo con distincion, « en atencion á que, le decia, un semejante recibimiento no solamente le honraria á él mismo, sino que tambien redundaria en gloria de su tio, supuesto que él era su discípulo ». Juan no dejó de hacerle los favores que él solicitaba, y á los que le parecia ser acreedor su sobrino. Hizo que le recibieran los habitantes de Fermo con honor, y le hospedó en su palacio. Oliverot, despues de haberlo dispuesto todo para la maldad que él estaba premeditando, dió en él una esplendida comida á la que convidó á Juan Fogliani y todas las personas mas visibles de Fermo (1). Al fin de la comida, y cuando, segun el estilo, no se hacia mas que conversar sobre cosas de que se habla comu-

(1) Se asemejaba ella algo al famoso banquete de la iglesia de San Sulpicio, que me hice ofrecer por los diputados á mi vuelta de Italia, despues de fructidor; pero la pera no estaba madura todavía. R. C.

nemente en la mesa, hizo recaer Oliverot diestramente la conversacion sobre la grandeza de Alejandro VI y de su hijo César, como tambien sobre sus empresas. Miéntras que él respondia á los discursos de los otros, y que los otros replicaban á los suyos, se levantó de repente diciendo que era una materia de que no podia hablarse mas que en el mas oculto lugar; y se retiró á un cuarto particular, al que Fogliani y todos los demas ciudadanos visibles le siguiéron. Apénas se hubiéron sentado allí, cuando, por salidas ignoradas de ellos, entráron diversos soldados que los degolláron á todos, sin perdonar á Fogliani. Despues de esta matanza, Oliverot montó á caballo, recorrió la ciudad, fué á sitiar en su propio palacio al principal magistrado; tan bien que poseidos del temor todos los habitantes, se viéron obligados á obedecerle, y formar un nuevo gobierno cuyo soberano se hizo él (1).

(1) Perfeccioné bastante bien esta maniobra el 18

Librado Oliverot por este medio de todos aquellos hombres cuyo descontento podia serle temible (1), fortificó su autoridad con nuevos estatutos civiles (2) y militares (3), de modo que en el espacio de un año que él poseyó la soberanía (4), no solamente estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que tambien se hizo formidable á todos sus veci-

de brumario, y sobre todo al siguiente dia en San Cloud. R. C.

(1) Me bastaba por el pronto el espantarlos, dispersarlos, y hacerles huir. Era menester sostener lo que yo habia mandado decir solemnemente á Barras, que no me gustaba la sangre. R. C.

(2) ¡Que acabeñ pues bien pronto ese código civil, al que quiero dar mi nombre! R. C.

(3) Esto dependia enteramente de mí; y he provisto á todo á mi comodidad y progresivamente. R. C.

(4) Tonto que se deja quitar la vida con la soberanía. E.

nos; y hubiera sido tan inexpugnable como Agátocles, si no se hubiera dejado engañar de César Borgia, cuando, en Sinigaglia, sorprendió este, como lo llevo dicho, á los Ursinos y Vitelios. Habiendo sido cogido Oliverot mismo en esta ocasion, un año despues de su parricidio (1), le diéron garrote con Vitellozo que habia sido su maestro de valor y maldad (2).

Podria preguntarse porque Agátocles, y algun otro de la misma especie, pudiéron, despues de tantas traiciones é inumerables

(1) Con esta palabra de improbacion, aparenta Maquiavelo formarle un crímen de ello. Pobre hombre! R. C.

(2) La gente bonaza dirá que Oliverot lo tenia bien merecido, y que Borgia habia sido el instrumento de un justo castigo. Lo siento sin embargo por Oliverot; esto no seria un buen agüero para mi, si hubiera en la tierra otro César Borgia que yo. R. I.

crueldades (*a*), vivir por mucho tiempo seguro en su patria; y defenderse de los enemigos exteriores, sin ejercer actos crueles; como tambien porque los conciudadanos de este no se conjuráron nunca contra él, miéntras que haciendo otros muchos uso de la crueldad, no pudiéron conservarse jamas en sus estados, tanto en tiempo de paz como en el de guerra.

Creo que esto dimana del buen ó mal uso que se hace de la crueldad. Podemos llamar buen uso los actos de crueldad, si sin embargo es lícito hablar bien del mal, que se ejercen de una vez (1), únicamente por la necesidad

(1) Si ellos hubieran comenzado con esto, como Cárlos II, y otros infinitos, estaba perdida mi causa. Todos contaban con ello; ninguno hubiera censurado; bien presto el pueblo no hubiera pensado en esto, y me hubiera olvidado. E.

(*a*) Esta voz *crueldad*, con que se representa aquí la de *crudelta* que se lee el texto, se toma generalmente en ita-

de proveer á su propia seguridad (1), sin continuarlos despues (2), y que al mismo tiempo trata uno de dirigirlos, cuanto es posible, hácia la mayor utilidad de los vasallos (3).

Los actos de severidad mal usados son aquellos que, no siendo mas que en corto número á los principios, van siempre aumentándose, y se multiplican de dia en dia en vez de disminuirse y de mirar á su fin (4).

(1) Por fortuna esto es lo que menos los ocupa. E.

(2) Si se acaloran por mucho tiempo en esta operacion, obran contra sus intereses. Cuando la memoria de la accion que debe castigarse, se ha inveterado, el que la castigue no parecerá ya mas que un hombre cruel genialmente, porque estará como olvidado lo que hace justo el castigo. E.

(3) Era fácil. E.

(4) Este método, el único que les queda á los ministros, no puede menos de serme favorable. E.

liano por cuanto acto de severidad, y rigor aun justo, hace sufrir crueles tormentos, aunque la muerte no deba ser el

Los que abrazan el primer metodo, pueden, con los auxilios divinos y humanos, remediar, como Agatócles, la incertidumbre de su situacion. En cuanto á los demas, no es posible que ellos se mantengan (1).

Es menester pues que el que toma un estado, haga atencion, en los actos de rigor que le es preciso hacer, á ejercerlos todos de una sola vez é inmediatamente (2), á fin de no estar obligado á volver á ellos todos los dias, y poder, no renovándolos, tranquilizar á sus vasallos, á los que ganará despues fácilmente haciéndoles bien (*a*).

(1) Se verá bien presto una nueva prueba de ello E.

(2) La consecuencia es justa, y el precepto de rigor. E.

resultado suyo; y con mucha mayor razon, tormentos cuyo fin inmediato es arrancar la vida.

(*a*) Así hizo Octavio, dice Tácito: « Despues de haber depuesto el triumvirato, se ganó al soldado con dádivas, al

El que obra de otro modo por timidez, ó siguiendo malos consejos (1), está precisado siempre á tener la cuchilla en la mano (2); y no puede contar nunca con sus vasallos, porque ellos mismos, con el motivo de que está obligado á continuar y renovar incesantemente semejantes actos de crueldad, no pueden estar seguros con él.

Por la misma razon que los actos de severidad deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos,

(1) Una y otra causa de ruina estan á su lado; la segunda está casi toda á mí disposicion. E.

(2) Cuando se lo permiten. E.

pueblo con la abundancia de vituallas, y á todos con las delicias de una sosegada vida. Con ello, se hizo perdonar cuanto él habia hecho miéntras que era triumviro: » *Posito triumviri nomine militem donis, populum annonâ, cunctos dulcedine otii pellexit* (Ann. I); *et quæ triumviratu gesserat, abolevit* (Ann. III.)

ofenden menos (1); los beneficios deben hacerse poco á poco, á fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor (2).

Un príncipe debe, ante todas cosas, conducirse con sus vasallos, de modo que ninguna casualidad, buena ó mala, le haga variar (3), porque si acaecen tiempos penosos, no le queda ya lugar para remediar el mal; (4) y el bien que hace entónces, no se

(1) Los que empezados muy tarde, principian tímidamente probándose sobre los mas débiles, hacen clamar y rebelarse á los mas fuertes: aprovechémonos de ello. E.

(2) Cuando los derraman á manos llenas, los recogen muchos indignos; y no los agradecen los otros. E.

(3) Y parece que uno está sobre un eje! E.

(4) Ellos lo experimentarán. E.

convierte en provecho suyo (1). Le miran como forzoso, y no te lo agradecen.

(1) Aun por mas que se prometa y dé entónces, no servirá esto de nada; porque el pueblo permanece naturalmente sin vigor para el que cae de falta de prevision y longanimidad. E.

CAPITULO IX.

Del Príncipado civil.

Vengamos al segundo modo con que un particular puede hacerse príncipe sin valerse de crímenes ni violencias intolerables (1). Es cuando, con el auxilio de sus conciudadanos, llega á reinar en su patria. Pues bien, llamo civil este principado. Para adquirirle, no hay necesidad ninguna de cuanto el valor ó fortuna pueden hacer, sino mas bien de cuanto una acertada astucia puede combinar (2). Pero digo que se eleva uno á esta soberanía con el favor del pueblo ó el de los grandes (3).

(1) Lo que yo querria; pero la cosa es difícil. G.

(2) Este medio no está sin embargo fuera de mi facultad, y me ha servido ya bastante acertadamente. G.

(3) Tirarémos á reunir á lo menos las apariencias de uno y otro. G.

En cualquiera ciudad, hay dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no sér dominado ni oprimido por los grandes; y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo (*a*). Del choque de ámbas inclinaciones, dimana una de estas tres cosas; ó el establecimiento del principado, ó el de la república, ó la licencia y anarquía. En cuanto al principado, se promueve su establecimiento por el pueblo ó por los grandes, segun que el uno ú otro de estos dos partidos tienen ocasion para ello. Cuando los magnates ven que ellos no pueden resistir al pueblo (1), comienzan formando una grande reputacion á uno de

(1) Es la situacion actual del partido directorial; valgámonos de él para aumentar mi consideracion en en el concepto del pueblo. G.

(*a*) « La avaricia y arrogancia son los principales vicios de los grandes », dice Tácito: *Avaritiam et arrogantiam præcipua validiorum vitia* (Hist. I.)

ellos (1), y dirigiendo todas las miradas hácia él; hacerle despues príncipe (2), á fin de poder dar, á la sombra de su soberanía, rienda suelta á sus inclinaciones (*a*). El pueblo procede del mismo modo con respecto á uno solo, cuando ve que no puede resistir á los grandes, á fin de que le proteja su autoridad (3).

El que consigue la soberanía con el auxilio de los grandes, se mantiene con mas dificultad que el que la consigne con el del pueblo (4);

(1) Se verán arrastrados á ello. G.

(2) Acepto este vaticinio. G.

(3) Le harémos trabajar en este sentido, á fin de que, por un motivo totalmente opuesto, se dirija al mismo fin que los directoriales. G.

(4) Manifestaré semblante de no haberla conseguido mas que por y para él. G.

(*a*) Así obrárón los de Heraclea: para vengarse del pueblo, que era el mas fuerte, llamáron á Clearco del destierro, y le declaráron por príncipe suyo. » *Maquiav.*, cap. 16, del lib. I. de los discursos sobre la primera Decada).

porque siendo príncipe, se halla cercado de muchas gentes que se tienen por iguales con él (1); y no puede mandarlas ni manejarlas á su discrecion (*a*).

Pero el que llega á la soberanía con el favor popular (2), se halla solo en su exaltacion; y entre cuantos le rodean, no hay

(1) Ellas me han embarazado siempre cruelmente. E.

(2) Porque no pude acertar á hacer creer que yo me hallaba en este caso. Me compondré para parecerlo mejor á mi regreso. E.

(*a*) Esto obligó á Clearco á exterminarlos á todos, para librarse de su insolencia, y contentar en parte al pueblo de Heraclea vengándole de aquellos que le habian hecho perder su libertad. Maquiavelo, en el mismo lugar, concluye que «de cualquier modo que uno haya llegado á ser príncipe, debe tirar siempre á cautivarse el afecto del pueblo, porque sin él no puede estar seguro, y que cuanto mas cruel se manifesta el príncipe con el vulgo, tanto mas debilita su autoridad.

ninguno, ó mas que poquísimos á lo menos, que no esten prontos á obedecerle (1).

Por otra parte no se puede con decoro, y sin agraviar á los otros, contentar los deseos de los grandes (2). Pero contenta uno fácil-

(1) Los habia atraido yo sin embargo á este punto. E.

(2) Los mios eran insaciables. Estos hombres de revolucion no tienen jámas bastante. No la hiciéron mas que para enriquecerse, y su codicia crece con sus adquisiciones. Si se anticipan al partido que va á triunfar y le favorecen, es para tener sus gracias. Destruirán despues el que ellos hayan elevado, luego que les haya distribuido todas sus dádivas. Queriendo recibir siempre, arruinarán tambien este, luego que que haya cesado de darles. Habrá siempre el mayor peligro en servirse de semejantes fautores. Pero ¿como pasarse sin ellos? Yo especialmente que no tengo mas apoyo! ahi! si yo tuviera el título de sucesion al trono, estos hombres no podrian venderme ni perjudicarme. E.

mente los del pueblo, porque los deseos de este tienen un fin mas honrado que el de los grandes, en atencion á que los últimos quieren oprimir, y que el pueblo limita su deseo á no serlo.

Añádase á esto que, si el príncipe tiene por enemigo al pueblo, no puede estar jamas en seguridad; porque el pueblo se forma de un grandísimo número de hombres. Siendo poco numerosos los magnates, es posible asegurarse de ellos mas fácilmente. Lo peor que el príncipe tiene que temer de un pueblo que no le ama, es el ser abandonado por él; pero si le son contrarios los grandes, debe temer no solamente verse abandonado, sino tambien atacado y destruido por ellos; porque teniendo estos hombres mas prevision y astucia, emplean bien el tiempo para salir del aprieto, y solicitan dignidades al lado de aquel al que esperan ver reinar en su lugar (1).

(1) ¿Como no preví que estos ambiciosos, siem-

Ademas, el príncipe está en la necesidad de vivir siempre con este mismo pueblo; pero puede obrar ciertamente sin los mismos magnates, supuesto que puede hacer otros nuevos y deshacerlos todos los dias; como tambien darles crédito, ó quitarles el que tienen, cuando esto le acomoda (1).

Para aclarar mas lo relativo á ellos, digo

pre prontos á anticiparse á los barruntos de la fortuna, me abandonarian, y aun entregarian luego que me asaltara la adversidad? Harán otro tanto por mí contra él si pueden verme en bella actitud, salvo el volver á empezar contra mí en la ocasion, si estoy vacilante. ¡Porque no pude formarme grandes con hombres nuevos! E.

(1) Esto no es casí fácil, á lo menos tanto como yo quisiera y debiera hacerlo; lo tenté con respecto á.... y á F.... ellos fuéron mas peligrosos con esto. El primero me entregó; el segundo, del cual necesito, ha permanecido equívoco; pero lo tendrémos de un modo ú otro. E.

que los grandes deben considerarse bajo dos aspectos principales; ó se conducen de modo que se unan en un todo con la fortuna, ú obran de modo que se pasen sin ella. Los que se enlazan con la fortuna, si no son rapaces (1), deben ser honrados y amados. Los otros que no se unen á tí personalmente, pueden considerarse bajo dos aspectos: ó se conducen así por pusilanimidad, ó una falta de ánimo, y entónces debes servirte de ellos como de los primeros, especialmente cuando te dan buenos consejos, porque te honran en tu prosperidad, y no tienes que temer nada de ellos en la adversidad (2). Pero los que no se empeñan mas que por cálculo ó por causa de ambicion (3), manifestan que piensan mas en sí que en tí. El príncipe debe estar

(1) No tengo casi ninguno de esta especie. R. I.

(2) No tengo mal de este temple. R. I.

(3) Es el mayor número de los mios. R. I.

sobre sí contra ellos, y mirarlos como á enemigos declarados (a), porque en su adversidad ayudarán á hacerle caer (1).

Un ciudadano, hecho príncipe con el favor del pueblo, debe tirar á conservarse su afecto; lo cual le es fácil, porque el pueblo le pide únicamente el no ser oprimido. Pero el que llegó á ser príncipe con la ayuda de los magnates, y contra el voto del pueblo, debe ante todas cosas tratar de conciliárselo; lo que le es fácil cuando le toma bajo su proteccion (2). Cuando los hombres reciben bien

(1) No habia conocido yo bien esta verdad; el éxito me ha penetrado duramente de ella. ¿Podré aprovecharme de esto en lo venidero? E.

(2) Procuraré hacerlo creer. G.

(a) « Valerio Festo que, en sus cartas ostencibles á Vespasiano, hablaba en favor de Vitelio, y daba en secreto al mismo Vespasiano consejos contrarios á Vitelio, queriendo, con esta doble conducta, contraerse un mérito al lado de uno y otro, y tener por amigo al que quedara emperador, se hizo justamente sospechoso á ámbos (Tacit., Hist. 2).

de aquel de quien no esperaban mas que mal, se apegan mas y mas á él (1). Así pues el pueblo sometido por un nuevo príncipe que se hace bienhechor suyo, le coge mas afecto, que si él mismo, por benevolencia, le hubiera elevado á la soberanía. Luego el príncipe puede conciliarse el pueblo de muchos modos; pero estos son tan numerosos, y dependen de tantas circunstancias variables, que no puedo dar una regla fija y cierta sobre este particular. Me limito á concluir que es necesario que el príncipe tenga el afecto del pueblo (2), sin lo cual carecerá de recurso en la adversidad (3).

Nabis, príncipe nuevo entre los Espartanos, sostuvo el sitio de toda la Grecia y de un ejército romano ejercitado en las victorias;

(1) Necesito sin embargo de fuertes contribuciones, y numerosos conscriptos. R. C.

(2) Este era el flaco mio. C.

(3) Me lo han dado á conocer cruelmente. C.

defendió fácilmente contra uno y otro su patria y estado, porque le bastaba, á la llegada del peligro, el asegurarse de un corto número de enemigos interiores. Pero no hubiera logrado él estos triunfos, si hubiera tenido al pueblo por enemigo.

Ah! no se crea impugnar la opinion que estoy sentando aquí, con objetarme aquel tan repetido proverbio, « que el que se fia en el pueblo, edifica en la arena (1) ». Esto es verdad, confiésolo, para un ciudadano privado, que, contento en semejante fundamento, creyera que le libraria el pueblo, si él se viera oprimido por sus enemigos ó los magistrados. En cuyo caso, podria engañarse á menudo en sus esperanzas, como estò sucedió en Roma á los Gracos (*a*); y en Florencia á Mossen

(1) Sí; y sí, cuando el pueblo no es absolutamente mas que arena. C.

(*a*) Tiberio Graco fué asaltado y muerto por el pueblo, con aquel solo dicho de Escipion Nasica : *Qui salvam vellent*

Jorge Scali (*a*). Pero si el que se funda sobre el pueblo, es príncipe suyo; si puede mandarle y que él sea hombre de corazon, no se atemorizará en la adversidad; si no deja de hacer por otra parte las conducentes disposiciones, y que mantenga con sus estatutos y valor, el de la generalidad de los ciudadanos, no será engañado jamas por el pueblo, y reconocerá que los fundamentos que él se ha formado con este, son buenos (1).

Estas soberanías tienen la costumbre de

(1) No me faltó de todo esto mas que la ventaja de ser amado del pueblo y sin embargo.... pero el hacerse amar en la situacion en que yo me hallaba, con las necesidades que tenia, era muy difícil. C.

rempublicam me sequerentur : « Los que quieran salvar la república, síganme; » y Caio, su hermano, no se libertó de igual suerte (Vell. Pater. Hist. 2).

(*a*) « Fué decapitado en presencia de un pueblo, que le admiraba poco hacia, » dice Maquiavelo añadiendo esta reflexion : » el afecto del pueblo se pierde tan fácilmente como se logra (Hist. Flor. lib. 3).

peligrar, cuando uno las hace subir del órden civil al de una monarquía absoluta; porque el príncipe manda entónces ó por sí mismo, ó por el intermedio de sus magistrados. En este postrer caso, su situacion es mas débil y peligrosa, porque depende enteramente de la voluntad de los que ejercen las magistraturas, y que pueden quitarle con una grande facilidad el estado, ya sublevándose contra él, ya no obedeciéndole (1). En los peligros, semejante príncipe no está ya á tiempo de recuperar la autoridad absoluta, porque los ciudadanos y vasallos que tienen la costumbre de recibir las órdenes de los magistrados, no están dispuestos, en estas circunstancias críticas, á obedecer á las suyas (2); y que en estos tiempos dudosos, carece él siempre de gentes en quienes pueda fiarse (3).

(1) Se va á ver como esto sucede. E.

(2) Cuento con este. E.

(3) ¿ En donde las hallará ? E.

Semejante príncipe no puede fundarse sobre lo que él ve en los momentos pacíficos, cuando los ciudadanos necesitan del estado; porque entónces cada uno vuela, promete, y quiere morir por él, en atencion á que está remota la muerte (1). Pero en los tiempos críticos, cuando el estado necesita de los ciudadanos, no se hallan mas que poquísimos de ellos (*a*).

Esta experiencia es tanto mas peligrosa,

(1) No vislumbran ellos esto en aquellas protestas y cartas congratutolarias que los tranquilizan, ¡ no saben pues todavía como esto sucede ! E.

(*a*) *Prosperis Vitellii rebus certaturi ad obsequium, adversam ejus fortunam ex æquo detractabant.* « Todos se apresuraban á servir á Vitelio, cuando sus negocios prosperaban; y le abandonáron á porfía cuando la fortuna le fué adversa.» (Tácit, Hist. 2). *Languentibus omnium studiis, qui primo alacres fidem atque animum ostentaverant, etc.* : cuantos en el principio habian hecho alarde de un animoso rendimiento, no le manifestáron ya mas que una floja indiferencia, etc. » (*idem*, Hist. 1).

cuanto uno no puede hacerla mas que una vez (1); en su consecuencia un prudente príncipe debe imaginar un modo, por cuyo medio sus vasallos tengan siempre, en todo evento y circunstancias de cualquiera especie, una grandísima necesidad de su principado (2). Es el expediente mas seguro para hacérselos fieles para siempre.

(1) Si ellos salieran bien del apuro una primera vez, me desquitaria yo con ventaja, cuando pudiera desquitarme por mí ó por otro. E.

(2) No se piensa nunca bastante en esta verdad. E.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL PRIMER VOLUMEN.

Prólogo del Editor. j

Discurso sobre Maquiavelo. 30

Appéndice histórico sobre los Detractores de Machiavelo. 115

Maquiavelo comentado por Buonaparte.. 145

Capítulo primero. Cuantas suertes de principados hay, y de que modo ellos se adquieren..... 150

Capítulo ii. De los Principes hereditarios. 152

Capítulo iii. De los Principados mixtos.. 156

Capítulo iv. Porque ocupado el reino de Dario por Alejandro, no se rebeló contra los sucesores de este despues de su muerte.... 187

Capítulo. v. De que modo deben gobernarse las ciudades, ó principados que, ántes de ocuparse por un nuevo príncipe, se gobernaban con sus leyes particulares..... 197

CAPÍTULO VI. De las Soberanías nuevas que uno adquiere con sus propias armas y valor. 265
CAPÍTULO VII. De los Principados nuevos que se adquieren con las fuerzas agenas y la fortuna..... 217
CAPÍTULO VIII. De los que llegáron al Principado por medio de maldades..... 145
CAPÍTULO IX. Del Principado civil..... 253

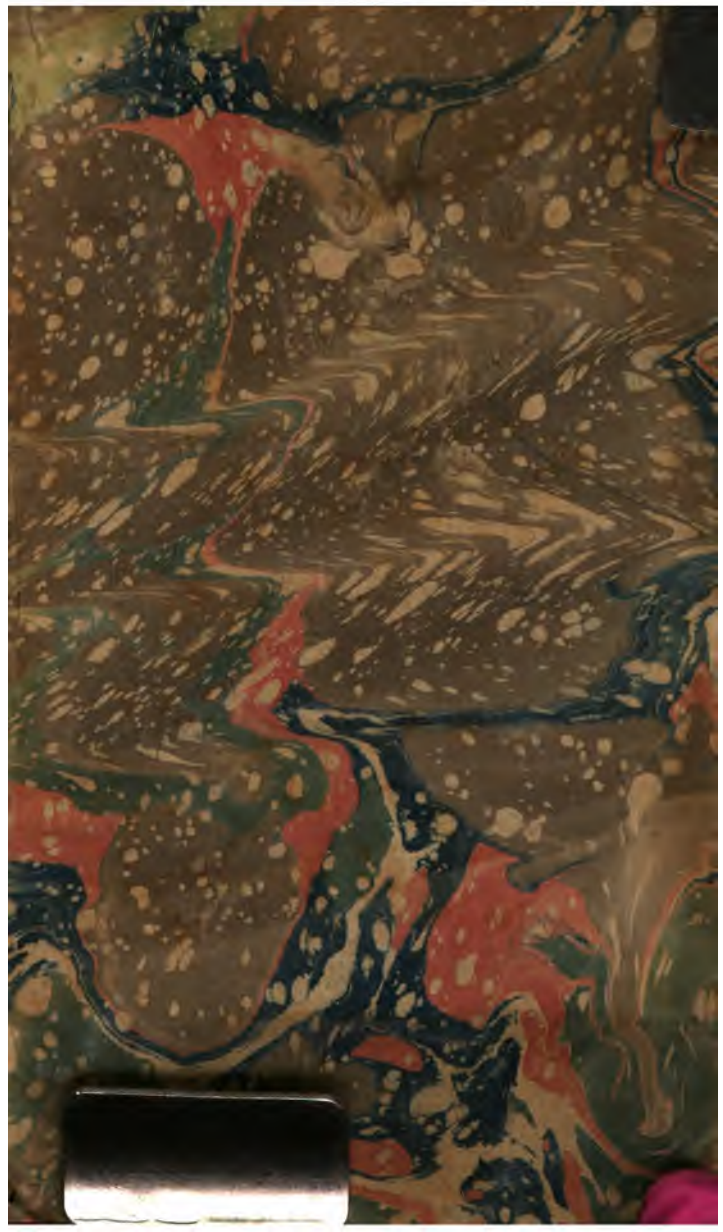
FIN DE LA TABLA DEL PRIMER VOLUMEN.

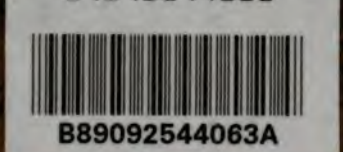
Date Loaned

22 AP '58			

Demco 292-5

b89092544063a




B89092544063A